



La formación y características
de la élite priista contemporánea:
el caso del Estado de México
(1996-2012)



La formación y características
de la élite priista contemporánea:
el caso del Estado de México
(1996-2012)

JUAN CARLOS VILLARREAL MARTÍNEZ



TOLUCA, ESTADO DE MÉXICO • 2013



La formación y características de la élite priista contemporánea:
el caso del Estado de México
(1996-2012)

Juan Carlos Villarreal Martínez

Serie Breviarios de Cultura Política Democrática núm. 19

Primera edición, 2013

D.R. © 2013 Instituto Electoral del Estado de México,
Paseo Tollocan núm. 944, col. Santa Ana Tlapaltitlán,
Toluca, México. C. P. 50160

ISBN 970-9785-62-1 (Serie)
ISBN 978-607-9028-45-9

Los juicios y afirmaciones expresados en este trabajo
son responsabilidad del autor, y el Instituto Electoral del
Estado de México no los comparte necesariamente.

Impreso en México

Publicación de distribución gratuita



Prólogo

El estudio *La formación y características de la élite priista contemporánea: el caso del Estado de México (1996-2012)*, sin duda alguna, nos transporta desde la mitad de los años 90 hasta la última y reciente administración pública estatal, de cuya integración formaron parte diversos grupos políticos.

El maestro Juan Carlos Villarreal Martínez, autor de este significativo estudio de carácter político y social, ha sido un estudioso de la ciencia política y el derecho, su amplia experiencia en materia electoral ocupando diversos cargos de dirección dentro del Instituto Electoral del Estado de México, y actualmente como Consejero Electoral, demuestra no sólo su capacidad de sincretismo, sino su importante aportación dentro del sistema electoral mexicano.

La presente investigación, a decir del autor, pretende aportar elementos para la comprensión del sistema político, particularmente en el Estado de México, en el contexto del Partido Revolucionario Institucional.

La teoría de las élites incluye a dos grandes autores, Gaetano Mosca y Wilfredo Pareto, no obstante que también debe ser considerado en forma relevante Robert Michels,

sobre todo por su ley sobre la creciente oligarquización de los partidos políticos en particular y de las organizaciones sociales en general; esta teoría constituye un aspecto trascendental que, sin lugar a dudas, confirma que la democracia moderna está constituida fundamentalmente por un procedimiento del cual forma parte la maquinaria institucional, es decir, los partidos políticos.

Esta participación política nos conduce desde la realización de los procesos internos de selección de candidatos (regulación reciente), hasta las llamadas elecciones, cuyo fin es la renovación periódica de las autoridades en los cargos de elección popular (cargos públicos).

La democracia actual, como forma de obtención y legitimación del poder público, demuestra claramente que la transición del poder necesariamente debe pasar por minorías calificadas (élites), aptas y capaces para conducir la política y administración de un Estado o nación, fenómeno que denomino neoaristocracia.

Hay que tomar en consideración que la democracia mexicana tiene como característica primordial el procedimiento, aunque también las diversas legislaciones contemplan figuras como el referéndum, la iniciativa ciudadana o la consulta popular (recientemente). Los partidos políticos, como entidades públicas que compiten por el poder, son instituciones cuya existencia y participación dentro del sistema se justifica por el simple hecho de fomentar la participación ciudadana y fortalecer a las demás instituciones, tal y como lo establece la propia Constitución Política federal.

Las burocracias de los partidos políticos han sufrido transformaciones y renovaciones cíclicas, lo que ha permitido dinamismo y adaptación. Con lo anterior se propicia que el liderazgo pase de una persona a otra, cuya capacidad y toma de decisiones se ven reflejadas en la evolución de toda sociedad.

La élite priista en el Estado de México no es la excepción, ya que históricamente el nacimiento y dialéctica de los grupos políticos en su interior fue influida por otros sectores con mayor dinamismo, ocasionando con esto una transición del poder.

Este fenómeno en la élite priista mexiquense ha sufrido considerables matices, desde el gobierno de Isidro Fabela (1942-1945) hasta el de Eruviel Ávila (2011-actualmente), circunstancia que demuestra que el poder al interior del Partido Revolucionario Institucional en el Estado de México no ha sido retenido por un solo grupo, sino que la renovación y transformación se han dado de manera alterna.

Las circunstancias económicas, políticas y sociales, además de los resultados obtenidos en cada gestión pública del Estado y, por otra parte, las aportaciones y cambios al interior de los demás partidos políticos, derivan en una evolución continua de las élites partidistas, cuya finalidad y objetivos deberán verse reflejados en los anhelos y expectativas de una sociedad cada vez más informada y participativa, capaz de enfrentar los futuros acontecimientos.

Considero que este primer atisbo sobre la naturaleza y proyección de la clase política mexiquense, con su ingrediente provocador, invitan al autor, al que guardo respeto, consideración y estima, a profundizar con mayor vehemencia académica sobre próximos capítulos de esta arqueología política mexiquense.

Enrique Mendoza Velázquez
George Washington University
Otoño de 2013



Introducción

Las élites han administrado el poder público desde hace siglos, pero su estudio, teórica y sistemáticamente, se ha llevado a cabo desde el siglo XIX. Las élites políticas se han adaptado a las formas de gobierno que se han presentado: desde una monarquía hasta una democracia. Dominado por un modelo autoritario, el caso mexicano llegó a menospreciar el tema recurriendo a lugares comunes. No obstante, en México, a raíz de los cambios democráticos de finales del siglo pasado, las élites políticas se han adaptado a las nuevas reglas, que derivan de la constante en la alternancia en el ámbito local, marcada adicionalmente con la muy alta competitividad electoral que ha obligado a la élite priista a cambiar para permanecer.

Ubicamos el presente estudio en el Estado de México en 1996-2012. Se trata de 16 años de transformación institucional democrática, periodo en el que las acciones de la élite se han ajustado a la democratización. Se pretende ampliar el campo teórico al abordar el tema de las élites en el contexto de los procesos democráticos, a diferencia de estudios similares anteriores que se centran en el nombrado Grupo Atlacomulco, denominación lo mismo peyorativa que insuficiente para explicar la complejidad del caso local.

Ésta es una investigación científica de carácter descriptivo, por lo que se inscribe en la más pura tradición de la ciencia política: presentar los hechos, explicar sus consecuencias e intentar demostrar hipótesis. En esta investigación se acude lo mismo a bases teóricas que a métodos de administración de datos que aportan un producto singular.

En tal sentido, el objetivo general de la investigación es describir la conformación y articulación de la élite política del Partido Revolucionario Institucional en el Estado de México, así como su forma de actuar en el contexto de un sistema democrático competitivo. La hipótesis es que la élite priista se ha adaptado a las condiciones democráticas en las cuales ha sabido mantenerse en el poder.

Para comprobar dicha hipótesis se hizo uso de sociogramas y se recopiló la información de los candidatos que han sido postulados desde 1996, los cuales suman más de 70 mil. Además se hizo una extensa investigación sobre los gabinetes de los gobiernos estatales y sus integrantes más sobresalientes para advertir el proceso de reclutamiento y formación de los políticos profesionales.

El documento se divide en tres capítulos. En el primero se aborda la teoría de las élites como marco teórico de la investigación. En el segundo se revisa la formación de la élite gobernante en el Estado de México, su evolución, reconfiguración e integrantes. Y en el tercer capítulo se analiza la dinámica interna de la élite gobernante en la entidad, el efecto que ha tenido la élite y los análisis de los sociogramas y candidatos que se han presentado desde 1996.

Cabe señalar que esta investigación forma parte de los trabajos del Doctorado que realicé en la Universidad de La Habana, auspiciado por la LVI Legislatura del Estado de México.



Teoría de las élites

La teoría de las élites tiene su origen en el desvío del concepto de la *representatividad política* al ser llevada a la práctica y, posteriormente, en el surgimiento de los conceptos elitistas de la sociedad desarrollados por Mosca y Michels. En este modelo se presenta la imposibilidad de la realización de una democracia de ciudadanos y, en consecuencia, se configura una democracia elitista. Ya no es el ciudadano común el foco principal de la discusión para la implantación de la democracia en una sociedad, sino las élites políticas que, en permanente competencia por el voto, son las encargadas del mantenimiento del régimen democrático. Aquí, su principio justificativo o legitimador reside en un método de selección de una élite política cualificada e imaginativa capaz de adoptar las decisiones legislativas y administrativas necesarias, y de llevar las riendas de un Estado en un contexto político y social complejo. Todo ello sumado a la necesidad de una cultura política que tolere las diferencias de opinión en el seno del debate público.

Al comienzo del siglo XX, el debate intelectual sobre política se centraba en las críticas y defensas que diferentes autores hacían del socialismo y la democracia. En ese momento histórico surgió una propuesta teórica que

trataba de explicar y justificar la preeminencia de una clase muy definida sobre el grueso de la población. Con el tiempo esta propuesta ha sido denominada como la teoría de las élites; sin embargo, el término de *élites* no surgió sino hasta la contribución hecha popular por el estadounidense C. Wright Mills.

Se considera, de manera general, que el padre de esta teoría fue el político y pensador italiano Gaetano Mosca (1858-1941), quien en 1896 sacó a la luz pública el libro clásico *La clase gobernante*, obra en la cual expone sus ideas relativas a la existencia de una clase gobernante y, por otro lado, una clase gobernada. Con ello inició una tradición teórica que sería alimentada, discutida y acrecentada por numerosos teóricos a lo largo de todo el siglo XX. De esta propuesta teórica se desarrollaron diversas formas de ejercicio: de la monarquía a la dictadura y de la aristocracia a la oligarquía; pero quizá lo más importante fueron los desarrollos encaminados a la democracia, y lo que algunos autores también han llamado elitismo democrático, democracia elitista o la teoría de las élites democráticas (Bachrach, Held, García Jurado, etcétera).

En este proceso de desarrollo de la teoría, se puede considerar como principales exponentes a Mosca, Michels, Pareto, Mills y Schumpeter, si bien es cierto que otros tantos han hecho aportes a través de la revisión crítica de los mencionados arriba, de su confrontación o del pulimento de sus conceptos. A partir de la fusión entre los principios explicativos de la teoría de las élites con las aportaciones modernas de la teoría de la democracia, se pueden explicar la formación, el mantenimiento y las pautas de comportamiento que tienen las élites en las democracias modernas y, por extensión, en los procesos democráticos en el país y particularmente en el Estado de México.

La teoría de las élites parte de un supuesto, relativamente básico, que se basa en la dicotomía entre los que diri-

gen y los dirigidos, los que gobiernan y los gobernados, los que dominan y los dominados. Mosca (1992) identificó y definió esta distinción muy clara de la sociedad y, en virtud de ello, describió lo que a su juicio era un fenómeno prototípico:

en todas las sociedades ... existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que es siempre la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que van unidas a él. En tanto, la segunda, más numerosa, es dirigida y regulada por la primera de una manera más o menos legal, o bien de un modo más o menos arbitrario y violento, y a ella le suministra, cuando menos aparentemente, los medios materiales de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político. (p. 106)

De esta forma, identifica a las élites como minorías organizadas y a los subordinados o gobernados como las mayorías. Si bien en sus escritos no usa el término concreto de *élite*, sino el concepto de *clase gobernante*, pronto en el ámbito de la ciencia política se comenzó a popularizar la denominación de *élite* para definir a ese conjunto diferenciado del grueso de la población, el segmento de individuos privilegiados que detentaban el poder al interior de un Estado, que determinaban los asuntos públicos, los únicos que realizaban la toma de decisiones.

Afirma que la clase gobernante se distingue de los gobernados porque es organizada y posee cualidades que le brindan una superioridad material o intelectual y hasta moral sobre la masa, o bien son los herederos de quienes en su momento poseyeron estas cualidades. El requisito para pertenecer es tener las cualidades bien apreciadas por la sociedad en la que se desenvuelven, ya sea de forma real o aparente. Por ello, la riqueza material resulta un valor fundamental para la clase en el poder.

No obstante, el mismo autor refiere que no bastan las mejores cualidades de la clase en el poder ni la dirección del poder detenida para legitimar la posición de unos sobre los otros en una sociedad organizada, sino que debe estar cimentada sobre una base moral y jurídica de doctrinas y creencias prevalecientes en su propio contexto cultural, para que los gobernados acepten ese papel mientras les sean respetadas sus opiniones y creencias. La legitimidad social que ampara la diferenciación de roles entre una clase y otra es lo que en su momento Mosca (1992) denominó como fórmula política, que consistía precisamente en dicha base jurídico-moral; además consideró que “la fórmula política debe fundarse sobre las creencias y sentimientos más fuertes, específicos del grupo social en el cual está en vigencia, o al menos de la fracción de este grupo que tiene la preeminencia política” (p. 133).

Otras características que asigna a las élites son la jerarquía y el liderazgo, así como la trascendencia que tiene la condición hereditaria familiar y la unidad al interior. Las élites tienen un liderazgo definido que recae en una persona y es quien ostenta la dirección del Estado, aunque en ocasiones dicho líder no es precisamente el jefe del Estado, y en otras son varios individuos quienes coordinan las decisiones que han de tomarse.

Por otra parte, la herencia familiar resulta un factor decisivo para la pertenencia y mantenimiento al interior de la élite. Al respecto, este autor hace dos observaciones: la primera es que todas las clases políticas tienen la tendencia a volverse hereditarias, si no de derecho, al menos de hecho; y la segunda es que las familias y castas poderosas debieron monopolizar absolutamente todas las fuerzas políticas de la época y del pueblo en que se afirmaron. Asimismo, la cohesión al interior de la élite resulta primordial para evitar la fractura, decadencia y sustitución de una élite por otra, pues en tiempos de cambio de las fuerzas políticas

se hace sentir la necesidad de que otras actitudes diferentes de las antiguas se afirmen en la dirección del estado; y si las antiguas no conservan su importancia, o se producen cambios en su distribución, cambia también la composición de la clase política. (Mosca, 1992, p. 126)

Una clase política decae o entra en decadencia si está por completo cerrada a elementos que proceden de la clase dominada. Así, para el historiador político Jean Touchard (1983), éste es uno de los rasgos democráticos de la teoría de las élites de Mosca, pues asume que si la clase dirigente es abierta entonces es democrática, de lo contrario es aristocrática.

Los postulados de Robert Michels se hallan inscritos en su libro *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna* (1996). En el cual realiza una crítica severa a los ideales de las democracias occidentales y también describe su concepción de la existencia y preponderancia de un grupo dirigente, que no vacila en llamar oligarquía. Para este autor, el gobierno de las masas es un ideal sin posibilidades de cumplimiento en la realidad, pues una asamblea general de los ciudadanos es imposible; y el resultado de la delegación de derechos y representaciones es la justificación de la existencia de las élites; de esa forma el pueblo carece de garantías en contra de las camarillas oligárquicas que el mismo sistema reproduce, mantiene y alienta.

Para Michels, la democracia prevaleciente en su tiempo (y la que se mantiene hasta hoy en día) requería de cierta organización y, por lo tanto, de especialización de tareas, lo que provocaba cada vez una brecha más amplia entre la masa subordinada y los gobernantes. El punto central de la aportación de Michels es el que, junto con desarrollos teóricos casi simultáneos como los de Max Weber, da sustento a la burocracia: esto es la centralidad de la orga-

nización. Peter Bachrach (1973) sintetiza el arribo de este concepto de la siguiente forma:

El auge de las organizaciones industriales en gran escala, promovido por la revolución de las sociedades anónimas en la última mitad del siglo pasado [s. XIX], puso muy pronto de manifiesto la insuficiencia de la formulación democrática-liberal; pero el *coup de grâce* lo dio, a comienzos de este siglo, el descubrimiento de que la revolución organizacional había penetrado sigilosamente en la estructura de la democracia y la había transformado. Autores como Michels y Weber hicieron a un lado la retórica de la democracia para exponer un sistema burocratizado, regido fundamentalmente por élites. (p. 13)

La legitimidad y justificación de las élites era entonces la organización, pues “es lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía” (Michels, 1996, p. 13). Y precisamente en esa dirección es que elaboró lo que a la postre le sería reconocida como la *ley de hierro de la oligarquía*, que se refiere a la perpetuación y la existencia de un grupo reducido de líderes responsables de la dirección política, o al dominio de los dirigentes de una organización sobre el total de los miembros de la misma. También alude al ciclo permanente en el que existe una oligarquía (gobierno de pocos), es decir, el gobierno de algunos que dominan a la mayoría. La existencia y dominio de las élites en las democracias es un fenómeno permanente y cíclico.

Posterior a lo expuesto por Michels, Vilfredo Pareto hizo su aportación a la teoría elitista en su *Tratado de sociología general*, de 1916. Al igual que sus predecesores, encuentra una diferenciación, y afirma que la sociedad está compuesta por dos estratos, uno superior y otro inferior: la clase selecta y la no selecta. No obstante, este autor

retoma en mayor medida lo que el significado etimológico de *élite* tiene por esencia, es decir, recoge a lo más selecto de la sociedad al interior de la élite, y se refiere a los personajes más destacados de cada uno de los rubros y actividades de la vida social.

Dicha clase selecta o élite también sufre una división, a saber: está la clase selecta de gobierno y la de no gobierno:

En la clase selecta de gobierno están aquéllos que tienen el cartel de cargos políticos no demasiado bajos; por ejemplo, ministros, senadores, diputados, directores generales en los ministerios, presidentes de salas de apelación, generales, coroneles, etcétera, con las debidas excepciones de quien ha logrado entre éstos sin tener las cualidades correspondientes al cartelito [título o puesto] que ha obtenido. (Pareto, 1980, p. 70)

Para este autor, pertenecer a la élite era primordialmente un asunto de méritos, aunque en muchas ocasiones factores como la riqueza, la herencia familiar o las relaciones ayudaban y gravitaban lo suficiente para que algunos individuos ingresaran aun sin merecimientos.

Pareto no tenía fuertes vínculos con los ideales democráticos y en sus postulados teóricos no se refiere a las élites en un contexto democrático. Sin embargo, algunos atisbos se pueden observar en su obra. Uno de ellos y posiblemente el componente de mayor importancia en Pareto es el que corresponde a lo que definió como circulación de las élites, sobre la cual afirmó que es la condición necesaria para el equilibrio social. Así,

para Pareto la élite no es ni enteramente abierta ni enteramente cerrada. Las clases dirigentes tratan de mantenerse en el Poder y utilizan la astucia cuando no disponen de la fuerza. Pero están sometidas a la presión de las masas; deben renovarse incesantemente median-

te una aportación proveniente de las clases inferiores. La movilidad social es el mejor antídoto contra las revoluciones. (Touchard, 1983, p. 620)

De forma similar a lo previamente identificado por Mosca, Pareto subraya la necesidad de que la élite se alimente de una cantidad suficiente de individuos talentosos y ambiciosos de la clase gobernada, para que la movilidad social atempere las demandas de las masas y la clase selecta de gobierno se mantenga fuerte, estable en el poder y lejos de cualquier posibilidad de debilitamiento y decadencia.

En relación con esto, Pareto establece el movimiento ondulatorio de las élites,¹ que es la descripción del ciclo de vida por el que una élite transita:

- a) **Fase inicial.** Es el ascenso de las élites, prevalecen los residuos conservadores, es decir, la capacidad de seguir haciendo vigentes los ordenamientos originales, las relaciones existentes de antaño. Se caracteriza por el uso de la fuerza.
- b) **Fase optimacional.** Se forma de élites tendientes al equilibrio entre el uso de la fuerza y la legitimación, mantiene residuos conservadores e innovadores.
- c) **Fase descensional.** Predominan los residuos de innovadores. Se caracteriza por la búsqueda de legitimación.

Lo referente a los residuos innovadores remite precisamente al ascenso de integrantes de la clase dominada hacia la élite; y la legitimación se realiza cuando la nueva conformación de la élite es asumida como natural por las masas.

Charles Wright Mills revitalizó la teoría de las élites, después de la Segunda Guerra Mundial, con la publicación en 1956 de *La élite del poder*, donde bautiza de esa forma al grupo dominante y de gobierno de una sociedad. Para

¹ Concepto retomado de Ettore Albertonni (1987).

Mills (1989) la élite del poder “está formada simplemente por los que tienen el máximo de lo que puede tenerse, que generalmente se considera que comprende el dinero, el poder y el prestigio, así como todos los modos de vida a que conducen esas cosas” (p. 17). Además,

tienen el mando de las jerarquías y organizaciones más importantes de la sociedad moderna: gobiernan las grandes empresas, gobiernan la maquinaria del Estado, exigen sus prerrogativas, dirigen la organización militar, ocupan los puestos de mando de la estructura en los cuales están centrados los medios efectivos del poder y la riqueza y la celebridad que gozan. (Mills, 1989, p. 17)

Identifica que la élite del poder está conformada por tres sectores: el político, el económico y el militar, y entre ellos existe una fuerte vinculación inevitable, que denomina el triángulo del poder. Los miembros de la élite son por lo regular similares, comparten gustos e intereses morales y psicológicos; además, mantienen una fuerte relación basada en intereses económicos, sociales y familiares que tienen en común, así se identifican con conductas semejantes y relaciones interpersonales cercanas. La integración de la élite depende entonces de la posición estratégica que cada uno de los miembros guarda en el sistema.

En relación con la identificación de los miembros de la élite, Mills señala uno de los grandes problemas que conllevan todos los estudios empíricos sobre las élites políticas: que el ámbito y formas de actuación que mantienen están, en general, ocultas a la percepción de la masa, dado que ésta es su esencia, y, por ende, ocultas también a los ojos de un observador. Existe una amplia complejidad para determinar los componentes de las élites, por sus formas discretas de actuar, las endebles fronteras de sus facultades y la inexistencia de roles fijos y membresías permanentes; la razón es que al interior de la élite hay un

gran dinamismo y la coexistencia simultánea de diversos grupos de poder impiden su cabal apercebimiento.

Es un fenómeno que sucede de *facto*, sin nombramientos formales ni información que respalde su modo de hacer las cosas o tomar sus decisiones. Por otra parte, Mills identifica que hay una élite invisible, que es una especie de médula compuesta de consejeros, quienes determinan las directrices a acatar y organizan la estructura de los sectores en una sola y cohesionada élite.

Las aportaciones de Wright Mills tienen una inspiración marxista, por supuesto atacadas ferozmente en el contexto norteamericano de posguerra, y desde las cuales abordó el asunto de la élite del poder. El texto de Wright Mills fue

algo más que la tentativa de documentar la tesis de la existencia real de una élite que fija la política básica de la nación; ya que este aparente tratado empírico está coronado por el juicio de que la élite del poder es irresponsable, inmoral e ignorante. (Bachrach, 1973, p. 93)

En ese sentido, Mills no pugna por la supresión de las élites, sino por el cambio de roles en su interior, dado que para él los intelectuales estaban al servicio y explotación de la élite, y aseguraba que debía haber un intercambio radical. El problema, según Mills, era poder reducir la brecha entre el poder y el conocimiento, ya que consideraba que el intelecto libre era el que debía regir en la toma de decisiones del poder. De manera ideal, la toma de decisiones tendría que ser responsabilidad del pueblo, pero dada la carencia de conocimientos de la masa, este papel debería caer en los intelectuales.

Para este tiempo, Mills ya había sido hondamente criticado por los extendidos abanderados liberales de la democracia, e incluso hoy en día algunas voces académicas se

elevan en contra de una explicación elitista de la democracia. Ejemplos de ello son los realizados por Bachrach, Miesel y Lasch, entre otros, principalmente por el carácter de aparente contradicción que prevalece entre el gobierno del pueblo (democracia) y el gobierno de las élites.

Sin embargo, el mismo Bachrach (1973) admitió, en relación con la actitud asumida por los teóricos defensores de la democracia cuando se vieron asaltados por la solidez y argumentos de la teoría de las élites:

La reacción de los teóricos democráticos fue sorprendentemente endeble —tal vez porque el descubrimiento de “la ley de hierro de la oligarquía” y sus variantes se hizo en nombre de la ciencia social—. En la mayoría de ellos predominó la tendencia a admitir que la política democrática estaba dominada, en grado diverso, por las élites; para eludir las consecuencias de esta dimisión, argüían que la condición suficiente de la democracia se cumplía si: a) el electorado podía elegir entre élites rivales; b) las élites no conseguían que su poder se volviera hereditario, ni lograban impedir que nuevos grupos sociales tuvieran acceso a sus posiciones; c) las élites debían extraer apoyo de coaliciones cambiantes, lo cual significaría que no habría una forma de poder dominante y d) las élites que dominan diversas esferas de la sociedad, como la actividad comercial, la educación y el arte, no se aliaban entre sí. (p. 14)

No obstante la argumentación realizada por éstos y otros autores, la teoría de las élites se ha mantenido e incluso fortalecido con las aportaciones y las críticas realizadas a la teoría, de las cuales surge la teoría de las élites democráticas o elitismo democrático. Incluso en épocas recientes se han incrementado los estudios que tratan del origen, desarrollo, conducta, etcétera, de las élites en el contexto de regímenes democráticos contemporáneos, desde Schumpeter hasta Robert Dahl, quienes hicieron los aportes más destacados.

El primer autor en darle el carácter democrático a las élites fue el propio Gaetano Mosca, quien reeditó unas consideraciones y correcciones a sus postulados, dotando de mayores herramientas a los posteriores teóricos para formular una base sólida de elitismo democrático. Es en el documento *Capitalismo, socialismo y democracia*, de Joseph A. Schumpeter, en 1942, donde mejor se desarrolló este concepto. Así lo describe Peter Bachrach (1973):

Mosca resolvió su problema; pero antes de integrar con éxito su teoría en el marco de la teoría democrática moderna, ésta requería una revisión radical, que la transformara, de una teoría basada en ideales vinculados con la dignidad y el valor del individuo, en un método político ajeno a cualquier ideal o valor último particular. El principal promotor de esa revisión fue el eminente economista Joseph Schumpeter. (p. 41)

Schumpeter concibe a la democracia, en pocas palabras,

como un método político y no como un fin en sí misma ... la democracia puede o no contribuir al desarrollo económico, a la justicia social o a que todos coman, sean sanos, y se eduquen: el hecho fundamental es que se trata exclusivamente de un procedimiento. (Nun, 2002, p. 30)

Al reconocer la democracia de esta forma, se rompe con los romanticismos prevalecientes sobre su carácter idealizado, pues suele considerarse que en las democracias los ciudadanos definen las controversias políticas y posteriormente designan por medio del voto a representantes que tengan la tarea de implementar tales decisiones; sin embargo, esto no sucede así en la práctica.

El proceso, por el contrario, está invertido: primero se elige a los representantes que idealmente tendrían que llevar las demandas civiles a la tribuna pública y éstos después se encargan de resolver las controversias y tomar las

decisiones de Estado. La comunidad política se divide siempre en un grupo relativamente pequeño de dirigentes políticos, una gran masa de ciudadanos y una franja intermedia de militantes que fungen en ocasiones como nexo entre uno y otro. Se mantiene permanentemente la controversia democrática de la delegación y la representación de los ciudadanos en los órganos de gobierno.

De acuerdo con Schumpeter (1971), la democracia es el

sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para llevar a cabo su voluntad. (p. 321)

En otras palabras, sólo corresponde a los ciudadanos la posibilidad de escoger entre una élite política de dirigentes y otra, o de “aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarlo”; así, aborda, la democracia adquiere un carácter primordialmente procedimental, como método en el cual la característica principal es la competencia entre miembros de la élite por obtener el poder a través del voto ciudadano, legitimando a un grupo dominante.

En este escenario, en el que la democracia no es el gobierno del pueblo sino de los políticos, esta clase política se especializa y se profesionaliza en la cosa pública, como anticipara Webber, y además de vivir para la política vive de la política; se van desarrollando intereses propios, uno de éstos consiste en seguir ejerciendo la política y mantenerse en el poder. Para Schumpeter era necesaria para el buen funcionamiento de la democracia, entendida en estos términos, la presencia de dirigentes de una capacidad buena y suficiente para desarrollar las acciones de Estado y de gobierno, para lo cual consideraba indispensable que la clase política no fuera demasiado exclusiva ni demasiado accesible, pero sí suficientemente

vigorosa para asimilar a individuos que provinieran de las clases bajas y que logran ascender.

José Nun (2002) reconoció en la obra de Schumpeter cuatro condiciones para que las democracias con estas características tuvieran éxito, a saber: la primera hace referencia a los peligros que lleva implícitos la profesionalización de la política, al respecto el autor manifiesta que los políticos deben ser de una calidad suficientemente elevada, y la única garantía de ello es que se consolide en un estrato social enteramente dedicado a la política; la segunda se refiere a la especialización, afirma que hay conveniencia de reservar, de todas las decisiones políticas, los asuntos que merezcan la atención de especialistas; la tercera alude a la conveniencia de una burocracia bien capacitada que mantenga un fuerte sentido del deber, el material humano es indispensable y decisivo; la cuarta condición es la "autodisciplina democrática", este punto está vinculado con la desconfianza que puede surgir de la masa hacia las mediaciones de su representación que pueden oscurecer la expresión de la voluntad autónoma de los ciudadanos, por lo que desde ese estrato han existido algunos mecanismos de control sobre los delegados o representantes.

Por otra parte, no omitimos mencionar a otros autores contemporáneos, como los australianos John Kane y Haig Patapan (2008), quienes se plantean la problemática de la formación de liderazgos políticos en el contexto de una democracia contemporánea, y afirman que "lo que falta es una teoría que proporcione, o intente proporcionar, una explicación razonada de la base (legítima) para el liderazgo en las democracias representativas" (p. 27), pues estiman que los líderes que dirigen de una manera más fuerte y contundente parecen menos democráticos y, por el contrario, cuando tienen actitudes más democráticas pierden liderazgo.

Esta postura más reciente trata de observar los fenómenos entre las élites y las masas gobernadas a través de la óptica del liderazgo, que si bien ha tenido sus alcances originalmente dirigidos al liderazgo gerencial o empresarial, ha obtenido cierta permeabilidad en los estudios sobre las élites, dado que comparten algunas características intrínsecamente vinculadas. Sobre aspectos que se retoman del liderazgo aplicado a las democracias contemporáneas, Kane y Patapan (2008) abordan concretamente la temática del liderazgo democrático y observan que al ser incapaces los teóricos modernos para refutar las tesis elitistas, “esperaban fortalecer la democracia, a través de la más amplia participación posible de la totalidad de los ciudadanos en la actividad civil y política, lo que de alguna manera debilitaría a las élites permanentes” (p. 30). Han sostenido que “una de las consecuencias más notables de la tensión de liderazgo en la democracia, ha sido el relativo descuido del problema del liderazgo democrático” (p. 32) que a fin de cuentas es la fuente de legitimidad de las élites del poder.

En el caso de un estudio de las élites políticas en México, particularmente en el Estado de México, es pertinente atender una observación que, sobre Schumpeter y las democracias en países en desarrollo como los de Latinoamérica, hizo José Nun (2002):

Explícita o implícitamente, las denominadas transiciones a la democracia que ocurrieron en nuestros países en las últimas dos décadas han estado muy influidas por la conceptualización que hizo Schumpeter de la democracia como método. Su sencillez y su realismo parecían resolver cualquier duda tanto en el plano teórico como en el plano práctico, especialmente para aquéllos que procuraban distanciarse lo más posible de anteriores fervores revolucionarios. Nada de ilusiones rousseaunianas pasadas de moda. La competencia entre dirigentes y las elecciones periódicas son y deben ser los ejes del siste-

ma y todo lo que importa es que, a través del voto, el pueblo autorice cada tantos años a quienes se encargarán de decidir por él. (pp. 38-39)

Convencidos de un ideal democrático posible de instaurar en varios países latinoamericanos, se abrazaron con fuerza los postulados de Schumpeter, lo que a su vez posibilita discernir las consecuencias que, de la aplicación de estos conceptos, han resultado.

Como se ha notado en el texto en desarrollo, la aportación de Joseph Schumpeter a la teoría de las élites es la justificación de la existencia de las élites a través de los sistemas democráticos modernos, que implantan la figura de representatividad de la ciudadanía en los órganos de gobierno, a través de los cuales el ciudadano delega sus derechos políticos a un grupo de representantes y dirigentes políticos, quienes se convierten entonces en un cuerpo minúsculo que toma las decisiones de Estado que afectarán indistintamente al gran grupo de ciudadanos, o sea la masa. El resultado democrático, obvio e indiscutible, de este proceso es una separación entre los pocos que tienen el poder político y los muchos que carecen de éste, es decir, la conformación de una élite al interior de una democracia formalmente instituida, el establecimiento de la teoría de las élites democráticas.

La otra contribución al estudio de las tendencias democráticas de las élites es del estadounidense Robert Dahl, quien con su célebre obra, *La poliarquía. Participación y oposición*, de 1971, da seguimiento a las pautas establecidas para acercar o coordinar la teoría elitista con la teoría de la democracia. Es en este sentido que caracteriza lo que él denomina poliarquía, que en palabras llanas significa el gobierno de varios, aunque en su obra se interpreta como el gobierno de varias élites. Propone considerar la democracia como un sistema plural, en su definición de *pluralismo democrático*, y así retoma el concepto de *poliarquía*,

que es “la existencia de una pluralidad de organizaciones (subsistemas) relativamente autónomas (independientes en el ámbito del Estado)” (Dahl, 1996, p. 16).

En concordancia, en la pluralidad democrática no se considera a la élite o clase política en singular, sino a una minoría gobernante que responde a la estructura del poder y a la existencia de varias élites. En su opinión, la democracia cumple su cometido si consigue sustituir por completo, casi por completo o en lo necesario la decisión o voluntad de los ciudadanos que ya entregaron su representación a alguno de los grupos que estuvieron en disputa por su preferencia electoral, siempre y cuando se les garantice un mínimo de riqueza y de educación política para que cuenten con la oportunidad de participar en un espacio de equidad. La élite debe ser concebida en plural, capaz de mantenerse en un gobierno poliárquico, en el cual persisten resortes políticos, entendidos como las fuentes de poder político, que son las facultades que el Estado confiere a la élite de poder para mantenerse como tal.

Para hacer compatibles los conceptos de *elitismo* y *democracia* resulta útil el planteamiento del elitismo democrático que desarrolla el también estudioso Peter Bachrach (1973), quien atenúa la contradicción entre democracia y elitismo y la sintetiza en un concepto armónico al afirmar que:

Hasta hace poco tiempo, las teorías democráticas y las teorías elitistas se juzgaban como dos cosas ajenas y antagónicas. Si bien en su forma pura siguen siendo contradictorias, creo que en el pensamiento político contemporáneo hay una fuerte tendencia (tal vez predominante) a incorporar a la teoría democrática los principios fundamentales de la teoría elitista, de resultas de lo cual ha surgido una nueva teoría, que yo denomino “elitismo democrático”. (p. 17)

Este elitismo democrático abarca los rasgos de abierta competencia entre las élites, participación acotada de las masas en el proceso de delegación de la voluntad política, elecciones periódicas para la renovación de gobernantes (más no siempre de élites) y, al mismo tiempo, incorpora la pluralidad de las élites en competencia y busca tanto la legitimidad social como la preservación del propio sistema democrático basado en estas condiciones.

En este trabajo entenderemos como élite a una clara diferenciación social entre el grupo que dirige las decisiones públicas y ostenta el poder y, por exclusión, el grupo que carece de esas capacidades. Para poder construir una definición sobre las élites, que sea de utilidad en el contexto democrático contemporáneo, se retoman las características más notables de las diferentes definiciones y aportaciones que han desarrollado los autores clásicos ya citados. De acuerdo con la revisión desarrollada sobre las élites, se determinan a continuación algunos aspectos generales de las mismas:

- Existe una clase que gobierna y una clase que es gobernada (élite / no élite).
- La clase que gobierna toma las decisiones que afectan a toda la comunidad política.
- Las élites buscan la permanencia, la perpetuación.
- Se reconocen, como élites o como partes integrantes de la élite, los sectores económico, político y militar.
- Las élites tienen un fuerte vínculo con los poderes económico y político.
- Se oponen a la incorporación de integrantes que no merezcan legítimamente la pertenencia a la élite (quienes no posean los méritos).
- Pueden coexistir varias élites.
- Teóricamente, las élites buscan el gobierno de los mejores, la especialización, la burocracia o la supeditación a la élite de los intelectuales.

- Debe existir una circulación de élites, una alimentación de la no élite para evitar el colapso de las mismas.
- La masa puede tener influencia en las élites, ya sea a través de la incorporación de elementos de la base, una circulación de élites, la organización de la masa en grupos, la legitimación o no de la élite gobernante a través del voto ciudadano, etcétera.
- Existe una legitimación de las élites, ya sea de carácter moral o cultural, una legitimación democrática de representación, de procedimiento, de resultados, etcétera.
- La teoría de las élites, como ya se ha expuesto, no está contrapuesta a la teoría de la democracia, por el contrario, pueden amalgamarse para contar con nuevas categorías explicativas de los fenómenos políticos contemporáneos.

Consideramos que la definición apropiada para el análisis de las élites políticas, en el contexto actual de la democracia en México, es la de un grupo minoritario de personas que detentan un poder político, se coaligan y organizan a través de medios particulares y difíciles de apreciar, con la intención de mantener o perpetuar ese poder político por sobre un cuerpo social mucho más amplio, complejo y diverso, que no detenta de modo alguno un poder semejante, y al cual dirigen y gobiernan, además de establecer los asuntos públicos que han de ser dirimidos, así como la manera en que han de ser resueltos, y que busca finalmente una legitimación de su poder a través de una competencia electoral periódica que pretende el favor del voto de los ciudadanos, en la que disputan su permanencia, rechazo o rotación en medio de una pluralidad de grupos que ofrecen características semejantes a las suyas.

En consecuencia, es la conducta de la élite la que genera el diseño institucional en un sistema democrático, no tanto las actitudes de la masa, que se ven condicionadas por la primera.

Jean Touchard (1983) también reconoció la primacía que mantienen las élites sobre la cultura política de un cuerpo político, pues de su revisión a la teoría elitista en Pareto, afirmó que “la élite es siempre una pequeña minoría y el carácter de una sociedad es, ante todo, el carácter de su élite” (p. 620). Es en este sentido que confiere la preponderancia a la cultura, comportamiento y carácter de la élite, que a su vez se reproduce tanto en las élites como en la masa y configura las adecuaciones culturales necesarias para el mantenimiento y permanencia del régimen político que permita mantener el *statu quo* en las sociedades contemporáneas, afirmando asimismo el carácter conservador que también detentan.

El análisis que realiza Ilán Bizberg (2011) es un buen ejemplo de cómo las culturas políticas distintas, de las élites en diferentes países de Latinoamérica, intervienen en formas diversas en la apropiación de la democracia. Este autor identifica la existencia de élites con una cultura y características reformistas que favorecen la instauración de la democracia, en oposición a élites conservadoras que entorpecen, dirigen y adecuan la democracia en los Estados; aunque debe estar matizado con la también distinta intervención de la sociedad civil.

Considerando lo anterior, podemos establecer que la cultura política tanto de las élites como de los ciudadanos comunes en México cuenta con características generales de la teoría de las élites, pero de igual forma se construyó de manera particular debido a su devenir histórico, a sus características culturales propias y al modo en que la democracia se insertó en la vida cotidiana de los ciudadanos y la clase política.





Formación de la élite política en el Estado de México

ORIGEN DE LA ÉLITE POLÍTICA DEL ESTADO DE MÉXICO

En el Estado de México se ha tendido a identificar una élite dinástica local de amplios alcances y control absoluto de los asuntos políticos estatales y, en ocasiones, hasta nacionales. Tal construcción refiere a lo que se ha denominado mediáticamente como el Grupo Atlacomulco.

A continuación se revisarán los orígenes y desarrollo de la élite política gobernante en el Estado de México para poder construir un perfil de la élite política local, con las características generales y particulares que nos ofrece la teoría de las élites. El estudio de la élite política mexicana debe comenzar por analizar la construcción del sistema político nacional, a raíz de la fundación del nuevo régimen político posrevolucionario y la institucionalización de la política desde un binomio indisoluble: el partido y el presidente de la República.²

² "Hay cuatro condiciones necesarias que dan cuenta del presidencialismo en México: (1) un sistema presidencialista basado en la constitución; (2) un gobierno unificado, en el cual el partido gobernante controla la presidencial y ambas cámaras del Congreso; (3) la disciplina en el interior del partido gobernante; (4) un presidente que es el líder reconocido del partido gobernante. Si alguna de estas cuatro condiciones dejara de existir, entonces el equilibrio del presidencialismo comenzaría a quebrarse" (Weldon, 2002, p. 177).

El gran logro y legado de Plutarco Elías Calles, fundador del Partido Nacional Revolucionario (PNR),³ fue la institucionalización de las fuerzas políticas, heredadas del periodo violento de la Revolución Mexicana, del que subsistían poderes fácticos en las entidades federativas reconocidos como caudillajes, encabezados por líderes políticos que dominaban pequeñas regiones del país.⁴

Después de la Revolución Mexicana se instauró a lo largo de todo el país el fenómeno del caudillaje y los cacicazgos, en el que algunos líderes tanto revolucionarios como económicos se hicieron del poder político en diversas regiones del extenso territorio nacional.⁵ Posterior a una recientemente reinstaurada república, los poderes fácticos tomaron de manera formal e informal las parcelas baldías del poder en las entidades federativas, aunque muchas veces también las asumieron a la fuerza.

³ “El pluripartidismo exagerado de la Revolución Mexicana fue modificado fundamentalmente por la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) —‘el partido del gobierno’— en marzo de 1929. Con el correr de los años, este partido oficial habría de experimentar cambios de nombre y de naturaleza pero conservaría una característica fundamental a través de las décadas: dominio casi absoluto sobre los puestos de elección popular. El advenimiento del PNR puso fin a la proliferación de partidos. Al señalar en su último informe que la Revolución debía dejar atrás para siempre la etapa de la personalización del poder para entrar de lleno en la época de las instituciones, se preparaba el terreno para la creación de un gran partido oficial que aglutinaría a todos los partidos y grupos de la ‘familia revolucionaria’. Para noviembre de ese año, Calles había logrado un acuerdo con la multitud de partidos existentes para confederarse en uno solo” (Aguilar y Meyer, 2002, p. 127).

⁴ “Después de la Revolución, los generales-políticos victoriosos se enfrentaron a una serie de rebeliones durante los años veinte y en 1929 formaron un vehículo institucional, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), diseñado en parte para fortalecer la jefatura nacional y jerarquizar el control político. Así, durante la evolución y la consolidación de este aparato destinado a reforzar el poder de la dirigencia política nacional, el partido sirvió como organización por la cual la presidencia de México y las más importantes figuras de gobierno y de partido intentaron controlar la nominación y la elección de diputados, senadores y gobernadores” (Ai Camp, 2010, p. 31).

⁵ “La política local de los años veinte y treinta está llena de ‘hombres fuertes’ que se constituían en el grupo de agrupaciones políticas poco integradas y con una ideología muy vaga si es que existía alguna, y que se movían bajo la influencia de estas personalidades y de los vaivenes de los acontecimientos nacionales. A la falta de verdaderos partidos políticos se debió que personajes como los mencionados y otros muchos más —Cárdenas en Michoacán, Agustín Arroyo Ch. en Guanajuato, Saturnino Osornio en el Estado de México, etc.— llegaron a convertirse en catalizadores de las fuerzas y procesos regionales. De la misma manera que algunos caciques dominaron indiscutiblemente por un tiempo, igualmente, al redistribuirse las fuerzas nacionales —y como consecuencia las locales— perdieron sus posiciones privilegiadas y fueron sustituidos rápidamente por otros que se convirtieron en los nuevos centros de las estrellas del poder locales, muchas veces integradas por los mismos seguidores del líder caído” (Meyer, 1942, p. 256).

Otros poderes se institucionalizaron a través de la creación de partidos políticos locales que, paulatinamente y en correlación con el poder e influencia que acumulaban en su región, aglutinaban un capital político importante que amenazaba la unidad y estabilidad nacionales. Esto no pasó desapercibido para los grupos políticos nacionales que comenzaron a invertir sus esfuerzos en pos de la unidad nacional, agrupando los poderes regionales a la mano derecha del régimen que estaba por construirse, esto es al partido político nacional; en el Estado de México

como consecuencia de los conflictos de la élite nacional surgió un cacicazgo regional mejor conocido como *gomismo*, el cual ... consiguió dominar la entidad mediante la creación del PSTEM. Sin embargo, la existencia del cacicazgo duraría poco tiempo, pues las tendencias hacia la unificación nacional ... fracturaron las pocas posibilidades de supervivencia regional. (Maldonado, 2002, pp. 318-319)

Durante la Revolución hubo en el Estado de México varios líderes locales que conformaron pequeños ejércitos, los cuales estuvieron bajo las órdenes y mando de los grandes generales a nivel nacional. Existieron en la entidad carrancistas, zapatistas y obregonistas, que asumían temporalmente el poder local. De tal suerte que los hermanos Gómez, generales de ejércitos regionales con tendencia obregonista, al concretarse el Plan de Agua Prieta en 1920, se vieron favorecidos para detentar el poder, y más aún con la ascensión de Álvaro Obregón a la Presidencia en el mismo año.⁶ Abundio y Filiberto Gómez,

⁶ "Como hemos visto, desde 1920 había regentado la entidad el gomismo o sus derivados. Apadrinado por Obregón, permitido por Calles, más o menos mantenido por los demás presidentes, había logrado entrar en concordancia con el cardenismo y todavía en los inicios del 41 parecía inacabable. A pesar de los conflictos y mutaciones dentro del clan, viejos y nuevos gomistas seguían ocupando puestos claves del gobierno aún en la breve gestión de Zárate Albarrán. Al llegar el carrancista Fabela, irían siendo desplazados. Y no tanto por su origen obregonista, sino porque a la sombra del gomismo, con su culpa o sin ella, se había propiciado un ambiente de agitación y demagogia, de pletolerismo y represión" (Herrejón, 1985, p. 266).

los Riva Palacio y Wenceslao Labra conformaron un grupo para aglutinar y controlar las fuerzas revolucionarias estatales, y decidieron respaldar las candidaturas de sus allegados por medio de un partido; así es como surge el primer partido político en la entidad, el Partido Socialista del Trabajo (PST) de tendencia abiertamente izquierdista.

El PST nació el 26 de febrero de 1925 con la consigna de agrupar a los dispersos revolucionarios de la entidad con sus fuerzas regionales. El Partido Socialista del Trabajo consiguió en poco tiempo tomar las riendas políticas del estado brindando apoyo a los líderes y caciques de las diferentes regiones, a cambio de fidelidad hacia el partido. De 1925 a 1942, el grupo de los gomistas detentó prácticamente el único peso político en la entidad, mas no así el PST.

Al morir asesinado Obregón en julio de 1928, después de haber sido reelecto, Plutarco Elías Calles, siendo el caudillo más poderoso y reconocido de la Revolución, tomó la decisión que cambió el futuro del país: decidió que se debía dejar a un lado el caudillismo y que se debía transitar al gobierno de las instituciones, con la intención de reunir partidos y fuerzas políticas tanto regionales como estatales, agrupaciones políticas y líderes locales en un partido político nacional.⁷ Para la formación de dicho partido político encomendó gran parte de la organización a Filiberto Gómez, fundador del PST, quien, a su vez, dotó con la misma estructura de su partido al naciente Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente directo del futuro PRI.

Tal como lo relata Lugo (2002), el aspecto trascendental del PNR en el Estado de México consistió en intentar que las fuerzas locales se sometieran a una fuerza nacional,

⁷ "El Partido Nacional Revolucionario quedó constituido en marzo de 1929. Al principio, el partido oficial podía ser el organismo rígidamente centralizado en el que devino luego. Se trataba de reunir en un solo bloque fuerzas dispersas, la mayoría de carácter local y dependientes bien de caudillos militares o bien de caciques" (Córdova, 1998, p. 38).

objetivo que logró después de algunos años. En la fecha en que nació el PNR en 1929, el PST ya era uno de los partidos locales de mayor fuerza a nivel nacional por su organización y cohesión interna; pero con la novel incursión del PNR, el PST comenzó a tener problemas internos. Con la participación de Filiberto Gómez en la constitución del PNR y, posteriormente, con la afiliación del partido local al partido nacional, se abrieron las puertas a presiones nacionales en los intereses políticos de la entidad. A finales de 1932, el PST se comenzó a resquebrajar.

El PST, desde su fundación, tenía presencia en todo el estado y mantenía relaciones con sus líderes regionales, incluso con la aparición del PNR las circunstancias no cambiaron de inmediato, situación indeseable para los objetivos de Calles enfocados a debilitar las fuerzas locales en el país; razón por la que desde el partido nacional se infiltraron personas en puestos directivos del PST, que posteriormente se apropiaron de comités campesinos y obreros, y negociaron con figuras importantes del partido local para lograr su disolución.

En 1933 se convocó una asamblea extraordinaria del PST para elegir directiva, donde resultó electo presidente Wenceslao Labra, ganándole a Agustín Riva Palacio, que se había alejado de los intereses de los gomistas; pero tras un debate en dicha asamblea, el CEN de dicho partido se negó a reconocer los resultados y concluyó el problema con la instalación de Agustín Riva Palacio como presidente del partido local. En 1934 el PNR tenía ya controlada la dirigencia estatal del PST, y todos los líderes pesetistas (incluyendo a los gomistas) ya estaban afiliados al PNR. Ese mismo año, Agustín Riva Palacio desapareció al PST, transformándolo en la Liga Socialista de Obreros y Campesinos, que sucumbió ante el partido a finales de 1935.

Pese a la desaparición del PST, líderes políticos como Labra jugaban un papel importante en las decisiones que

se tomaban en el estado, como lo era la colocación de figuras gomistas y ex líderes pesetistas en la Gubernatura y cargos públicos locales y federales (diputados y senadores), lo que demostraba la influencia local que todavía mantenía su grupo; aunque dicha influencia concluyó súbitamente con el asesinato de Alfredo Zárate Albarrán en 1942, tras seis meses de asumir el mandato como último gobernador directo de su grupo.

En este periodo posrevolucionario, en el Estado de México se vivía una inestabilidad social notable, ya que los caciques regionales mantenían dominio pleno sobre los municipios y pueblos, lo que provocaba un ambiente permanente de tensión; imperaba aún la ley de las balas y la inseguridad e injusticia social eran abundantes. Por esa razón, no fue sorpresa el asesinato a balazos del gobernador Zárate Albarrán en el Centro Charro de Toluca, tal como lo comentan Francisco Cruz y Jorge Toribio Montiel (2009). Con este hecho iniciaría una transición política de grupos dominantes, es decir, una circulación de élites del poder en la entidad, explicada por la intervención directa del ejecutivo federal en la designación del siguiente gobernador del estado.

LA CORRIENTE FABELISTA

Este ambiente de distensión política favoreció la intervención del presidente de la República, Manuel Ávila Camacho,⁸ para la resolución de conflictos locales. La élite

⁸ El ascenso de Manuel Ávila Camacho a la Presidencia de la República se vio empañado por un grave vicio que habría de tener consecuencias políticas profundas. La impresión generalizada de que el nuevo gobernante no había triunfado en las elecciones, compartida sobre todo por el grupo gobernante, acentuó los rasgos de moderación y conciliación de que había dado muestra don Manuel en su campaña. Resultado muy importante de ello, en la medida en que se materializó en algo concreto, fue la integración del gabinete al que procuró incorporar representantes de las más diversas y disímolas tendencias políticas emanadas del seno de la familia revolucionaria y fuera de ella, quizá en un impulso inconsciente por darle a su gobierno solidez y el sustento que le habían negado los votantes (Medina, 1978, p. 133).

del poder nacional tuvo la oportunidad de limitar la fuerza política que mantenían los gomistas en el Estado de México. Ávila Camacho resolvió impulsar la figura de un hombre oriundo de la entidad pero ajeno a los grupos políticos de ésta, Isidro Fabela Alfaro,⁹ quien de joven había participado en la Revolución en las facciones carrancistas y con quien mantenía larga amistad. “En 1942, Fabela fue traído de la Corte Internacional de la Haya, Holanda, donde ocupaba el cargo de magistrado, para que gobernara la entidad” (Arellano, 2003, p. 69). Cabe mencionar que el analista Ricardo Arellano considera que con la llegada de Isidro Fabela inicia la segunda etapa del Grupo Atlacomulco, siendo la primera etapa el periodo que va de su fundación en 1916, por Maximino Montiel Olmos, hasta la llegada de Fabela en 1942.

Fabela se había destacado principalmente en el servicio diplomático mexicano, sin embargo, comenzó a demostrar su tesón y carácter político a su arribo a México. Con la llegada de un actor externo a la Gubernatura de la entidad, el grupo gomista sufrió una crisis de influencia en la toma de decisiones.

Isidro Fabela mantuvo contacto con algunas familias de Atlacomulco como los Huitrón, Del Mazo, Colín, Vélez, Monroy, mismos que ya en la época en que Fabela era gobernador tenían importantes negocios que le dieron un invaluable soporte a su régimen. (Hernández en Morales, 2006, p. 201)

Fabela Alfaro introdujo cambios en las relaciones de la política local. Contando con el respaldo del PNR, extendió su periodo a cuatro años, pues sólo le correspondían dos por ser interino, y conformó su gabinete con perso-

⁹ “Isidro Fabela era hijo de un progresista hacendado, don Francisco Trinidad que, al igual que su padre don Isidro, fue alcalde de Atlacomulco” (Sánchez, 1987, p. 80).

nas allegadas, asimismo, implementó medidas políticas, sociales y económicas.

De acuerdo con Alfonso Iracheta (2000), Isidro Fabela a su llegada puso fin a una época de desorden y violencia, y sentó las bases del desarrollo del Estado de México actual. En concordancia con los nuevos tiempos de la nación, Fabela, al igual que los gobernadores que le sucedieron, se propuso industrializar la entidad; para ese fin, impulsó políticas que contribuyeron a que la sociedad mexicana transitara hacia la modernidad.

Durante su gestión dotó de mayor amplitud y fuerza a la figura del gobernador del estado, al aprobar la ampliación del periodo constitucional de cuatro a seis años, con ello el dominio de esta figura sobre la administración estatal también creció. Fabela además tuvo la visión de crear actores políticos que le permitieran generar desarrollo al Estado de México, a la vez que intentó perpetuar su influencia dentro del mismo. Dio impulso a empresarios e industrias en la entidad a través de la Ley de Protección a la Industria del Estado de México promulgada en 1943, y creó la COCEM (Confederación Obrera y Campesina del Estado de México) para tener un interlocutor directo con los trabajadores del estado sin tener que recurrir a los sindicatos nacionales como la CTM.

Es importante mencionar que las acciones económicas realizadas durante su cargo coinciden con la implementación federal del modelo de sustitución de importaciones, modelo que supuso el fomento de la industria en toda la nación. A lo largo de su breve administración como gobernador del estado, Fabela tuvo innegablemente varios aciertos, particularmente en la institucionalización y sistematización del poder político en la entidad alrededor del PRI, así

tuvo como gran herencia el logro de relacionar en torno al PRI a los caciques locales, así como de reclutar lide-

razgos en la entidad. Dichos caciques se encargarían de mantener a las élites gobernantes, fortaleciendo su influencia en primer término en el estado, y en segundo en las decisiones de los miembros de las élites nacionales. (Morales, 2006, p. 209)

Al finalizar su administración Fabela designó a su sobrino, Alfredo del Mazo Vélez,¹⁰ para sucederlo en la Gobernatura, quien con el beneplácito de Ávila Camacho, y posteriormente de Miguel Alemán,¹¹ asumió el cargo en 1945. Se comenzaba a dibujar una corriente fabelista dentro de los grupos de poder del estado, aunque existió una considerable oposición de los políticos veteranos, como Wenceslao Labra, Filiberto Gómez y Antonio Romero, entre otros, que se oponían al supuesto intento de Fabela de perpetuarse en el poder. Sin embargo, se puso de

¹⁰ “El siguiente gobernador sí hizo campaña política y promesas. Se trataba del secretario de gobierno del propio Fabela, su sobrino Alfredo del Mazo Vélez, quien tomó posesión el 16 de septiembre de 1945. De entre los herederos de Fabela, el grupo de sus paisanos se consolidaba, mientras que otro círculo de sus ‘discípulos’ era promovido con una senaduría en la persona de Adolfo López Mateos” (Herrejón, 1985, p. 271).

¹¹ “Los tres primeros años del gobierno de Miguel Alemán fueron definitivos para la construcción del sistema político mexicano que se venía formando paulatinamente desde fines del decenio de los años veinte. Si el maximato, el cardenismo, y sobre todo el avilacamachismo, habían sido proyectos políticos que suponían la transacción, el combate y la cooperación entre fuerzas y grupos de diferentes orientaciones ideológicas, pero que coincidían en el seno del régimen, el alemanismo iba a ser lo contrario; definiría un nuevo perfil político que excluiría por principio todo lo que no fuera idéntico a sí mismo, a lo que el presidente, allegados y colaboradores consideraban la interpretación ortodoxa de la revolución mexicana a la cual ellos personificaban y encarnaban. El matiz es sutil pero importante; se trataba en el fondo de una modernización del autoritarismo, para lo cual se requería la realización de tres postulados: reafirmar la heredera ascendencia del Poder Ejecutivo, y sobre todo del presidente de la república; eliminar los saldos ideológicos y grupales del pasado reciente, es decir, tanto los ‘ismos’ personalistas como los ideológicos; y, finalmente, afinar el áspero nacionalismo que se recibía de anteriores ejercicios gubernamentales y asociarlo con el anticomunismo, gran tema del momento.

Junto a Miguel Alemán, el cachorro de la revolución como le llamara Lombardo en un momento de euforia retórica, representante del relevo generacional, llegaba al poder un nuevo grupo que su pretexto de juventud y estudios universitarios, habría de imprimirle al régimen que se inauguró el 1 de diciembre de 1946 una característica muy especial. Ante todo se presentaban como un grupo de técnicos, abocados a la redención nacional a través del conocimiento y la lealtad del presidente. Grupo que se distinguía no sólo por su homogeneidad, sino también por presentar un proyecto político y económico que se complementaba en sus dos partes. De un lado, se trataba de fortalecer al gobierno federal en su capacidad de acción y en su ascendencia sobre los grupos políticos; del otro, de abrir la brecha para el crecimiento económico acelerado del país. Con estos dos propósitos, el gobierno alemanista iba a emprender una lucha en tres frentes muy importantes: el de la reducción de los gobernadores a la disciplina política; el de la eliminación de la izquierda en el terreno sindical, y el de la orientación ideológica, ajustado al nacionalismo anticomunista, del Partido Revolucionario Institucional. Lucha que concluiría con un éxito casi rotundo para el gobierno hacia 1949, año que al finalizar presentaría un panorama totalmente distinto al heredado” (Medina, 1979, pp. 93-94).

manifiesto el poder de decisión del gobernador saliente, y se hizo visible que la fuerza del grupo fabelista comenzaba a adquirir peso considerable. Fabela siguió teniendo un peso importante durante esta administración y asesoraba constantemente a Del Mazo para la integración de la Cámara de Diputados, así como de su gabinete, “en ese periodo aparece la primera camada de políticos y funcionarios vinculados al Grupo Atlacomulco, entre los que destacan: Arturo García Torres, Leonardo Rodríguez Alcaine, Francisco Pérez Ríos, Julián Díaz A., Carlos Curi Assad y Carlos Hank” (Arellano, 2003, p. 73).

Así, de 1945 a 1951, Alfredo del Mazo Vélez mantuvo el modelo económico nacional, las relaciones fabelistas y le dio continuidad al gobierno de su antecesor. En 1951 el sucesor del grupo fabelista para la Gubernatura fue Salvador Sánchez Colín,¹² oriundo de Atlacomulco al igual que Fabela y Del Mazo, lo que dio pie al comúnmente referido nombre del Grupo Atlacomulco, que continuó con la tendencia de los anteriores gobiernos.

La candidatura de Salvador Sánchez Colín reveló la tensión y efervescencia política que ya se vivía en la entidad a raíz de la fuerte presencia de Fabela en la administración de Del Mazo, pues fue aceptada con cierta oposición tras una negociación ardua. Al final Salvador Sánchez Colín¹³ fue electo para el periodo 1951-1957. Con estas tres ad-

¹² “El trato continuo con el licenciado Miguel Alemán Valdés, primero Gobernador de Veracruz, luego Secretario de Gobernación y después Presidente de la República, necesariamente tuvo que acrisolar una amistad que fue fortaleciéndose poco a poco con el tiempo ... Sánchez Colín es paisano de Don Alfredo del Mazo Vélez, y los dos cultivaron una gran amistad con don Isidro Fabela, personaje de la política estatal, pero sobre todo, un gran visionario de la política nacional e internacional” (Aguilar, 1986, p. 83).

¹³ El ingeniero Salvador Sánchez Colín, también originario de Atlacomulco, inició su mandato como gobernador el 16 de septiembre de 1951. Al presidente Miguel Alemán le quedaba sólo un año. De manera que Sánchez Colín coincidiría en cinco con la gestión del siguiente primer mandatario: Adolfo Ruiz Cortines, época de cierta austeridad y aún de intentos moralizantes. Todo ello se debía reflejar en el Estado de México. La austeridad se debía no tanto al carácter del presidente cuanto a las circunstancias críticas de la economía nacional. Los empréstitos y la guerra de Corea habían permitido un final salvable al régimen alemanista. Pero terminado el conflicto, sobrevinieron problemas para México: disminución de exportaciones y aumento de importaciones (Herrejón, 1985, p. 278).

ministraciones se arraigó en la ciudadanía la idea del Grupo Atlacomulco.

Isidro Fabela alcanzó la cima de su influencia en los 15 años que mediaron entre 1942 y 1957, junto con Alfredo del Mazo Vélez y Salvador Sánchez Colín; los tres ocuparon sucesivamente la gubernatura del Estado y los tres nacieron en la misma localidad: Atlacomulco. Otros miembros de este grupo fueron los políticos Mario Colín Sánchez, también de Atlacomulco, y Roberto Barrios. (Salazar, 1993, p. 18)

Algunos analistas (Hernández, Morales, Salazar) coinciden en que la influencia del grupo de Isidro Fabela, el denominado Grupo Atlacomulco, existió únicamente mientras se desarrollaron las administraciones del propio Fabela, Alfredo del Mazo Vélez y Salvador Sánchez Colín, de 1942 a 1957; pues más tarde se empezaron a evidenciar las rupturas y desapegos que existían entre varios grupos al interior del PRI del estado.¹⁴ No obstante algunos otros, particularmente periodistas, mantienen el mote de Grupo Atlacomulco para referirse a la cúpula de la clase política priista en el Estado de México.¹⁵

EL LIDERAZGO DE GUSTAVO BAZ

La designación del siguiente candidato a la Gubernatura del Estado de México mostró que, pese a la unidad exis-

¹⁴ “Lo que hace de Atlacomulco un ejemplo especial es que ha producido al grupo más numeroso e influyente de políticos nacionales de cualquier entidad pequeña de México y estos nexos de familia se remontan al menos 100 años atrás” (Ai Camp, 2010, p. 36).

¹⁵ “Un segundo y definitivo instrumento para consolidar a la entidad como ejemplo de desarrollo capitalista (a la vez que formar un grupo de presión que tomará las decisiones para elegir a su base política local) será el de integrar un grupo de hombres afines ideológicamente al grupo fabeliano, el grupo que será llamado por la prensa *Grupo Atlacomulco* —organización de personas que han tenido y tuvieron identificación política, ideológica y/o familiar en el transcurso de su vida y de su carrera política dentro de la entidad, desde 1945, año de la fundación *de facto* del grupo a cargo de Isidro Fabela, hasta su consolidación en los años setenta por su figura más prominente: Carlos Hank González” (Arreola, 1985, p. 10).

tente al interior del PRI estatal, existían diferencias y fracturas, asimismo, dejó patente el predominio del poder central y del presidente de la República sobre las designaciones locales que le daban la posibilidad de intervenir en la designación del próximo gobernante.

De 1957 a 1963, la determinación del sucesor en el estado estuvo en manos de Adolfo Ruiz Cortines, quien consideraba como una amenaza para el PRI la fuerza del grupo de Fabela, adquirida tras 15 años de predominio en la entidad, de tal suerte que perfiló a su amigo el Dr. Gustavo Baz Prada,¹⁶ ex revolucionario mexiquense de tendencia zapatista (quien ya había sido gobernador por breve lapso en 1915¹⁷) y ex rector de la UNAM, con una carrera política sólida a nivel federal¹⁸ y sin muchos nexos con el grupo fabelista.

El arribo a la gubernatura de Gustavo Baz, otro carismático dirigente en torno a quien se aglutinaría un nuevo equipo, desplazó del poder al grupo fabelista. Este último, sin embargo, permaneció como una fuerza política de primer orden en la entidad. (Salazar, 1993, p. 22)

¹⁶ “La candidatura del doctor Baz fue propuesta en la Convención por Francisco Pérez Ríos, en representación del sector obrero, quien consideraba que Baz sería el que sacaría a la entidad del marasmo en que se encontraba desde hacía varios lustros; por el sector campesino intervino Ignacio Villegas y por el popular el profesor Carlos Hank González, presidente municipal de Toluca, quienes secundaron la iniciativa de Pérez Ríos” (Alanís, 1994, p. 158).

“Me ofrecieron ser candidato a gobernador en tres distintas ocasiones. Nunca había yo aceptado. En esta última ocasión, la presión fue tanto oficial como ciudadana. Siendo ya el final de mi vida, pensé que era demasiado egoísmo no aceptar y dije que sí” (Baz, 1978, p. 65).

¹⁷ “En efecto, el 14 de diciembre se llevó a cabo una reunión a la que concurren diversos oficiales pertenecientes a la brigada de Francisco V. Pacheco, quienes en cumplimiento del artículo trece del Plan de Ayala nombraron a la persona que gobernaría al estado mientras se llevaban a cabo las elecciones correspondientes... La designación cayó en el coronel Gustavo Baz Prada, que a la sazón tenía 20 años y diez meses” (Alanís, 1994, pp. 52-54).

¹⁸ “Baz tiene que abandonar la rectoría de la UNAM para aceptar y hacerse cargo de la cartera de la Secretaría de Asistencia Pública que le fue ofrecida por el general Ávila Camacho. Posteriormente esta Secretaría será fusionada con el Departamento de Salubridad Pública y de ella surgirá la Secretaría de Salubridad y Asistencia, de la que Baz será su primer titular. Durante el gobierno del general Cárdenas, el doctor Baz había conocido a Ávila Camacho, quien se desempeñaba como Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra. Baz atendía a su madre, a quien en muchas ocasiones tuvo que ir a verla hasta Teziutlán, Puebla. De esta forma se estableció un nexo íntimo entre la familia Ávila Camacho y el doctor Baz” (Alanís, 1994, p. 127).

Gustavo Baz representó un freno desde el poder central a los avances del grupo de Fabela. Si bien Baz, originario del estado, era conocido por varios funcionarios mexicanos, su carrera política la construyó lejos de la entidad. Sin embargo, adoptó con rapidez la dinámica del poder en el Estado de México, y comenzó a crear lazos fuertes y a promover personas afines en puestos importantes. En el grupo liderado por Gustavo Baz¹⁹ destacaron, de manera muy especial, “Jorge Jiménez Cantú, Carlos Barrios Honey, Federico Bracamontes, Benito Sánchez Henkel, y aunque con antecedentes políticos más próximos al fabelismo, el propio Carlos Hank González” (Salazar, 1993, pp. 22-23).

Para suceder a Gustavo Baz la opinión pública consideraba como el candidato lógico a Jorge Jiménez Cantú, quien había sido mano derecha de Baz en la Secretaría General de Gobierno. Había efervescencia dentro del partido, pues Baz ya había acumulado peso propio desde su postulación como gobernador; pero, el grupo de Fabela, aunque también se hallaba dividido, no había perdido fuerza para hacer sentir su influencia en la decisión. Sin embargo, en razón de las pugnas intestinas, la decisión provino nuevamente del nivel nacional con la intervención del presidente Adolfo López Mateos a favor de su amigo y colaborador cercano Juan Fernández Albarrán, quien sería gobernador de 1963 a 1969. “La candidatura de Fernández Albarrán ha sido interpretada como un resultado de la supremacía de la federación sobre los grupos políticos locales” (Salazar, 1993, p. 25).

Ricardo Arellano, Julián Salazar y otros autores, consideran al presidente Adolfo López Mateos como un integrante del grupo de Fabela, pero esto no coincide con las determinaciones que tomó con relación al Estado de

¹⁹ “Sin oposición dentro ni fuera de su partido, el Revolucionario Institucional, no le fue difícil a Baz reunir a su equipo de colaboradores. Se decidió, obviamente, por llamar a algunos atacomulquenses, como Carlos Hank González, quien durante su gestión fue director de Gobernación y diputado federal” (Arreola, 1995, p. 263).

México, pues apoyó a Juan Fernández Albarrán en lugar de dejar la designación a los grupos políticos locales o, en su caso, favorecer al grupo de Fabela. Fernández Albarrán simpatizaba con dicho grupo, pero no fue elegido por esto; no obstante, armó su gabinete con allegados fabelistas, lo que le permitió resolver su mandato sin problemas. Durante su periodo mantuvo la estabilidad política, sin provocar rupturas graves dentro de los grupos que ya convivían dentro del partido en el estado.

Desde la llegada de Isidro Fabela a la Gubernatura, por solicitud de Ávila Camacho, hasta la administración de Gustavo Baz, se puede distinguir la configuración de, al menos, dos grupos sobresalientes al interior del PRI en la entidad. Según Julián Salazar y otros, abolido el grupo gomista, emergieron el grupo fabelista primero y el grupo de Baz después; no obstante, ambos fueron frenados con la designación de Fernández Albarrán,²⁰ pues este hecho

rompió la permanencia en el poder local del grupo de Gustavo Baz, aunque tampoco puede interpretarse como el retorno al poder del grupo fabelista. Parece ser más apropiado considerar a esta administración como el resultado de una acción directa del Presidente López Mateos, en cuyo caso habría significado un paréntesis entre los grandes grupos de poder local. (Salazar, 1993, p. 26)

Durante la década de los 60 y en la administración de Fernández Albarrán se suscitaron los decesos de Isidro Fabela y de Adolfo López Mateos. Aunado a esto, personalidades como Gustavo Baz se distanciaron de la política

²⁰ "Visto a distancia, el régimen del toluqueño Juan Fernández Albarrán, septiembre 63-septiembre 69, representa, una especie de paréntesis desde el punto de vista político. Antes de él, el predominio atacomulquense y el dinámico grupo creado por el doctor Baz; después de él, el gobierno de Hank González, también con su propio grupo, bien que con un sesgo de 'fraternidad' estatal; luego, Jiménez Cantú, antiguo secretario del doctor Baz y, finalmente, Alfredo del Mazo González, hijo de Alfredo del Mazo Vélez. Fernández Albarrán, que allí en su juventud había sido secretario general en el gobierno de Labra, mantenía buenas relaciones con López Mateos. Éste lo apoyó en su candidatura y en el primer año de su gobierno, último para López Mateos como presidente" (Herrejón, 1985, p. 301).

activa. Según Álvaro Arreola (1995), los políticos influyentes surgidos de la Revolución Mexicana ya no figuraban en los puestos públicos importantes. Eran generaciones nuevas las que buscaban nuevos liderazgos y posicionamientos. Además, el Estado de México se había transformado de una entidad básicamente rural en 1942 a ser la segunda entidad más industrializada de la República en 1970. El Estado de México afirmó en esa época su posición como la entidad más importante del país política y económicamente, después del Distrito Federal. Se convirtió así en una entidad que no necesitaba el apoyo del gobierno federal para poder crecer; el estado desarrolló una solidez económica y política suficiente para ser considerado como modelo nacional.

EL LIDERAZGO DE CARLOS HANK

Culminada la gestión de Fernández Albarrán, la configuración del poder político en la entidad iba a sufrir modificaciones estructurales que venían aparejadas con la modernización de la política en el país y el estado. La ascensión de Carlos Hank González²¹ a la Gubernatura fue el fruto del acomodo de varios factores favorecedores a su causa. Es conocida la cercanía que tuvo Carlos Hank González²² con Isidro Fabela al inicio de su carrera política, con lo cual se sumó al grupo fabelista desde el princi-

²¹ "La sucesión de Juan Fernández Albarrán en 1969, fue la última en la historia estatal de este siglo, en la cual la ausencia de competencia por conseguir la gubernatura fue la norma. Carlos Hank González fue el último de los candidatos únicos presentados por un solo partido (el oficial), para ocupar el puesto de gobernador de la entidad. Con el profesor, oriundo de Santiago Tianguistenco, culminó la etapa de candidaturas únicas en la entidad, lo que la había caracterizado desde 1951. En marzo de 1969, cuando Hank fue designado candidato del PRI a la gubernatura, sus adversarios eran miembros de su propio partido. Hank es allegado del presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz" (Arreola, 1995, p. 271).

²² "En el último tercio del siglo XX, Hank González llegó a ser una de las figuras políticas de mayor influencia en México, habiendo ocupado otros dos puestos en el gabinete del presidente Carlos Salinas; creó una de las redes políticas más extensas, superior a la de muchos presidentes en la segunda mitad del siglo. Su hijo llegó a presidente municipal de Tijuana y se postuló para gobernador de Baja California" (Ai Camp, 2010, p. 35).

pio; sin embargo, durante las gestiones de Gustavo Baz y Fernández Albarrán se mantuvo en los primeros cuadros de la administración pública estatal. De este modo, Carlos Hank consiguió ligarse a los dos grupos dominantes en la política local sin menoscabo de su capital político.

Para la designación de Carlos Hank como sucesor de Fernández Albarrán se juntaron varios factores. Así lo observa Salvador Maldonado (2002):

... en primer lugar, las diferencias personales entre Juan Fernández Albarrán y el Presidente de la República Díaz Ordaz, a lo largo de los seis años de gobierno, tuvieron un efecto inesperado en la inclinación de este último, ya de salida, por la selección de Carlos Hank González como candidato a gobernador, pues, como señalamos, aparte de su amistad compartían una relación de negocios, los cuales, entremezclados, no sólo redujeron el margen de posibilidad a Albarrán para sugerir al nuevo candidato, sino también porque Díaz Ordaz encontró en la coyuntura de la elección a la gubernatura un momento propicio para "proteger" a Hank González de la embestida echeverrista por haber apoyado a Emilio Martínez Manatou, entonces secretario de la presidencia, como candidato a Presidente de la República, en clara oposición a Luis Echeverría. (p. 322)

La figura de Carlos Hank González se había distinguido por saber mezclar sus actividades político-administrativas con sus actividades empresariales en la inversión privada, ámbito en el que se fortaleció económicamente, y así pudo afianzarse con mayor fuerza en la política. Conforme lo señala Álvaro Arreola (1995), durante la campaña de Hank González a la Gubernatura, se comenzó a dibujar lo que sería el perfil de su administración: la burguesía-política en ascenso, el paternalismo, el éxito por el esfuerzo personal, el triunfalismo de las grandes obras y cifras, el manejo de propaganda y las relaciones públicas, la exhibición de la

provincia y la patria chica, la relación entre la cosa pública y la empresa privada, entre otras características.

Ricardo Arellano (2003) considera que con el arribo de Carlos Hank al ejecutivo estatal se comenzó una tercera etapa en el Grupo Atlacomulco, en la que se asienta como líder principal; no obstante, reconoce que el grupo de Hank, si bien devino del grupo de Fabela, tuvo una composición propia y distinta. “El profesor inició su carrera política con el Grupo Atlacomulco, pero los vínculos se van relajando y se empieza a formar un nuevo grupo que sólo conserva el nombre para identificarse” (pp. 74-75).

Al inicio de su periodo como gobernador, de 1969 a 1975, Hank tuvo el acierto de incluir en su propio equipo de colaboradores a los diferentes grupos de poder del Estado de México. “Ante las vicisitudes locales y la enemistad del Presidente Echeverría, Carlos Hank González integró su gabinete de tal manera que fueron incorporados funcionarios de gobiernos anteriores: del grupo de Sánchez Colín; del grupo de Fabela; del Grupo de Baz” (Morales, 2006, p. 213), con lo que consiguió cohesión política en la entidad y lealtad para con su persona.²³

Un ejemplo de esto fue la incorporación del destacado miembro del grupo de Baz, Jorge Jiménez Cantú, quien trabajó en el gabinete de Hank como Secretario de Salud y Asistencia. Hank supo tejer nexos tanto al interior del estado como a nivel nacional;²⁴ así, sumó a su equipo de trabajo y colaboradores a

²³ “Hoy hablé con Hank del asunto. Tengo la impresión de que Luis [Echeverría] supone que toda la oposición y crítica a su persona vienen de Hank o de su gente. Odia a Hank a extremos aberrantes. ¡Ah, qué Luis!” (López, 1988, p. 901).

²⁴ “Un líder que quiere perdurar auspicia la formación de otros líderes. Cuando cobija en su grupo a políticos importantes y estimula su crecimiento, está dándoles la oportunidad de que puedan, como él, ser figuras estatales. La influencia del grupo mismo o, al menos, su presencia en los gobiernos locales, depende de que sean capaces de preparar líderes” (Hernández, 1997, p. 733).

Pedro Ramírez Vázquez y al sinaloense Leopoldo Sánchez. Se va conformando su grupo con destacados políticos mexicanos: Arturo Martínez Legorreta, Julián Díaz Arias, Jorge Jiménez Cantú, Ignacio Pichardo, Rafael Riva Palacio, Mario Mena Palacios, Mario C. Olivera, Enrique Jacob Soriano, Sergio Mancilla, Yolanda Senties, Leonel Domínguez, Leonardo Rodríguez Alcaine y Humberto Lira Mora. (Arellano, 2003, p. 77)

Otros políticos nacionales cercanos al gobernador fueron Jesús Robles Martínez, Juventino Castro y, de mayor influencia, Alfonso Corona del Rosal y Alfonso Martínez Domínguez.

En cuanto a las acciones tomadas por el gobernador Hank González,²⁵ que lo destacaron como líder y formador del grupo político dominante de ese momento y una de las figuras sobresalientes en la historia de la entidad, el estudioso Álvaro Arreola (1995) identifica los siguientes factores:

a) con una amplia capacidad de trabajo y con otra capacidad aún más amplia para hacerlo notar, se fabrica la imagen de gran gobernador; b) su riqueza personal lo hace adquirir autonomía del gobierno federal; c) le toca recibir los beneficios fiscales derivados de las zonas industriales exentas de impuestos, desde la creación de la Ley de Protección a la industria de 1944, cuyos tributos llenarían las arcas del estado, y d) con gran tacto se relaciona con toda una gama de intereses políticos nacionales ... (pp. 272-273)

Con Carlos Hank comienza una interrelación más profunda entre la élite nacional y las élites locales. Incluso Hank ya había participado en la administración pública federal. La política regional comenzaba a adquirir importancia a

²⁵ "Carlos Hank llegó al gobierno del estado el 16 de septiembre de 1969 y terminó su periodo el 15 de septiembre de 1975" (Arreola, 1995, p. 275).

nivel nacional, muestra de ello eran tanto la carrera política de miembros de la élite local al integrarse a la élite nacional, como las intervenciones federales en las sucesiones a la Gubernatura.

Al concluir su gestión Carlos Hank fue requerido por José López Portillo para asumir la Regencia del Distrito Federal, de 1976 a 1982. Con el líder de la élite local en la administración federal, el grupo de Hank comenzó a ocupar plazas en el Congreso de la Unión como un acercamiento al poder central.

Rodríguez Alcaine y Gustavo Baz al Senado; Merino Mañón, Antonio Huitrón, Mauricio Valdés, Yolanda Sentíes, Heberto Barrera, Jacob Soriano, Lira Mora, Leonel Domínguez, Elba Esther Gordillo, Pichardo Pagaza y una nueva camada de jóvenes, forman parte de la LI Legislatura federal (1979-1982). (Arellano, 2003, p. 81)

En el gobierno de Carlos Hank su grupo se pudo consolidar de tal manera que logró trascender a otras administraciones y algunos de sus miembros se ubicaron en la política nacional, ocupando secretarías de Estado y en otros casos hasta la Gubernatura.

El control de Carlos Hank González en el estado se evidencia en que la elección de su sucesor tuvo menos oposición que las anteriores; la balanza se inclinó hacia uno de los representantes importantes del grupo alguna vez liderado por Gustavo Baz, Jorge Jiménez Cantú, que ya para ese momento había alimentado y hecho crecer su vínculo con Hank.²⁶

²⁶ "Trago gordo con Hank y Jiménez Cantú, cuando se resolvió la candidatura del Estado de México. Ellos esperaban a Monroy. Imputan responsabilidad a Carvajal. Personalmente tuve que decirles la decisión del Partido. Se quejan de que Gustavo propaló la tesis de que no eran leales ni disciplinados, lo que los ofendía. Lo entiendo. En fin, trago gordo y solución difícil, pero indispensable para preparar las otras ulteriores: Yucatán, Coahuila y la grande" (López, 1988, p. 1031).

A las estrechas relaciones que sostenían Hank González y Jiménez Cantú se sumaron, para determinar la candidatura de este último, las igualmente estrechas relaciones entre Luis Echeverría Álvarez y su sucesor, José López Portillo, a cuyo gabinete fue llamado a colaborar Hank; así a la solución de continuidad en el Poder Ejecutivo federal correspondió una solución de continuidad en el Poder Ejecutivo local, donde se mantenía la sutil hegemonía de Hank González. Muchos de los funcionarios destacados que participaron en el gabinete de Hank González prosiguieron su carrera política en el gobierno de Jiménez Cantú. (Salazar, 1993, pp. 31-32)

El gobierno de Jorge Jiménez Cantú se desarrolló en el periodo 1975-1981 y siguió los pasos de sus antecesores inmediatos: consolidó la hegemonía de una élite política y reafirmó el objetivo de impulsar el desarrollo industrial.²⁷ En 1980 Jiménez Cantú aseguraba que su gobierno era acorde con las directrices de la iniciativa privada para establecer el equilibrio económico.

Durante su administración se aprobó una nueva ley política estatal correlativa a la realizada a nivel nacional por el presidente José López Portillo, pero ideada por el secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles. A nivel federal nació la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE) en 1977, reforma política con que se comenzó a dar apertura a otras corrientes políticas, partidos y asociaciones ciudadanas. En el Estado de México se instituyó la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales del Estado de México (LOPPEEM) el 24 de abril de 1978, aunque las condiciones políticas en la entidad se modificaron con mayor lentitud que a nivel federal.

²⁷ "Los integrantes del grupo de colaboradores en la administración de Jiménez Cantú se identificaban plenamente como miembros de la misma e histórica camarilla política ..." (Arreola, 1995, p. 293).

EL LIDERAZGO DE ALFREDO DEL MAZO GONZÁLEZ

La influencia de Hank en el Estado de México a lo largo de 12 años y el capital político que había adquirido a nivel nacional fueron suficientes para que la cúpula priista nacional resolviera frenar su desarrollo, impulsando a alguien del estado ajeno al grupo hankista.²⁸ Como ya había sucedido en ocasiones anteriores con Fabela y Baz, se inclinó la balanza hacia un personaje alejado de los asuntos estatales, más conocido en la entidad por sus lazos familiares que por su carrera política, Alfredo del Mazo González,²⁹ hijo del ex gobernador Alfredo del Mazo Vélez y ahijado del viejo líder político Isidro Fabela.

²⁸ “La sustitución de Jorge Jiménez Cantú en el gobierno del Estado de México parecía, a fines de 1980 y principios de 1981, una situación más en la que algún miembro destacado del Grupo Atlacomulco pasaría a ocupar la gubernatura, posición política que por 40 años había estado en el poder de éste. El senador, ex gobernador y símbolo burocrático del grupo, doctor Gustavo Baz, estimaba a principios de 1981 que existían 35 destacados políticos del estado para sustituir en el cargo a su discípulo preferido, el entonces gobernador Jorge Jiménez Cantú. A la vez el doctor Baz externaba su deseo de que el sustituto fuese un hombre que “tuviera” un gran conocimiento de los problemas que afectan a esa comunidad, o de lo contrario se podría frenar el desarrollo de la entidad... Como caso fuera de lo común en la historia de las designaciones oficiales priistas, se nombraron 6 precandidatos: Román Ferrat Solá, Juan Monroy Pérez, Antonio Huitrón, Carlos Riva Palacio, Alfredo del Mazo González y Mario C. Olivera. Todos ellos, menos Alfredo del Mazo y Carlos Riva Palacio, habían hecho su carrera política a la sombra de los hombres más fuertes del grupo político del estado” (Arreola, 1985, p. 13).

“Al cambio de gobierno local, terminado el mandato del médico Jorge Jiménez Cantú, sin duda por las influencias de los grupos políticos que a nivel nacional influyen dentro del partido oficial para la designación de candidatos a gobernadores, tendientes a restar la importancia nacional al Grupo Atlacomulco, lograron que se impusiera la candidatura de Alfredo del Mazo González para el cargo del gobernador de la entidad. La influencia decisiva parece haber corrido a cargo del señor Fidel Velázquez Sánchez, oriundo del Estado de México, líder nacional durante décadas y décadas de la Confederación de Trabajadores Mexicanos y poseedor de una importante capacidad de maniobra política” (Morales, 1989, pp. 81-82).

²⁹ “Tratando de recobrar la autonomía que se iba perdiendo cada vez más, el presidente José López Portillo se inclinó por Alfredo del Mazo González —hijo del ex gobernador y fundador del Grupo Atlacomulco, Alfredo del Mazo Vélez—, un hombre alejado del grupo político de la entidad (aunque su hermano, Héctor del Mazo había sido director de la Comisión Estatal de Aguas y Saneamiento del estado en el gobierno de Hank González). Del Mazo González desarrolló su carrera política en el Distrito Federal; fue escogido para tratar de frenar algo casi imposible desde la burocracia política: el continuismo y la concentración de poder de la entidad en un grupo muy reducido de personas” (Arreola, 1985, p. 14).

“En el caso del gobernador Del Mazo concurren circunstancias particulares: como sus antecesores, se desempeñaba antes de ser gobernador como funcionario del Banco Obrero en la capital del país. Segunda generación de la clase política del estado, en tanto que su padre había sido igualmente gobernador de la entidad bajo la influencia del fabelismo, durante la mayor parte de su vida se mantuvo al margen de las actividades estrictamente políticas, pero aparece en la escena política como un elemento destinado a equilibrar la inmensa influencia del llamado Grupo Atlacomulco, que en la entidad venía ejerciendo la hegemonía y frente a sus concurrentes a nivel nacional había intentado elevar a uno de sus miembros a la presidencia del país: al ex gobernador Hank” (Morales, 1989, p. 57).

... López Portillo impidió el control de Hank en el estado, aunado a que su sucesor Miguel de la Madrid Hurtado, apoyó a Alfredo del Mazo González, lo que hizo evidente la mala relación entre Hank y De la Madrid. Pues se veía peligroso el poder económico de Carlos Hank, quien llegó a ser uno de los políticos empresarios más prominentes del país, es decir, el ejemplo a seguir entre las élites gubernamentales. Contra la versión difundida, Hank toleró e inclusive propició la competencia y, lo más destacado, reconoció las capacidades de sus seguidores. Gracias a que promovió carreras personales y no las canceló para proteger la suya, Hank desarrolló una autoridad indisputable que lo convirtió en un líder reconocido aun cuando su poder había mermado y era más una leyenda que un verdadero factor de decisiones políticas. (Hernández citado en Morales, 2006, pp. 214-215)

De esta manera el binomio Hank González-Jiménez Cantú vio detenido el desarrollo de su grupo político.³⁰ Con la llegada de Del Mazo al gobierno estatal llegaron también la nueva tendencia del gobierno federal de Miguel de la Madrid y su nuevo modelo económico. La tecnocracia en el Estado de México apareció desde la conformación de su gabinete, en el que incorporó especialistas amigos suyos con quienes estudió en el extranjero, aunque nunca dejó de lado a personalidades del grupo de Hank para contar con apoyo en la toma de decisiones.³¹ Así, Alfredo del Mazo G.

³⁰ "No sorprende la unanimidad de los observadores del universo político mexicano al interpretar la postulación de Alfredo del Mazo González como un freno a las pretensiones del poderoso grupo de Carlos Hank González. El nuevo gobernador sería un elemento de presión tanto a la hora de la sucesión presidencial como en la renovación de las iniciativas de desarrollo para la burguesía mexicana. Con la designación del candidato que sustituiría a Jorge Jiménez Cantú en el gobierno del estado, el sistema presidencialista mexicano reconoció un hecho inocultable: la existencia de un grupo político que trató de disputarle una decisión hasta ahora reservada para sí" (Arreola, 1985, p. 14).

³¹ "Cuando Alfredo del Mazo dio a conocer los miembros de su gabinete, se evidenció que su elección iba a funcionar bien poco como muro de contención del continuismo político en la entidad. El grupo político del Estado de México, con su cabeza principal, el Regente de la ciudad de México, iba a seguir teniendo el control en los puestos principales de gobierno de la entidad" (Arreola, 1985, p. 15).

desplazó a un importante sector de funcionarios, sustituyéndolos por especialistas, aunque mantuvo a uno de los principales cuadros locales en la administración pública: Humberto Lira Mora, José Merino Mañón y Emilio Chuayffet Chemor; lo mismo que al frente del PRI: Arturo Martínez Legorreta, Heberto Barrera y Manuel Hinojosa Flores. Con él llegaron a la entidad Alfredo Baranda, Óscar Espinoza Villarreal, Elías Ayub y Gerardo Ruiz Esparza. (Arellano, 2003, p. 88)

Lo anterior contribuyó a mantener la fluidez institucional y las lealtades al PRI y al gobierno, aun al interior de los grupos políticos existentes.³² No obstante, investigadores como Claudia Abigail Morales, consideran que

con Del Mazo inició el desplome de los hankistas, lo que dejó que surgieran nuevas redes y pluralidad de las élites locales, que comenzaron a disputarse el poder fomentados por el reclamo de los actores políticos del valle de México, quienes por décadas se han sentido relegados de la política local. (p. 215)

De acuerdo con Julián Salazar (1993), la tendencia tecnócrata de la administración de Del Mazo se evidenció, además, al crear la Secretaría de Planeación y Finanzas y las direcciones generales de Programación y Presupuesto,

³² “Es evidente que en los grupos de decisión centrales del PRI se buscaba destruir el cacicazgo político ejercido por el Grupo Atlacomulco, cuya cabeza visible sigue siendo el ex gobernador Hank. Pero no parece haberse tenido en mente sustituir un caudillismo por otro caudillismo. Esta situación no parece haber sido comprendida por el grupo que Del Mazo González organizó en la entidad y que le siguió apoyando al dejar la gubernatura de la entidad después de que el actual Presidente de la República, Miguel de la Madrid, le formulara la invitación —término empleado por el Presidente De la Madrid— para desempeñarse como titular de la secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal. Del Mazo y sus apoyos fundamentales: el Presidente De la Madrid y el líder Velázquez Sánchez, parecen haber creído que el Grupo Atlacomulco habría cedido ante el empuje del delmazismo, y el ex gobernador Del Mazo pasó rápidamente a constituirse como prospecto viable a la Presidencia de la República para el periodo 1988-1994” (Morales, 1989, p. 83).

“Del Mazo dio muestras de un desplazamiento importante del Grupo Atlacomulco de la política local y nacional; sin llegar a la eliminación absoluta de los miembros del grupo en la entidad, pero imponiendo fuertes restricciones a su presencia e influencia antes incólume, al mismo tiempo demostró que un grupo nuevo, en menos de siete años, ejerce el poder de manera tan caudillesca como el grupo al que se trataba de contrarrestar” (Morales, 1989, p. 83).

pues eran dependencias cuya gestión necesitaba gente especializada. El perfil de su gobierno apareció a la par del modelo económico que comenzaba a predominar a nivel internacional, el neoliberalismo, que contemplaba dejar de lado el impulso directo del Estado en la creación de industrias, y la desaparición de las empresas paraestatales (creadas durante el periodo del Desarrollo Compartido), para llegar a un fomento gubernamental discreto y dejar a las libres fuerzas del mercado la tarea de impulsar la industria. Aunado a lo anterior, la crisis económica de 1982 agudizó los problemas financieros estatales, lo que provocó la forzosa necesidad de contar con personas calificadas en finanzas que tomaron medidas de reducción del ensanchado aparato burocrático que subsistía en el gobierno, además de la racionalización del gasto público.

En su periodo se afianzaron los grupos económico-empresariales como fuerza autónoma en la toma de decisiones del gobierno, ya que la entidad tenía presencia del Grupo Desc, Grupo Monterrey, Grupo Hermes, Grupo IUSA, etcétera, y éstos canalizaban su influencia al gobierno a través de cámaras de comercio e industrias.

REESTRUCTURACIÓN DE LAS ÉLITES LOCALES

Aunque la administración de Alfredo del Mazo González era por el periodo de 1981 a 1987, una nueva intervención del ejecutivo federal modificó el periodo. En 1986 el presidente Miguel de la Madrid Hurtado le solicitó al gobernador del estado que formara parte de su gabinete como Secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal. Alfredo Baranda, quien fungía como Secretario de Finanzas en la administración de Del Mazo (y cuyo suegro era colaborador cercano del presidente de la Madrid), concluyó ese periodo; su lejanía con los grupos locales se explica porque su carrera política se desarrolló con la élite nacional y fue importado a la entidad por Alfredo del Mazo.

Al final de la breve gestión de Alfredo Baranda, la efervescencia política por la sucesión en la Gubernatura se volvió a manifestar, retomando bríos los grupos políticos locales de la entidad. Sin embargo, la fuerza de la élite nacional tuvo, otra vez, una participación fundamental en la selección del próximo candidato del PRI:

Miguel de la Madrid quiso asegurarse de proponer al sucesor que no tuviera vínculo con Carlos Hank y su grupo, entre sus propuestas estaban: Mario Ramón Beteta, director de Petróleos Mexicanos (PEMEX); Francisco Rojas, titular de la Contraloría de la federación; Arsenio Farell Cubillas, Secretario del Trabajo. La decisión a favor de Beteta constituía la más clara muestra de la centralización del poder en manos del Presidente de la República. (Morales, 2006, p. 216)

Ricardo Arellano (2003) señala que a su vez Beteta tenía fuertes lazos con otros líderes de la élite nacional; mientras se desempeñó como profesor de Economía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fue maestro de Carlos Salinas de Gortari con quien consolidó un vínculo personal. Todo lo anterior fue considerado por los políticos locales como otra imposición del centro. Salazar y otros han observado una característica toral en esta relación entre la élite nacional y las élites locales en el estado:

la clase política del Estado de México se ha distinguido por su cohesión interna y por la ausencia —generalmente— de contradicciones irreconciliables entre los distintos equipos. Es así que el arribo al poder de uno de ellos, no suele significar el radical desalojo del grupo precedente o de los demás en el nuevo gobierno. Normalmente el gobernador en turno invita a colaborar en su administración a conspicuos miembros de otros grupos, como una fórmula eficaz de equilibrio entre los mismos. (Salazar, 1993, p. 36)

En 1987 Mario Ramón Beteta asumió el cargo de gobernador constitucional del Estado de México.³³ No obstante,

Beteta no logró vincularse adecuadamente con los grupos poderosos de la entidad, que siempre lo consideraron —al igual que a su equipo— como foráneo. Este hecho, junto con el fracaso electoral de 1988 en la entidad, fue uno de los factores que llevaron a Beteta a renunciar a la gubernatura estatal en septiembre de 1989. (Salazar, 1993, p. 36)

Así, el presidente Carlos Salinas designó como su asesor personal a Mario Ramón Beteta y posteriormente lo nombró director general de Multibanco COMERMEX, al tiempo que negoció con la élite estatal el nombramiento como gobernador sustituto por el resto del periodo (1989-1993) de Ignacio Pichardo Pagaza,³⁴ un reconocido militante del grupo hankista y experto en administración y finanzas.

Conforme lo relata Claudia Morales (2006), con el arribo al ejecutivo estatal de Pichardo Pagaza, uno de los miembros más destacados del grupo de Hank, el periodo de tribulaciones e inestabilidad en la política local cerraba un ciclo, dando paso a una reincorporación de muchos de los políticos locales que habían sido removidos en las últimas administraciones por políticos externos a la entidad, pues Pichardo conformó un equipo de colaboradores reconocidos por la élite local.

³³ “En términos de lo expuesto, y salvo por lo que toca al gobernador interino más reciente —el licenciado Alfredo Baranda García, que sólo continuó la inercia del gobernador Alfredo del Mazo—, los gobernadores priistas, que cubren los últimos 25 años de la historia política de la entidad, y desde luego el más reciente, el licenciado Mario Ramón Beteta Monsalve, son personajes que perteneciendo a diversos grupos políticos actuantes sobre todo en la capital del país, desempeñaban altos cargos político-administrativos en las instancias nacionales” (Morales, 1989, pp. 56-57).

³⁴ “Ignacio Pichardo Pagaza contaba, según todas las evidencias, con un amplio conocimiento de la entidad. Pichardo fue un político que —desde los últimos años de la década de los sesenta—, había pertenecido a las diferentes administraciones locales; además su experiencia en el plano federal le permitía, desde 1989, tratar de volver a dar estabilidad política al Estado de México bajo el modelo priista. El nombramiento de Ignacio Pichardo fue el reconocimiento a un tipo de práctica política. Los beneficiarios fueron los herederos de la tradición histórica que inauguró Isidro Fabela en 1942” (Arreola, 1995, p. 324).

Sin lugar a dudas, algunos de los hechos políticos de mayor trascendencia a nivel nacional y, por ende, también a nivel local fueron los relativos a las reformas políticas que dieron pie a una democratización nacional de mayor calado que la reforma política de 1976. 1988 es un año clave en la historia de la política nacional, ya que con las elecciones federales de ese año la hegemonía priista y su vinculación con el Estado se evidenciaron vulnerables ante la oposición, además de que la población comenzó a manifestar descontento por el régimen priista. En ese año, los del PRI pudieron mantener la Presidencia, pero comenzaron a perder algunos cotos de poder en estados, municipios, así como en diputaciones y senadurías; sumado a esto, el relativo crecimiento aún marginal del PAN creó un desbalance en las fuerzas políticas estatales que tuvieron que soportar un reacomodo como el que se estaba suscitando a nivel federal.

Conviene destacar que después de la reforma política de 1976, y como consecuencia de las elecciones federales y los conflictos poselectorales de 1988, se consensó entre el gobierno y los partidos políticos de oposición un acuerdo que culminó en las reformas a la Constitución de la República y la creación del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFIPE), que entró en vigencia en agosto de 1990 y le dio vida al Instituto Federal Electoral (IFE) (Iracheta, 2000). Como producto de esta ola de reformas electorales de la federación, se replicaron en los estados de la república leyes electorales en concordancia con la nueva ley electoral federal.

En el Estado de México entró en vigor en marzo de 1996 la reforma integral a la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de México, donde se estableció la creación del Código Electoral del Estado de México, en el cual se planteó la desaparición de la Comisión Estatal Electoral, en la que intervenía el gobierno, para dejar su lugar al Instituto Electoral del Estado de México (IEEM),

que se convertiría a partir de entonces en un organismo público autónomo responsable de la organización, desarrollo y vigilancia de los procesos electorales en el estado de las elecciones de gobernador, legislatura local y ayuntamientos.

Al mismo tiempo que las relaciones de poder en el estado estaban cambiando en relación con las nuevas fuerzas de los partidos de oposición, el grupo hankista en el Estado de México volvió a retomar importancia con la llegada como gobernador de Pichardo Pagaza, que restableció la influencia del grupo mexiquense en la designación del gobernador. Parecía que la fuerza del gobernador se recuperaba de su debilitamiento que surgió a causa de las administraciones truncadas (Arreola, 1999).

Pero el encumbramiento de otra de las figuras más destacadas de la política local de las últimas décadas volvió a modificar algunas de las conductas y balance de fuerzas en el Estado de México. Emilio Chuayffet Chemor se erigió como la figura de mayor peso en la conformación del grupo en el poder de la entidad en la última década del siglo pasado. Para la carrera política de Chuayffet fue pilar fundamental, como para muchos otros políticos mexiquenses, su relación personal con el líder Carlos Hank González, misma que empezó mientras Hank era gobernador y Chuayffet, aún muy joven, era delegado del PRI.

El ascenso de Chuayffet en la política comenzó al ser invitado por Arturo Llorente a colaborar mientras éste fungía como titular de la delegación Benito Juárez del Distrito Federal; ya en 1981, siendo delegado tras la renuncia de Llorente, fue designado candidato del PRI a la Presidencia Municipal de Toluca, cargo que desempeñó de 1982 a 1984; posteriormente, hizo las funciones de secretario de Educación en las administraciones estatales de Alfredo del Mazo González y Alfredo Baranda, para saltar y realizar funciones dentro de la administración pú-

blica federal como procurador federal del consumidor en 1989 y en el recién creado Instituto Federal Electoral (IFE) en 1990. Desde esa trinchera, consiguió la recuperación electoral del PRI en las elecciones federales de 1991 y fue ungido como el siguiente candidato del PRI a la Gubernatura del Estado de México. Para ello, “el nexo que establece con el profesor Hank le ayuda para conseguir la candidatura a Gobernador del Estado, ya que fue Hank quien convence a Salinas de que Chuayffet sería la persona indicada para el puesto” (Morales, 2006, pp. 216-217).

Con la figura de Emilio Chuayffet como gobernador electo del Estado de México en 1993, se retomó la reconstrucción y el nuevo empoderamiento de los grupos políticos locales, y de la élite local en el ámbito nacional.

Chuayffet, como heredero del liderazgo político de la entidad, se ocupó de integrar un sólido equipo de colaboradores, con Hank como eje articulador. Dentro de esta estrategia se inscribe Alfredo del Mazo como candidato a la jefatura de la Ciudad de México [en 1997] y el regreso de Arturo Montiel, ex director de Talleres Gráficos de la Nación como Presidente del PRI. (Arellano, 2003, p. 106)

Su breve administración como gobernador tuvo un desarrollo *sui generis*: de inicio rompió con la tradición informal que cohesionaba los diferentes grupos de poder en la entidad al interior de la administración pública estatal, es decir, dar cabida a algunos miembros de las administraciones anteriores dentro de la suya, cosa que no ocurrió, pues sólo tres de los 11 cargos en el gabinete del ejecutivo estatal fueron para ex colaboradores de los gobernadores anteriores.

Por otra parte, sí compartió un rasgo con las dos administraciones constitucionales anteriores (de Alfredo del Mazo y Mario Ramón Beteta) y fue la no conclusión del periodo

que tenía encomendado. De manera similar que los ex gobernadores, solicitó licencia para dejar el cargo de la Gubernatura.

Fue invitado por el presidente de la República, Ernesto Zedillo, para despachar los asuntos de la Secretaría de Gobernación. Este cargo público representaba una fuerte oportunidad para Chuayffet de llegar al primer puesto del país y, junto con él, la ascensión de su grupo cercano de colaboradores, y por añadidura de la élite del Estado de México; en ese entendido, fue designado como gobernador sustituto quien fungiera como secretario general de gobierno de Chuayffet, César Camacho Quiroz. Esta designación estuvo libre de la intervención de la fuerza del centro y estuvo sólo a cargo de las fuerzas del poder local. Ernesto Zedillo fue el primer presidente priista que no tuvo injerencia directa en las decisiones políticas del Estado de México.

César Camacho desempeñó su encargo de 1995 a 1999 sin rupturas con la élite política local. Sin embargo, para los fines de acumulación del poder de la misma élite, las intenciones de agrupar más posiciones de poder nacional se vieron frustradas desde dos ángulos:

1. El apoyo que brindaba el grupo de Hank a la candidatura de Alfredo del Mazo González, para la primera elección de jefe de Gobierno del Distrito Federal, no fue suficiente para nadar en contra de la voluntad popular que se volcó a favor del abanderado del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.
2. La posición política del segundo líder más importante en la entidad, Emilio Chuayffet, se vio vulnerada ante algunas circunstancias, como los resultados electorales de 1997, en las que el PRI perdía, por primera vez en la historia, la mayoría absoluta en el Congreso de la Unión, y la matanza de Acteal

en Chiapas a fines del mismo año, que concluyeron con su destitución como Secretario de Gobernación en 1998. Su salida significó un duro golpe a los intereses de la clase política mexiquense.

A raíz de lo anterior, las condiciones políticas en el Estado de México y la estructura del poder cambiarían significativamente para los siguientes procesos de sucesión de la Gubernatura. Así los sintetiza Rogelio Hernández (2010):

Hasta 1993 la sucesión política del Estado de México había sido una competencia de grupos dirigidos por personalidades diversas. En esa competencia un valor entendido y respetado era reconocer que había diferencias, si no de fondo, sí de estilo, pero que siempre se mantenía la esperanza de volver a controlar la política y por lo tanto de hacer prevalecer el grupo propio. La competencia, como ellos mismos reconocían, llevaba implícita la alternancia. En todo caso, la sobrevivencia de un grupo dependía del prestigio, la acción y la autoridad de los líderes que no limitaban ni la incorporación de nuevos políticos ni su desarrollo. La fiel observancia de este principio aseguró la cohesión de la élite porque las derrotas no eran definitivas ni impedían ciertos grados de representación. Pero también tuvo otra consecuencia no menos importante: permitió el continuo adiestramiento de nuevos funcionarios y políticos. *En la medida que el ascenso, en términos generales, no suponía la destrucción de los demás, la élite pudo renovarse con políticos preparados. El recurso, de manera similar a lo que ocurrió por años con la élite nacional, auspició lealtad, unidad y competencia.* (Hernández, 2010, pp. 321-322) [Las cursivas son mías]

Por lo anteriormente descrito, podemos afirmar que la idea del Grupo Atlacomulco surgió por el origen de los primeros gobernadores del siglo XX en la entidad, sin embargo, empíricamente, no existe un Grupo Atlacomulco

como tal. La presente investigación ha mostrado que los liderazgos en la élite política priista de la entidad, desde la administración del ya mítico Isidro Fabela hasta la actualidad, han sido parte de un proceso complejo y complicado que dependió en diferentes momentos de la intervención de la élite priista nacional; que en más de una ocasión han cohabitado grupos antagónicos al interior del partido y el gobierno; y que, no obstante, han sabido aglomerar, incluir y sanar las disputas internas dentro de los valores y principios fundamentados por la élite: unidad, lealtad y disciplina.

En una entidad del tamaño del Estado de México, la unidad alrededor de un solo grupo de familiares es una posibilidad muy remota, como lo demuestra el hecho de la multiplicidad de núcleos y grupos políticos. En la entidad ha florecido un amplio número de grupos al interior del partido en el poder, que actualmente se sintetizan en los grupos del Valle de Toluca y los del Valle de México.

APERTURA DEMOCRÁTICA Y LA ÉLITE GOBERNANTE

Tras la supresión del control centralizado para la selección del candidato del PRI a gobernador del Estado de México, por la complejización de la política en la entidad (ausencia de líderes de amplio control en los grupos políticos priistas estatales, el crecimiento de la importancia, participación y poder de los partidos de oposición, el aumento de la competitividad electoral y los halos democratizadores de la década de los 90), el PRI implementó para la selección de candidato un sistema de elecciones primarias consultando a la militancia.

Al inicio del proceso de selección se manifestaron como precandidatos siete figuras priistas: Arturo Montiel Rojas, Heberto Barrera Velázquez, Héctor Ximénez González, Yolanda Sentíes Echeverría, Humberto Lira Mora,

Manuel Cadena Morales y José Merino Mañón. Aunque los últimos dos al final no se registraron; Cadena Morales porque declinó a favor de Montiel y Merino Mañón porque acusaba favoritismos en el proceso. Al concluir el proceso con la selección de Arturo Montiel Rojas como candidato, Humberto Lira Mora junto con Héctor Ximénez declararon inequidad en la contienda y se alejaron de la institución, pero no de manera permanente.

Arturo Montiel supo limar progresivamente las asperezas con la mayoría de los miembros de los grupos del Estado de México y, a su vez, integrarlos dentro de su administración estatal, configurando un nuevo liderazgo estatal en su persona. Varios sucesos tuvieron impacto no menor en la gestión de Arturo Montiel como gobernador del Estado de México:

- a) Los resultados de la elección en la que resultó victorioso Montiel fueron los más disputados en la historia de una elección a gobernador en el Estado de México: el PRI obtuvo 41% de la votación; la coalición PAN-PVEM 34.3%; y la coalición PRD-PT, 21.2%; es decir, que ganó por poco más de 6% de la votación. Lo que reflejó una mayor competitividad y pluralidad política en el Estado de México.
- b) En 2000 se produjo la derrota medular del PRI en la elección de presidente de la República a manos del candidato panista Vicente Fox. Si bien Ernesto Zedillo había sacado las manos del proceso de selección de candidatos en el Estado de México, la derrota del ejecutivo federal significó el rompimiento de las élites locales con la élite nacional, en otras palabras, las élites locales de los estados ganaron autonomía de las decisiones que antes se tomaban en el centro. La figura del presidente del PRI o la de los gobernadores en turno se convirtieron en decisivas frente a las sucesiones gubernamentales (Morales, 2006).

- c) El 11 de agosto de 2001 ocurrió el deceso del líder, real e icónico, de la élite política en el Estado de México, el profesor Carlos Hank González. Con su muerte quedaría más hondamente acuñado el término del *Grupo Atlacomulco*; asimismo, la élite política priista del Estado de México perdió un líder político y moral alrededor del cual se gestaban consideraciones aún de peso. Para Ricardo Arellano (2003), con este evento culminaría la tercera etapa del Grupo Atlacomulco, con lo que a partir de la administración de Arturo Montiel se consideraría la cuarta etapa de dicha agrupación política.

De esta forma Montiel logró ser el centro político de los grupos priistas del Estado de México, y su gestión de gobierno obtuvo una buena percepción ciudadana. Cabe destacar que el periodo de su administración se completó de acuerdo con lo establecido. Para su sucesión pudo tener el control tanto en el proceso de designación como en la elección del candidato para sucederlo. El abanderado del PRI fue Enrique Peña Nieto, quien, pese a las acusaciones de parentesco con el gobernador saliente y señalamientos sobre su breve trayectoria política, pudo consolidarse en la campaña como un candidato fuerte.³⁵

Al igual que otros ex gobernadores del Estado de México (Carlos Hank, Alfredo del Mazo y Emilio Chuayffet), Arturo Montiel tuvo interés por trascender su influencia política

³⁵ “El actual gobernador del Estado de México, Enrique Peña Nieto (2005-2011), considerado un fuerte contendiente por la candidatura presidencial de su partido para 2012, nació en Atlacomulco en 1966. Peña Nieto está emparentado con cuatro gobernadores anteriores de su estado natal. Por su madre, es pariente de Arturo Montiel Rojas, quien lo precedió en el cargo y que originalmente fue considerado el político favorito de una facción del PRI para la candidatura presidencial en 2006, hasta que un escándalo lo obligó a retirarse. El padre de Montiel Rojas fue presidente municipal de Atlacomulco en 1971-1972, y su abuela procede de la familia Monroy. El abuelo de Peña Nieto, Enrique Nieto Montiel, quien en 1953-1954 también ocupó el cargo de presidente municipal de Atlacomulco, se casó con la hermana del gobernador Salvador Sánchez Colín, quien, por tanto, es su tío abuelo. Una hija de este matrimonio es la esposa del primo del gobernador Alfredo del Mazo González, también gobernador del Estado de México (1945-1951) y primo de Mario Colín Sánchez, originario de Atlacomulco, y tres veces miembro del Congreso. El hermano de Peña Nieto también sirvió como presidente municipal de Atlacomulco, de 1994 a 1996” (Ai Camp, 2010, pp. 36-37).

local y llevarla al ámbito nacional. Pudo establecer a nivel nacional las alianzas suficientes con otros gobernadores de filiación priista para contender, con su apoyo, por la candidatura del PRI a la Presidencia de la República en contra de quien fungía como presidente nacional del partido, Roberto Madrazo.

Sin embargo, un escándalo mediático sobre un supuesto enriquecimiento ilícito minó sus aspiraciones para contender por ese puesto, a la vez que lo marginó de la política del Estado de México, recayendo su liderazgo en figuras prominentes del estado, comenzando por el gobernador electo para la administración 2005-2011, Enrique Peña Nieto, y en los ex gobernadores en cargos públicos importantes como Emilio Chuayffet y César Camacho, además de que facilitó el ascenso de nuevos liderazgos jóvenes en la entidad, destacándose aquéllos de los bastiones priistas del Valle de México. Enrique Peña Nieto mantuvo uno de los principios tradicionales de cohesión en la entidad: considerar a la clase política de varias corrientes y de las administraciones pasadas para configurar su gabinete de trabajo.

La apertura democrática permitió que en los juegos de poder no participara el PRI en solitario, sino que se produjera una real competencia política con una equidad cada vez mayor en la contienda, facilitando el acceso a nodos de poder importantes a otras fuerzas políticas, lo que significó indefectiblemente un debilitamiento del PRI de forma general en todo el país y, particularmente, en cada entidad federativa. La realidad política en el Estado de México ha cambiado drásticamente y, en consecuencia, las características de los grupos de poder y la élite priista también se han modificado.

En la medida en que el pluralismo político ha permeado el modelo político en los decenios de 1990 y 2000 ... La influencia de las raíces locales y regionales adquiere ma-

yor importancia desde una perspectiva cultural y política ... [Esto] revitalizará la importancia de las diferencias locales entre las élites de poder, acentuando el pluralismo político iniciado en los años noventa. (Ai Camp, 2008, pp. 148-149)

DE ÉLITE LOCAL A ÉLITE NACIONAL

Nuevos grupos políticos, al interior del PRI y de otros partidos (principalmente el PAN y el PRD), se presentan en la escena local con nuevas brechas inauguradas por el fin del dominio electoral priista.

El tránsito del autoritarismo hacia la pluralidad, así como las fallas de la experiencia neoliberal dan paso a la incorporación de nuevas élites; además de otros diferentes grupos al gobierno del país que han transformado la importancia entre las relaciones de las élites locales y nacional que pertenecían al mismo partido. (Morales, 2006, p. 207)

Un ejemplo claro de lo que se expone es la creciente fuerza adquirida por los grupos políticos priistas en la zona del Valle de México, así como el auge de grupos políticos perredistas en el oriente de esa zona (Nezahualcóyotl, La Paz, Texcoco, etc.) y de grupos panistas en el poniente de la misma (Naucalpan, Tlalnepantla, Cuautitlán Izcalli, Atizapán, etcétera).

El crecimiento demográfico, industrial y de infraestructura en esa parte del estado es lo que ha permitido que nuevos grupos políticos con intereses propios aparezcan. Los municipios que pertenecen a la zona metropolitana del Valle de México aglutinan el mayor número de votos en la entidad, lo que puede determinar el triunfo de un candidato a la Gubernatura o la participación federal. Por otra parte, la identificación de los habitantes de esos

municipios no siempre corresponde al Estado de México, debido a la compleja red de migraciones que ha existido en las últimas décadas y el también complejo desarrollo de la vida entre la entidad y el Distrito Federal. A su vez, los políticos del Valle de México, en su mayoría, no han adquirido aún la experiencia y la madurez para poder competir de manera más directa con la clase política tradicional del Estado de México, primordialmente aglutinada en el Valle de Toluca.

Estos cambios han propiciado el nacimiento de núcleos de poder sustentados en la capacidad de movilización política y la cantidad de votos que se pueden acumular en el Valle de México. Esto se ha convertido en uno de los aspectos más preocupantes para la élite priista en la entidad: una posible pérdida de cohesión y unidad por disputas entre grupos del Valle de Toluca y el Valle de México por el control del PRI en la entidad. Hasta antes de la sucesión del gobernador Enrique Peña, este conflicto se había postergado como lo aseveró Rogelio Hernández (2010): “El político de Toluca ha resuelto el dilema de darles a los del Valle de México más presencia concediéndoles cargos de elección, pero cerrándoles los puestos en el gobierno local y, naturalmente, impidiéndoles el acceso a la gubernatura” (p. 314).

Sin embargo, la sucesión para el periodo 2011-2017 resultó una prueba de cohesión interna para la élite del poder priista en la entidad ya que al menos cinco personajes con relativa fuerza al interior del priismo mexiquense se movían dentro del partido y el gobierno buscando los apoyos necesarios para ser los próximos gobernadores. Los precandidatos priistas fueron:

- 1) Eruviel Ávila, figura de peso y reconocimiento en el Valle de México, quien ya había ganado en varias ocasiones puestos de elección popular, en nada menos que el municipio más poblado de América Latina, Ecatepec.

- 2) Luis Videgaray, secretario de Finanzas en la gestión de Peña y líder de la bancada priista de la Cámara de Diputados federal, quien tuvo importante participación para la configuración de los presupuestos de egresos de la Federación.
- 3) Ernesto Nemer, secretario de Desarrollo Social con Enrique Peña, elemento con amplia trayectoria administrativa en el gobierno del estado, quien ya antes había colaborado con Arturo Montiel.
- 4) Ricardo Aguilar, quien recién había dejado la Presidencia del PRI estatal, bajo su administración el PRI tuvo en 2009 su recuperación más alta de municipios y curules en la Legislatura local, además de haber colaborado en el gabinete de Peña previamente.
- 5) Alfredo del Mazo Maza, alcalde de Huixquilucan, hijo del ex gobernador Alfredo del Mazo González y nieto del también ex gobernador Alfredo del Mazo Vélez, emparentado en tercer grado con el gobernador saliente Enrique Peña Nieto, de quien también fungió como secretario.
- 6) Azucena Olivares, edil de Naucalpan.

De la sucesión de Enrique Peña Nieto para los fines ilustrativos de la élite priista local nos enfocaremos principalmente en dos aspectos torales: por una parte, en las dos principales fuerzas políticas al interior del PRI mexicano y, por otra, en el posicionamiento del ex gobernador Enrique Peña Nieto para contender como candidato a la Presidencia, y su triunfo electoral para erigirse como presidente para el periodo constitucional de 2012-2018.

De los precandidatos priistas, tres eran alcaldes de municipios conurbados al Distrito Federal: Eruviel Ávila (Ecatepec), Alfredo del Mazo (Huixquilucan) y Azucena Olivares (Naucalpan). Cuatro de ellos habían sido colaboradores en el gabinete de Peña: Luis Videgaray, Ernesto Nemer, Ricardo Aguilar y también Alfredo del Mazo. Al analizar el historial electoral de los pretendientes a la postulación, se

destacaba naturalmente Eruviel Ávila, quien había ganado ya en varias ocasiones el favor del voto de los ciudadanos en su municipio, el más poblado de la entidad y del país; Ávila se erigía como una figura de un peso electoral importante.

La designación del PRI se inclinó a favor de Eruviel Ávila Villegas, con la previa declinación de Alfredo del Mazo y con el argumento central de privilegiar la unidad del PRI en la entidad, este suceso resultó sorpresivo para los medios más críticos con el desempeño del gobernador Enrique Peña. El politólogo Julián Salazar, en entrevista concedida a Rogelio Hernández (2010), reconocía el reto que sería para el PRI local conciliar a los grupos regionales que lo nutrían, anticipando acaso el evento que se daría tarde o temprano en el prisma mexiquense sobre el entrelazamiento de los grupos de los Valles de México y Toluca:

El respeto por cada cultura ... haría posible la convivencia y el fortalecimiento de la élite para que, llegado el momento, no fuera una tragedia la llegada de un político del Valle de México a la gubernatura. Pero eso implicaría comenzar a ver desde ahora [1998] al mandatario como un árbitro que media entre culturas y grupos, que no intenta imponerse sobre alguna, para que cuando el cambio se produzca, el gobernador de Naucalpan o de Tlalnepantla haga lo mismo: respetar a los grupos del Valle de Toluca. (Hernández, 2010, p. 314)

Para esto, la posibilidad de que el gobernador saliente pudiera acceder a la candidatura del PRI a la Presidencia con altas posibilidades de ganar fue un fenómeno fundamental que permitió a la élite priista del Estado de México actuar en dos bastiones o frentes en lugar de confrontarse, uno sería la candidatura de Eruviel, su campaña y administración estatal, y otro sería la candidatura de Peña, campaña y configuración de la administración fede-

ral, para la cual debería contemplar, además de una base cooperativa de la entidad, una red mayor que brindara apoyos de otras regiones. Así, el eje articulador y la base del grupo de poder priista en la entidad se complejizó al dirigir ya no un solo núcleo de poder, sino varios de diferentes dimensiones.

La natural rotación de la dirección del PRI en la entidad entre líderes del Valle de México y del Valle de Toluca se convirtió en un hecho tras la elección de 2011; esto sucedió al interior del PRI sin elementos de conflicto que pudieran suponer una ruptura o división interna del priismo mexiquense, un factor decisivo para ambos fenómenos, como ya se mencionó, fue la candidatura y eventual triunfo electoral del ex gobernador Enrique Peña, pues los espacios de poder para la élite priista mexiquense se expandieron entre lo estatal y lo federal, de tal forma que la dirección política de la entidad recayó en ambos polos de poder coordinados.

El gabinete conformado por Eruviel Ávila en 2011 resultó en una combinación de ex colaboradores de Enrique Peña y nuevos secretarios investidos por el propio Eruviel Ávila, que evidenciaron la estrecha comunicación y colaboración entre los niveles estatal y nacional del PRI una vez que Peña Nieto fue nombrado candidato a la Presidencia, y se corroboró al tomar posesión de la misma, dado que tanto su equipo de transición como su gabinete contaron con importante presencia de personajes de la élite de poder del PRI mexiquense, incluso con el arribo del ex gobernador César Camacho Quiroz a la Presidencia del PRI nacional.³⁶

³⁶ "... la élite local ha llegado a desarrollar un alto grado de homogeneidad y unidad, a tal punto que ha dado origen a la leyenda del Grupo Atlacomulco. Una observación cuidadosa de la élite local revela que nunca ha existido un grupo único, capaz de controlar la política de la entidad, sino una sucesión de varios grupos. En realidad, lo sorprendente del caso es que esa sucesión no ha implicado que los triunfadores eliminen a los demás; por el contrario, una vez definida la victoria, los grupos tienden a compartir el poder y, en especial, a alimentar la unidad" (Hernández, 1997, p. 729).

Sin embargo, dos sucesos futuros deberá enfrentar la élite del PRI en la entidad con miras a mantener su poder y hegemonía local, éstos son los procesos de sucesión de los poderes ejecutivos, el local en 2017 y el federal en 2018, en los cuales la élite mexiquense, cuyo espectro no se limitará al territorio estatal, deberá tomar determinaciones en cuanto a los sucesores en cada ámbito, puesto que el grupo de poder en ambas administraciones crecerá y en caso de perder la posición de poder, los cargos electorales a ocupar se verán reducidos, lo que podría implicar una posible confrontación interna.





Élite política priista con competencia electoral

A partir de la revisión teórica de las élites en el contexto de la democracia contemporánea en México y el Estado de México, en este capítulo analizaré la conformación y dinámica que adopta la élite política del Estado de México en el contexto de la competencia electoral.

CARACTERÍSTICAS DE LA ÉLITE POLÍTICA DEL ESTADO DE MÉXICO, 1996-2012

El autor norteamericano, Roderic Ai Camp, ha desarrollado varias investigaciones, escritos y ensayos sobre las características y condiciones de la clase política en México, principalmente en el periodo de reconstrucción nacional posterior a la Revolución Mexicana; sus aportaciones se enfocan primordialmente a la formación y el reclutamiento de los políticos priistas que se convertían en líderes u ocupaban un rol central en la toma de decisiones del partido y del gobierno. Se debe tener en cuenta que la mayoría de sus estudios fueron realizados en el marco contextual del partido hegemónico y previos a la democratización nacional; no obstante, muchas de sus aporta-

ciones siguen siendo vigentes y útiles para identificar las actitudes de la clase política mexicana.

Roderic Ai Camp (1994) estableció que la mayor parte de la politización de las personas ocurre en la infancia, y de manera más trascendente durante la juventud y la universidad. Es en este momento decisivo de la vida de los seres humanos que la mayor parte de los políticos asumen la convicción de dedicarse a esa labor. Una de las razones más comunes en la decisión por acercarse a la política tiene que ver con alguna influencia, directa o indirecta, de algún personaje a lo largo de su formación.

De tal suerte que la actividad de los padres o la familia tiene una incidencia importante; así, es común que los hijos o parientes de algún político retomen la misma actividad y se conviertan en parte del mismo grupo político. Este rasgo de parentesco es una de las características más arraigadas en la teoría clásica de las élites. “Lo más común entre los líderes políticos mexicanos es el alto por ciento de aquéllos que tuvieron padres profesionistas y que también participaron en la política” (Ai Camp, 1994, p. 244).

También se debe considerar la influencia de maestros o guías que conduzcan de igual forma a la práctica de la política como profesión por el vínculo fomentado con su discípulo o pupilo, particularmente en los estudios universitarios. Esta característica se reafirma al identificar que en otros casos “la mayoría de los futuros líderes políticos mexicanos fueron reclutados por los partidos durante sus años universitarios” (Ai Camp, 1994, p. 26).

La educación profesional adquiere cada vez mayor importancia como garantía axiológica que respalda a los líderes políticos a medida que los sistemas políticos se modernizan; esto se observó particularmente en México, con el auge del neoliberalismo y la tecnocracia, donde se privilegió una formación académica en universidades de

prestigio, sobre todo estadounidenses, y en el área de economía (Ai Camp, 1996).

Los agentes de socialización más importantes que influyen en la formación de un político son: la familia y los amigos, la escuela, su carrera y su educación. Para Ai Camp (1994), los líderes políticos mexicanos indicaron cinco amplias categorías que contienen sus razones para ingresar a la política: influencia de un personaje, experiencia, ambiente, decisión personal y acontecimientos externos. Además de reconocer estos factores contempla también, por un lado, haber nacido y residido en una ciudad y, por otro, tener un estatus socioeconómico elevado para poder integrarse a los grupos de poder.³⁷

Otras características que delinea son, por ejemplo, el reclutamiento de personajes a través del patrocinio de un líder al interior de la élite que brinde apoyo y seguimiento, el cual obtendrá lealtad de su patrocinado.³⁸ De esta forma se entrelazan diferentes grupos de poder al interior de la élite, por la conformación de líderes de camarillas que tienen su base de apoyo en sus patrocinados. En ese sentido los grupos tienden a ser pequeños y homogéneos en varios aspectos y a no desvincularse por completo, pues “es a través de las conexiones, a través del mantenimiento de las redes de amistades, como se intercambian informaciones y capacidad de acceso” (Ai Camp, 1996, p. 36).

³⁷ “La ubicación del lugar de nacimiento, el nivel de educación, la afiliación con una Universidad y la ocupación —indicadores aunque indirectos pueden ser utilizados como indicadores de ventajas adscritas— han servido en grado variable como filtros para el reclutamiento y la selección de los líderes nacionales. Es más, quienes llegaron a los niveles superiores del sistema poseían estos atributos en mayor grado que quienes formaban parte de las élites políticas consideradas en su totalidad. Por lo tanto, parece lógico suponer que existe algún tipo de conexión sistemática entre origen social y nivel del cargo público alcanzado” (Smith, 1981, p. 123).

³⁸ “... los futuros líderes políticos responden a quienes hacen la selección porque éstos controlan sus posibilidades de llegar a conformar su conducta a la que creen que desean quienes les han seleccionado. Pero quizás sea más importante el hecho de que quienes hacen la selección favorecen a personas con las mismas actitudes, antecedentes y caracteres similares a los suyos” (Ai Camp, 1985, p. 21).

Sobre los valores personales de la clase política mexicana, el teórico norteamericano reconoció en los líderes políticos mexicanos los siguientes: libertad individual, servicio a los demás, trabajar arduamente, el conocimiento y la honradez. Otro valor que identificó de manera diferenciada fue el pragmatismo político, el cual calificó a la vez como un principio ideológico y un valor profesional. A manera de síntesis se establece que dentro de las características de la élite mexicana identificadas por Ai Camp se encuentran:

- a) Relación familiar y de amistad.
- b) Fuerte influencia de su formación académica.
- c) Requisito de instrucción universitaria.
- d) Existencia de líderes reclutadores.
- e) Existencia de camarillas al interior de la élite.
- f) Estatus económico elevado.

En ese sentido, algunas de estas características de las élites mexicanas observadas por Ai Camp se corresponden con algunos aspectos de los autores clásicos de la teoría de las élites. Las características que se identifican como esenciales en el marco de la élite política del Estado de México, derivadas del análisis propio, son las siguientes:

- a) Unidad y cohesión.
- b) Lealtad y disciplina.³⁹
- c) Existencia de grupos al interior de la élite.
- d) Coexistencia de otras élites (en otros partidos).
- e) Liderazgos destacados con capacidad para aglutinar.
- f) Intervención de una élite nacional superior.

³⁹ La lealtad personal, como se verá adelante, no depende de los intereses sino de la amistad y de compartir ideas, principios, aspiraciones; es decir, se trata de la confluencia de diversas características que son comunes a los miembros del grupo y que los identifican en general. Como es previsible, la cohesión de los grupos no deriva siempre y únicamente de la amistad; por el contrario, un interés compartido por todos los miembros puede generar la misma conducta unificada y disciplinada (Hernández, 1997, p. 703).

- g) Centralización del poder y la toma de decisiones.
- h) Especialización en administración, economía y finanzas.
- i) Preparación académica universitaria.
- j) Circulación de las élites (integración de miembros de las bases).
- k) Preponderancia de la relación familiar y de amistades.
- l) La alianza de los diferentes grupos en una sola élite estatal.
- m) Mantiene una amplia organización / burocracia partidaria y gubernamental.
- n) Tiende a mantenerse.

En la tabla 1 se exponen comparativamente las características de la élite política de la entidad y las características definidas por los autores de la teoría clásica de las élites.

TABLA 1. CARACTERÍSTICAS TEÓRICAS DE LAS ÉLITES MEXICANAS (ESTADO DE MÉXICO)

Autores	Características de las élites													Se coaligan diferentes élites en un <i>stabilishment</i>			Lealtad y disciplina							
	Cualidades materiales, intelectuales, morales	Condición hereditaria-familiar	Riqueza / poder económico	Fuerte cohesión, unidad	Liderazgo	Educación / preparación académica	Afinidades sociales, económicas y psicológicas	Especialización	Organización / burocracia	Pertenecen a lo mejor de cada actividad de la vida social	Tendencia a mantenerse	Incorporación de individuos de la clase dominada (circulación de las élites)	Competencia entre élites y/o miembros de las élites	Coexistencia de varias élites	Propicia en la sociedad hábitos de obediencia	Tienen o buscan legitimidad								
Gaetano Mosca (1986)	★	★	★	★	★	★					★		★			★								
Robert Michels (1911)				★	★	★		★								★								
Vilfredo Pareto (1916)	★	★	★	★	★	★			★				★											
C. Wright Mills (1956)			★	★											★					★				
Joseph Schumpeter (1942)				★				★																
Robert Dahl (1989)																				★				
Roderic Al Camp (élites mexicanas) (1994)		★	★	★	★	★																★		
Élite del Estado de México		★	★	★	★	★		★															★	★

Nota. El año expresado corresponde a la publicación de la obra en la que se hicieron sus postulados sobre las élites. Fuente. Elaboración propia basada en los postulados teóricos de los autores.

De acuerdo con la tabla 1, se pueden observar características sobre las élites por cada autor clásico de la teoría de las élites, así como su comparación con aquéllas señaladas por Ai Camp en sus estudios sobre la élite mexicana en general, además de las características que se han podido observar sobre la élite priista del Estado de México en el presente estudio.

Resulta revelador que las cinco características más compartidas por los teóricos de las élites son: fuerte cohesión y unidad, tendencia a mantenerse (permanecer), incorporación de individuos de la clase dominada (circulación de las élites), coexistencia de varias élites y tienen o buscan legitimidad.

Para el caso de la élite priista mexiquense, se pudieron ver a lo largo de su devenir histórico 13 características que fueron expuestas por los diferentes teóricos y que sucedían dentro de la élite local. Así, de los cinco rasgos más reiterados en la teoría se observó que la élite mexiquense cubría al menos cuatro, con excepción de la búsqueda de legitimidad, no obstante, hay que tener en cuenta que en el ámbito de la democracia mexiquense la legitimidad estriba en la efectiva ejecución de elecciones periódicas para la renovación de autoridades. Por su parte, la élite priista mantiene dos características particulares que posiblemente le han podido valer el triunfo de su permanencia: lealtad y disciplina.

Para el caso del acercamiento de las cualidades descritas arriba para la élite priista del Estado de México, se identificaron aquellos personajes integrantes de la élite gobernante a partir de la administración de Isidro Fabela, dado que varios autores se refieren al inicio de la gestión de Fabela como un parteaguas en la política mexiquense, ya que con él se terminaron los cacicazgos devenidos de la revolución y se privilegió la transferencia del poder de un

modo pacífico, a diferencia de como había venido sucediendo en la política local hasta entonces.⁴⁰

Para ello se optó por la utilización de sociogramas, una herramienta para el análisis y estudio de redes, que consiste en representaciones gráficas, producto del análisis matemático de entidades o agentes con nexos o vínculos con otros agentes y que se muestran visualmente; los agentes son identificados gráficamente como nodos y sus relaciones como vértices; de esta manera, en un determinado grupo de agentes se pueden identificar características como su centralidad, grado de influencia, distancia entre agentes, de cada uno de los agentes involucrados, lo cual se observa en virtud del número de vértices que cada agente tiene.

La aplicación de esta herramienta para el caso de la élite priista del Estado de México se realizó tomando en cuenta a los políticos, de 1942 a 2012, que fueron identificados como líderes, al interior del gobierno y del PRI, tomando como criterio fundamental haber sido mencionados en la bibliografía histórica consultada para la presente investigación;⁴¹ ese mismo criterio se empleó para la identificación de los nexos entre los políticos, para reconocer así también su relevancia al interior de la red, de tal manera fueron considerados 86 priistas en este sociograma histórico de la élite del PRI en la entidad.

De esta manera, se logró observar que los políticos más influyentes, aquellos agentes cuya centralidad fue mayor, fueron también aquéllos que ostentaron el cargo de Gobernador del Estado de México, lo que permite afirmar que era alrededor de ellos que se desarrollaban los círculos de poder en la entidad, eran así los núcleos del poder

⁴⁰ Arreola, 1995, 1998; Salazar, 1993; Morales, 2006; Hernández, 2010.

⁴¹ Arellano, Ricardo (2003); Arreola Ayala, Álvaro (1995, 1999); Cruz, Francisco y Jorge Toribio Montiel (2009); Hernández, Rogelio (2010); Iracheta, Alfonso (2000); Lugo, E. (2002); Maldonado, Salvador (2002); Morales, Claudia (2006); y Salazar Medina, Julián (1993).

en torno a los cuales giraba la élite política local; sobresalen entre ellos Carlos Hank González, Enrique Peña Nieto, Arturo Montiel Rojas, Emilio Chuayffet Chemor e Isidro Fabela Alfaro, con el mayor número de nexos.

TABLA 2. GOBERNADOR NODO / NÚMERO DE NEXOS

Gobernador	Periodo	Número de nexos en el sociograma*
Carlos Hank González	1969-1975	25
Enrique Peña Nieto	2005-2011	25
Arturo Montiel Rojas	1999-2005	24
Emilio Chuayffet	1993-1995	18
Isidro Fabela	1942-1945	16
Alfredo del Mazo González	1981-1986	13
Ignacio Pichardo Pagaza	1989-1993	12
Salvador Sánchez Colín	1951-1957	9
Gustavo Baz Prada	1957-1963	7
Mario Ramón Beteta	1987-1989	5
Juan Fernández Albarrán	1963-1969	4
Alfredo del Mazo Vélez	1945-1951	4
Jorge Jiménez Cantú	1975-1981	2
César Camacho Quiroz	1995-1999	2
Alfredo Baranda	1986-1987	1

* Véase figura 1.

Un rasgo importante que deja a la luz este análisis es la continuidad que tienen los miembros de la élite, aun cuando el núcleo de la élite era cedido al nuevo gobernador. Se pudo observar que, salvo casos aislados, los integrantes de un grupo alrededor de los agentes noda-

les (los gobernadores), no fueron miembros exclusivos de ese grupo, sino que se mantuvieron en relación con otro de los agentes nodales, otro gobernador, lo que les permitía mantenerse por más tiempo en la élite; es decir, que aunque los líderes se sucedieran en el Estado de México, los grupos de apoyo de esos liderazgos se mantenían vigentes bajo el auspicio del nuevo líder, si bien conservaban lealtad al líder previo, este importante factor era lo que permitía el equilibrio y estabilidad al interior de la élite priista aun con la existencia de diversos grupos en su interior.⁴²

En la figura 1 se expone el sociograma que muestra las relaciones de los integrantes históricos de la élite priista en el Estado de México de 1942 a 2012.

⁴² Cabe mencionar que, al momento de este análisis, el periodo de gobierno de Eruviel Ávila aún resultaba breve, razón por la cual en la bibliografía consultada no estaba todavía contemplado y, en virtud del criterio adoptado para el análisis de la red, no fue posible su aparición en este sociograma, no obstante, adelante se analiza su participación en la élite como gobernador de la entidad en relación con los grupos de apoyo directo, los gabinetes de los gobernadores.

FIGURA 1. SOCIOGRAMA DE LA ÉLITE POLÍTICA DEL ESTADO DE MÉXICO (1942-2012)



El sociograma muestra claramente los nodos que se erigen como los liderazgos más destacados de la entidad, de lo cual se hizo mención anteriormente. No obstante, en el contexto de la presente investigación se acota a continuación lo relativo a los integrantes de la élite en el periodo de estudio de 1996 a 2012, así haremos un acercamiento a los integrantes contemporáneos de la élite.

En la figura 2 se puede ver que los nodos con mayor centralidad corresponden a actores políticos que han detentado la Gubernatura y en los cuales recayó el liderazgo sucesivo en la entidad, ya que, por un lado, los líderes históricos de la entidad ya no ejercían la misma influencia y, por otro, la élite priista nacional, después de la derrota presidencial de 2000, perdió influencia en las élites locales. Así, los nuevos liderazgos en la entidad serían asumidos por Chuayffet, Montiel y Peña Nieto.

FIGURA 2. SOCIOGRAMA DE LA ÉLITE POLÍTICA DEL ESTADO DE MÉXICO (1996-2012)



Fuente. Elaboración propia con información de la página del Gobierno del Estado de México.

ÉLITE ADMINISTRATIVA DEL PRI

La identificación no es resultado del análisis de frecuencias, sino de la revisión del entramado de relaciones que se integran a partir de los secretarios de las diferentes administraciones locales y la estructura administrativa. Puesto que no existe un servicio profesional de carrera en la administración pública estatal, y la conformación del gabinete es potestad del gobernador, el acceso al gobierno estatal es básicamente por nombramientos que responden a las redes políticas de los recién nombrados.

Esta élite central, que se forma a la par de un grupo de líderes regionales abocados a ganar elecciones, del cual se hablará más adelante, es más constante y definida toda vez que la mayoría se mantiene a pesar del cambio de administración, a diferencia de los gobiernos municipales que se renuevan cada tres años. El gobierno estatal ha servido para generar una élite administrativa que no necesita ser parte de un proceso de elección popular, que tiende a la circulación de las élites cuando incorpora ciertos perfiles profesionales, a egresados de universidades específicas, a amigos de algún líder político, expertos financieros u otros. Se trata de una estructura administrativa que acarreará lealtad hacia el PRI, ya sea por imposición, convicción o agradecimiento.

Para confirmar esta aseveración, obsérvese el siguiente sociograma que representa a los secretarios que han estado en el gobierno estatal de cada administración desde 1993, con el gobierno de Emilio Chuayffet hasta el gabinete de Eruviel Ávila en 2012.

Cabe mencionar que la metodología es la misma que en el sociograma anteriormente expuesto, pero ahora el criterio de selección de los agentes de esta red fue pertenecer al gabinete de trabajo de cada gobernador, por lo

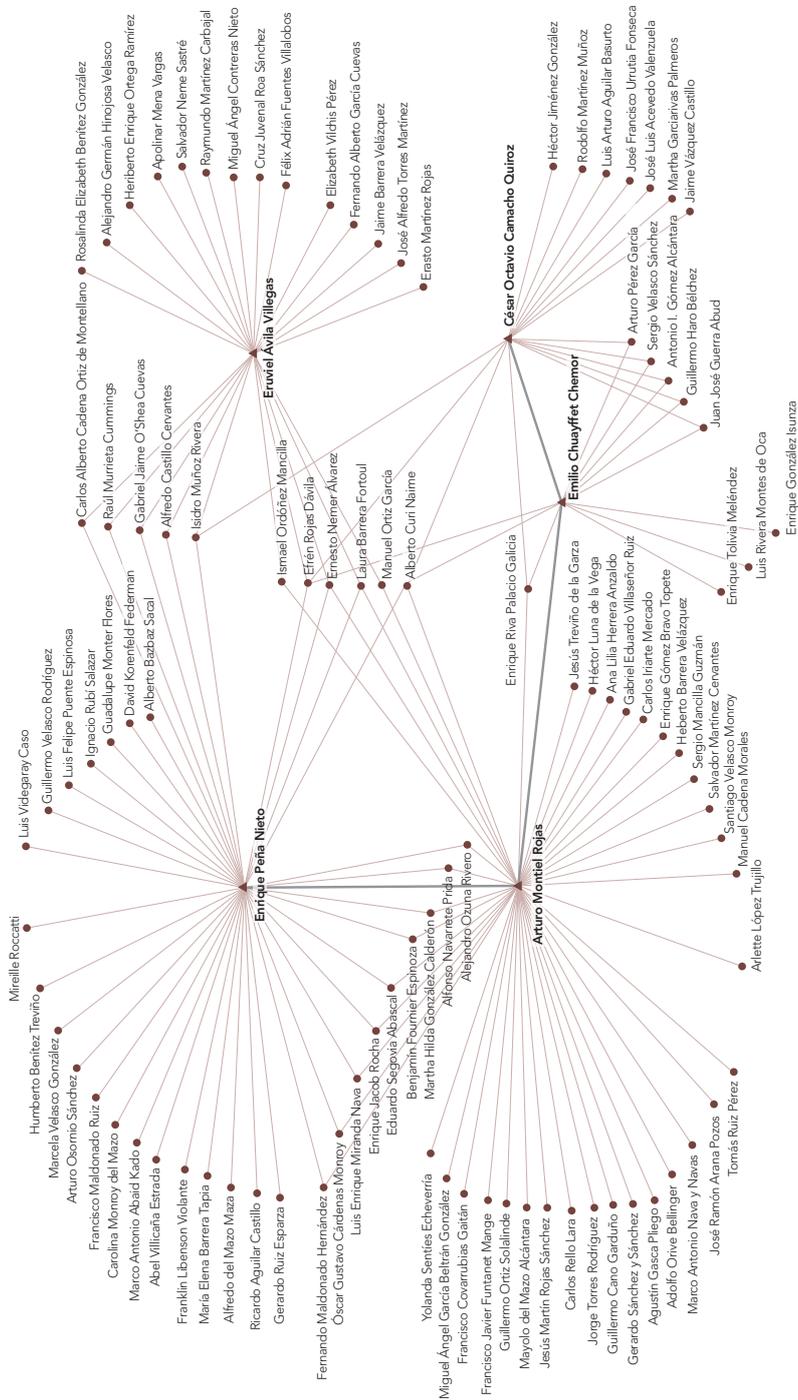
que los agentes nodales son evidentemente los gobernadores.

Si bien el periodo de estudio que nos interesa es de 1996 a 2012, es decir, de la creación del Instituto Electoral local a la actualidad, debe tenerse en cuenta que este lapso parte por la mitad el periodo constitucional a gobernador del Estado de México de 1993 a 1999. Es en ese sentido que, para poder tener un panorama más claro de la élite administrativa del Estado de México, se ha considerado en el sociograma la administración de Chuayffet que dio inicio en 1993 y que duró poco menos de dos años hasta 1995, fecha en que lo suplió César Camacho Quiroz. Se pudo haber optado por mostrar la red de influencia de Camacho a Eruviel Ávila, sin embargo, se consideró importante mostrar el devenir de los políticos que ya desde 1996 han tenido una presencia importante dentro de la élite administrativa.

Así, para poder hacer este seguimiento se contempló para la representación gráfica el periodo constitucional de gobernador, aun cuando el periodo de análisis da inicio en 1996, con la finalidad de exponer la gestión gubernamental completa del sexenio. De tal suerte que, se puede observar que a la salida de Emilio Chuayffet, Camacho retomó un número importante de colaboradores de su antecesor.

En la figura 3 se representan las relaciones de poder, liderazgo, influencia y configuración de una parte de la élite priista a través de la revisión de la conformación de los gabinetes de los gobernadores de la entidad desde 1993 hasta 2012.

FIGURA 3. SOCIOGRAMA DE LA ADMINISTRACIÓN ESTATAL, 1993-2012



Fuente. Elaboración propia con información de la página de Gobierno del Estado de México.

Cabe mencionar que en 1993, cuando Emilio Chuayffet tomó posesión de la Gubernatura, apenas existían 13 secretarías en la entidad; hoy en día, con la Secretaría de Seguridad Ciudadana recién creada por Eruviel Ávila, se concretaron 19 secretarías. Los gobernadores deciden hacer modificaciones y remover a algunos titulares de las dependencias del ejecutivo a lo largo de sus administraciones, generando un importante número de relevos y, por lo tanto, el número de colaboradores entre un gobernador y otro cambia, esto a su vez se ve reflejado en el número de enlaces o vértices que se presenta para el caso de cada político.

El gobernador con mayor número de secretarios fue Arturo Montiel Rojas, quien al término de su mandato acumuló la colaboración de 44 secretarios. El gobernador que le siguió en número de colaboradores fue Enrique Peña Nieto, quien en su gestión contó con la participación de 38 secretarios.

Lejos quedaron los otros tres mandatarios; César Camacho tuvo 16 secretarios y Emilio Chuayffet sólo tuvo 13, uno por secretaría. Recuérdese que tanto Emilio Chuayffet como César Camacho ocuparon un mismo periodo constitucional de seis años (1993-1999) a diferencia de Arturo Montiel y Peña Nieto que concluyeron completo su sexenio. En tanto que Ávila Villegas después de un año de gestión ha contado con el apoyo de 24 secretarios.

Se nota claramente la centralidad de dos nodos por la cantidad de conexiones o vértices que se asocian a ellos, en primer lugar se encuentra Arturo Montiel con 44 vértices o enlaces, el segundo nodo con mayor centralidad es Enrique Peña con 38 vértices.

Por otra parte, se puede observar en la tabla 3 la estela de influencia que cada personaje deja al concluir su mandato al frente de la Gubernatura. Así, la mayor influencia

en las nominaciones de cada administración proviene de su antecesor inmediato, y en sucesivos periodos dicha influencia va decreciendo.

TABLA 3. MATRIZ DE SECRETARIOS COMPARTIDOS ENTRE GESTIONES

	Emilio Chuayffet	César Camacho	Arturo Montiel	Enrique Peña	Eruviel Ávila
Emilio Chuayffet (13)	-	8 (62%)	2 (15%)	2 (15%)	0
César Camacho (16)	8 (50%)	-	2 (13%)	3 (19%)	1 (6%)
Arturo Montiel (44)	2 (5%)	2 (5%)	-	12 (27%)	3 (7%)
Enrique Peña (38)	2 (5%)	3 (7.9%)	12 (32%)	-	8 (21%)
Eruviel Ávila (25)	1 (4%)	1 (4%)	5 (20%)	8 (32%)	-

Fuente. Elaboración propia.

En el caso de Chuayffet, heredó ocho de sus colaboradores a César Camacho, en una muestra de fuerte influencia sobre su sucesor, obviamente explicable por la forma en que éste llegó al cargo, pues fue nombrado como gobernador sustituto para concluir con el periodo de Chuayffet, por lo mismo, se entiende que Camacho no pudiera conservar la misma influencia de liderazgo sobre su sucesor, Arturo Montiel. En las siguientes administraciones se hizo más evidente el fenómeno de la estela de influencia.

Arturo Montiel fue quien más influencia desplegó en los nombramientos del gabinete de su sucesor Enrique Peña, quien nombró a 12 de los ex colaboradores de Montiel a lo largo de su gestión. A su vez, en la más reciente sucesión gubernamental, se pudo apreciar el mismo fenómeno cuando Eruviel Ávila mantuvo en su equipo cercano de trabajo a ocho de los ex colaboradores de Peña. También se puede observar que a mayor lejanía entre administraciones, menor influencia en las nominaciones tienen los

ex gobernadores. Así, el gobierno de Eruviel Ávila al comienzo de su gestión no contaba con un secretario del grupo de Chuayffet, aunque con los cambios que hizo en su gabinete incluyó uno, aunque ese político no era exclusivamente del grupo de Chuayffet, sino que a la vez había pertenecido a los gabinetes de Camacho y de Peña; este suceso se puede explicar por varios factores: pérdida de influencia o liderazgo del ex gobernador, lejanía generacional, circulación de élites, entre otros.

De este modo, observamos dos características básicas en los integrantes de los gabinetes: a) existe un grupo de personas que tiene doble (20), triple (4) o hasta cuádruple enlace (2), es decir, se mantuvieron en la base administrativa en varias gestiones, mientras que 72 han estado en un solo gobierno, es decir, no han tenido continuidad; b) la otra característica es que todos los gobernadores, excepto Eruviel Ávila, formaron parte del gabinete de un gobernador anterior: César Camacho fue secretario en el gobierno de Chuayffet al igual que Arturo Montiel, y a su vez Enrique Peña Nieto fue secretario en el gobierno de Arturo Montiel, lo que evidencia una élite más compacta y deja ver mejor aún la diferencia entre Eruviel Ávila con el perfil de la élite priista tradicional del Estado de México.

De acuerdo con lo observado en el sociograma, no todos los titulares de las dependencias tuvieron continuidad en alguna secretaría; algunos optaron por buscar una diputación, o bien por estar en un organismo autónomo, otros estuvieron en la iniciativa privada. Se puede decir que los integrantes de este grupo quedaron relegados de la administración estatal, pero no fuera de la esfera de influencia de la élite.

Por todo lo descrito, encontramos varias élites partidistas que se distribuyen puestos estratégicos de acuerdo con el tipo de poder que adquieren o renuevan, ya sea

en ayuntamientos de forma muy regional, en diputaciones o en la administración estatal. Si bien, la historia de la élite gobernante se aboca más a hablar de aquélla que ha sido construida por el PRI, derivado del alto grado de alternancia en la entidad existen élites partidarias en las otras fuerzas políticas, sin embargo, por los fines de este estudio no fueron contempladas y sólo se menciona el hecho de su existencia.

DINÁMICA ELECTORAL EN EL ESTADO DE MÉXICO

Acorde con lo que ocurría en el ámbito nacional, en el Estado de México con las reformas electorales realizadas a principios de los 90 se llevó a cabo la elección de 1993 para elegir gobernador, ayuntamientos y diputados locales. Sin embargo, no fue suficiente y surgió la necesidad de mayores modificaciones que otorgaran total legitimidad a las decisiones de los ciudadanos. Por ello, se llevó a cabo otra reforma electoral en 1995; en ésta se estableció:

... la existencia de un organismo público autónomo, que se rija por los principios rectores de certeza, legalidad, independencia, imparcialidad y objetividad, para ejercer la función estatal de organizar y vigilar los procesos electorales. El nuevo sistema garantiza el compromiso mayor de los ciudadanos en la conducción de las elecciones. Al suprimir el colegio electoral, salvo para la elección de gobernador, se permite que el cómputo, la calificación y la declaración de validez de cada proceso lo asuman los órganos competentes del territorio en donde se haya efectuado la elección. (Arellano, 2003, p. 186)

De esta manera se verifica la plena transición democrática de la entidad y del país. En 1996 nació el Instituto Electoral del Estado de México, conformado por ciudadanos. Los institutos electorales se convirtieron en la joya de la democracia mexicana y pasaron a ser las fuen-

tes de legitimidad y democracia en el país. Su existencia permitió afrontar los cambios sociales del país con una evolución institucional por parte del sistema electoral. Fue la época de los cambios institucionales a los cuales se sumaron las transformaciones políticas. La alternancia política se concretó tanto en el ámbito federal como en el local y se convirtió en la insignia de un país que transitaba de ese sistema cerrado a uno de abierto y transparente juego democrático.

En el Código Electoral del Estado de México, se señaló, entre los fines del Instituto: contribuir al desarrollo de la vida democrática, fortalecer el régimen de partidos políticos, garantizar a los ciudadanos el ejercicio de sus derechos políticos, velar por la efectividad del sufragio y difundir la cultura política democrática. Con estas atribuciones, el Instituto Electoral se convirtió en el centro de atención en cuanto a los cambios electorales que transformaron el escenario democrático de la entidad.

En el caso del Estado de México, ya con la reforma de 1995 y la instauración del Instituto Electoral, el calendario electoral se modificó para las elecciones que los ayuntamientos y diputados locales, electos en 1996, ampliaran su mandato hasta agosto y septiembre (respectivamente) del año 2000.

Además de la presencia de un instituto electoral independiente, se modificó la conformación del Congreso local, al incrementarse el número a 75 legisladores (45 de mayoría y 30 de representación proporcional) para que el número de diputados correspondiera mejor al número de ciudadanos y a su distribución territorial.

La reforma al Código Electoral de 1996 se integró por seis libros. Son relevantes los relacionados a los partidos políticos, al Instituto Electoral del Estado y al Proceso electoral, ya que están vinculados con las condiciones

de competencia electoral. Otros aspectos trascendentes son los lineamientos bajo los cuales los partidos podrán acceder a los medios de comunicación y las condiciones para las coaliciones y fusiones. (Arellano, 2003, p. 187)

Así, en 1996, la primera elección organizada por el Instituto Electoral del Estado de México tuvo una Lista Nominal de 6,137,949 ciudadanos, la participación fue de 46.33% y 59 municipios tuvieron alternancia, el mayor número hasta ese momento; el PRI ganó 72 municipios, el PAN triunfó en 23 municipios, el PRD ganó 26 ayuntamientos y por primera vez el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) obtuvo un ayuntamiento. En cuanto a la integración de la cámara local, el PRI ganó en 30 distritos; el PAN, en 10 y el PRD, en cinco. Al final, la bancada del PRI se mantuvo en el mismo número (30) mientras que el PAN llegó a 22 y el PRD a 16 diputados (Villarreal, 2012).

Con estos resultados, el Estado de México se convirtió en una entidad plural y altamente competitiva, “la pluralización del electorado y la desintegración de la coalición social que fundamentó la hegemonía priista, en el marco de instituciones que amplían las posibilidades de la competencia electoral, deberían generar en el mediano plazo alternancia en el poder” (Arzuaga, 2010, p. 133). Y así sucedió a nivel federal, pues para 1997, en los comicios de legisladores, se conformó una cámara diversa políticamente, ningún partido alcanzó la mayoría, situación que se tradujo en una parálisis gubernamental al instaurarse los gobiernos divididos.⁴³

Puede decirse que desde 1996, “con el inicio de la etapa competitiva del sistema de partidos mexiquenses, éste se ha caracterizado por un formato de competencia sobre

⁴³ “Gobierno dividido generalmente se refiere a una situación en la cual la mayoría legislativa es controlada por un partido diferente al del Presidente. En otras palabras, el gobierno dividido se enfoca más en la división de poderes entre los distintos poderes constitucionales que conforman al gobierno” (Remes, 1999, pp. 230-231).

todo tripartidista” (Díaz y Vivero, 2011, p. 332). El triunfo en municipios altamente poblados por parte del PAN y el PRD les permitió ir generando mayores adeptos —hay que considerar que estos municipios (Naucalpan, Tecámac, Nicolás Romero, Tlalnepantla, Nezahualcóyotl, Texcoco, La Paz, entre otros) se encuentran en la zona conurbada del Valle de México y concentran el mayor número de Lista Nominal de la entidad— y establecer una importante base electoral para la elección de 2000. Además, en 1997 el Distrito Federal eligió por primera vez a su jefe de Gobierno y el partido triunfador fue el PRD, por lo que habría que considerar el impacto que este triunfo tuvo entre la gente que habitaba alrededor del Distrito Federal.

Se podría afirmar que al igual que en el ámbito nacional, el PRI del Estado de México también se mantuvo como partido dominante hasta la primera mitad de la década de 1990, así lo sugieren tanto el índice de fragmentación electoral (Rae, 1967) como del número de partidos, el cual indica un promedio de 1.2 partidos de 1987 a 1993. (Díaz y Vivero, 2011, pp. 331-332)

El primer escenario electoral de la entidad fue de alternancia y competitividad; la ola democrática que vivió el estado influyó en los resultados federales de 1997 y tal vez de 2000.

En los municipios que ganó el PAN los indicadores sociodemográficos son, en general, inversos a los ganados por el PRI. Son los de mayor población promedio, y en ellos la población no nacida en la entidad se acerca al 50% del total. Los municipios con mayor número de inmigrantes son los más modernizados y urbanizados, donde más abundan las oportunidades de empleo, vivienda y educación. El migrante se puede considerar como un tipo social dispuesto a abrirse paso por sí mismo, a cambiar sus circunstancias, no muy atado al elemento comunitario, que en su vida adquiere educación, empleo

u ocupación modernos y traslada su lugar de residencia. Finalmente, termina alejándose de la opción política más tradicional, que ya no responde a sus nuevas pautas de conducta y pensamiento. El PAN está trascendiendo su tradicional electorado urbano, de clase media, con ingresos y educación elevados, para abarcar segmentos poblacionales más amplios y diversificados. (Arellano, 2003, p. 193)

El elector del Estado de México fue uno de los impulsores de las transformaciones políticas y el PAN fue el beneficiado, ya que el ciudadano se sintió identificado con el tipo de propuestas, alejadas del carácter populista y más allegadas hacia segmentos urbanizados asociados con la industrialización y el auge de la economía terciaria.

El PRD resultó triunfador en municipios en que la proporción de inmigrantes es intermedia a la de los municipios panistas y priistas, y donde los demás indicadores socio-demográficos son en general intermediarios entre el PRI y el PAN, pero más cercano a este último. El PRD concentra sus triunfos en los municipios de marginación media. Los segmentos sociales más beneficiados tienden a votar por el PAN y los menos aventajados por el PRD. (Arellano, 2003, p. 192)

Esos municipios de amplia población y de bajos índices de calidad de vida, orientados hacia los bastiones del perredismo en el Distrito Federal, dieron pauta a una gran concentración de ciudadanos identificados con propuestas de ayuda y progreso de sus comunidades. A principios del siglo XXI se había conformado una clase de elector distinta, más dispuesta al cambio y con una nueva visión acerca del efecto de su toma de decisiones. Esta coyuntura temporal, en la que el ciudadano encontraba la identificación con un partido, fue perfectamente aprovechada por las opciones partidistas más visibles: el PAN y el PRD.

En las siguientes elecciones, el Estado de México tuvo un amplio rango de alternancia en sus ayuntamientos: en 2000, los resultados arrojaron 49 municipios con alternancia; en 2003 el número aumentó a 60; en la elección de 2003, 75 ayuntamientos modificaron el partido político que los gobernaba; en la elección de 2009, la primera que es coincidente con la federal (en el mes de julio) pero que no es presidencial, se registró el mayor número de ayuntamientos con alternancia: 81; y en 2012, 44 municipios presentaron alternancia (Villarreal, 2012).

En cuanto a los municipios gobernados por partidos políticos, tan sólo restan seis municipios que han sido gobernados por el mismo partido político, la mayoría de naturaleza rural: Acambay, Atlacomulco, Chimalhuacán, San Felipe del Progreso, Temascaltepec y Villa Victoria. Salvo Chimalhuacán, los demás municipios tienen comportamientos similares: 93% son originarios de la entidad, representan 2.43% de la Lista Nominal y tienen una participación promedio de 59.02%. Chimalhuacán tiene una dinámica distinta, tan sólo 32% de sus ciudadanos son originarios de la entidad, el municipio representa 3.59% de la Lista Nominal y su participación es de las más bajas, ya que ronda entre 30 y 35% (Villarreal, 2012).

Esto quiere decir que 119 municipios de los 125 que conforman el Estado de México han tenido alternancia en alguna elección desde 1993. Para 2012, 76 municipios han sido gobernados por dos partidos políticos en 17 años, esto representa 66.53% de la Lista Nominal. Cabe destacar que la principal alternancia se ha dado con el Partido Acción Nacional (38 ayuntamientos) y la otra opción de alternancia ha sido el Partido de la Revolución Democrática (32 ayuntamientos) (Villarreal, 2012).

De los 125 ayuntamientos, 38 han sido gobernados por tres partidos políticos, los cuales representan 23.63% de la Lista Nominal; básicamente ese tripartidismo es entre

el PRI, el PAN y el PRD (20 ayuntamientos). Tres municipios han sido gobernados por cuatro partidos políticos (Ozumba, Coyotepec e Isidro Fabela), mientras que dos municipios han sido gobernados por cinco partidos políticos, éstos son Cocotitlán y Chiconcuac. Los cinco municipios que han tenido mayor alternancia representan tan sólo 0.80% de la Lista Nominal (Villarreal, 2012).

El sistema de partidos en el Estado de México ha evolucionado de uno autoritario de partido dominante, a uno competitivo con cierto predominio del PRI, sobre todo, en elecciones para Gobernador y, en menor medida, en elecciones para el Congreso Local. (Díaz y Vivero, 2011, p. 324)

En cuanto a la integración de la Legislatura, ésta ha cambiado de forma drástica cada tres años; en 2000 el PAN fue el partido que obtuvo más curules: 29. Por su parte, el PRI se quedó con 26 y el PRD se mantuvo con 16. Sin embargo, tiempo después, el PAN se quedó con 16 legisladores debido a que 13 se declararon independientes. En 2003, el PRI obtuvo un diputado más que el PAN (24 el primero, 23 el segundo), mientras que el PRD se quedó con 19 diputados. En 2006, el PRI y el PRD tuvieron el mismo número de diputados (19), sin embargo, dos diputados elegidos por el PVEM decidieron cambiar de emblema político, es decir, por el del PRI; mientras que el PAN ganó 20 diputaciones. En 2009, el PRI obtuvo 39 curules; el PAN, 12; y el PRD, ocho; lo que demuestra una movilidad de cambio partidista por parte del elector. Finalmente, en 2012 se presentó un resultado similar al de 2009: el PRI obtuvo 39 diputaciones; el PRD, 12; y el PAN, 11 (Villarreal, 2012).

Como se observa, la alternancia se fue dando en ayuntamientos y en la Legislatura, caso diferente es el de la Gubernatura.

Se podría argumentar que hasta 1995, el sistema mexicano de partidos se caracterizó por ser autoritario de partido dominante; es decir, con competencia electoral en el plano formal, pero limitado fuertemente por el PRI. Durante la década de 1990, el análisis con datos a nivel distrital de las elecciones al congreso local reflejan con claridad la transición desde un Sistema Autoritario de Partido Dominante hacia uno de Partidos Competitivo, caracterizado, sin embargo, por cierto dominio electoral del PRI en elecciones clave, sobre todo las de Gobernador. (Díaz y Vivero, 2011, pp. 327-328)

Las tres elecciones para elegir gobernador en el Estado de México organizadas por el IEEM han adquirido diversos matices, básicamente por la diferencia entre el primer y segundo lugar y lo que cada una representó para el partido ganador. En 1999, el triunfo del PRI a la Gubernatura de la entidad alentaba buenas noticias para ese partido de cara a la elección presidencial de 2000, sin embargo, fue todo lo contrario, el PRI perdió la elección de 2000. El PRI ganó la Gubernatura con 1,371,564 votos, 27 distritos ganados y con un margen de victoria de siete puntos porcentuales.

En 2005 se originó otro triunfo importante por parte del PRI de frente a las elecciones presidenciales. El partido obtuvo 1,801,530 votos, 39 de 45 distritos fueron ganados y se tuvo un margen de victoria de 22.85% frente a su segundo competidor. Sin embargo, el resultado para el PRI en las elecciones presidenciales fue el más desastroso, quedando en el tercer sitio de las preferencias ciudadanas. En 2011, la diferencia entre el primero y el segundo lugar fue más amplia. La coalición encabezada por el PRI obtuvo 3,045,555 votos, el mayor número de votos que algún partido haya alcanzado hasta la fecha y ganó en la totalidad de los distritos que conforma la entidad (45); el margen de victoria fue de 41%, un triunfo abrumador.

“El PRI estatal [a diferencia de su homólogo nacional] parece haber generado mecanismos de selección de candidatos que le han permitido llegar a las contiendas electorales de importancia crítica para el partido con un alto grado de cohesión” (Díaz y Vivero, 2011, p. 337).

Se puede hablar de alternancia en los ayuntamientos, no así en el Poder Ejecutivo estatal, donde no ha habido variaciones en cuanto al ganador, lo que ha originado una nueva lectura sobre el sistema de partidos en la entidad: si bien existe un cierto tripartidismo en ciertos municipios, la mayoría sigue transitando entre dos fuerzas políticas y sólo cinco municipios viven entre una pluralidad de partidos políticos.

La fragmentación del sistema de partidos consecuencia de los resultados electorales muestran tres tendencias: una temporal, otra por el carácter local/federal de los comicios y una última vinculada con el tipo de puestos de elección que estaban en juego. La tendencia temporal refleja la evolución general de los resultados electorales antes descrita. Las otras dos tendencias sugieren por un lado, no sólo preferencias diferenciales de los electores acerca de quienes deben ocupar puestos electivos en la Ciudad de México y en el territorio mexiquense, sino también fortalezas disímiles de los partidos políticos en sus estructuras locales. El PRI parece ser el partido más sólido, parece ser la clase política más cohesionada en el ámbito local y la estructura mejor organizada. El hecho de no haber cedido la gubernatura habla de esta solidez al tiempo que remite a una de las causas de la misma. Por otro lado, alude a la existencia de influencias del sistema electoral sobre los comportamientos electorales, lo cual, a su vez, condiciona las estrategias de los partidos. (Arzuaga, 2010, p. 91)

Esta descripción del sistema de partidos estatal nos permite vislumbrar la ya descrita élite política-gobernante, que se circunscribe a un partido político que ha

oxigenado el proceso de selección de candidatos, al introducir nuevos rostros e ir haciendo el cambio generacional propio de una élite, caso diferente ha sido el de los otros dos partidos: el PAN y el PRD, que se han rezagado en la carrera por integrar nuevos cuadros que permitan mantenerse en el poder y continuar con sus aspiraciones. Podemos afirmar que el tener la Gubernatura ha contribuido a fortalecer al PRI, al encontrar formas de acomodar a los integrantes de la élite. Los otros partidos políticos, al sólo contar con ayuntamientos y diputaciones, disminuyen su poder de influir en puestos donde se pueda colocar su estructura.

Esa fortaleza que ha dado la Gubernatura no sólo para continuar en el poder, sino para recuperar importantes bastiones, ha servido para fortalecer la imagen de un partido a niveles estatal y nacional. “El desmantelamiento del sistema de partido hegemónico no implicó que el PRI no pudiera conservar el primer sitio en un sistema competitivo” (Arzuaga, 2010, p. 73). Su reagrupamiento en 2000 y más tarde en 2006 sirvió para generar nuevas generaciones que se integraban al partido, dichas acciones procuraron nuevas cartas para los diversos puestos de elección popular en la entidad, coincidiendo con la conclusión del ciclo de otros partidos, pues el PAN y el PRD no generaron nuevos integrantes.

Es la tendencia endogámica de algunos gobiernos panistas y perredistas, como el caso de Naucalpan y Nezahualcóyotl, donde aparte de no lograr construir una rotación efectiva de su clase política, los partidos mencionados no han tenido mecanismos efectivos de selección de candidatos. (Díaz y Vivero, 2011, pp. 338)

Existe un verdadero sistema de partidos competitivo en el Estado de México. Incluso podría argumentarse que, en el nuevo sistema de partidos mexiquense, el PRI necesita de otros aliados para ganar la mayoría legislativa a

través del apoyo de partidos emergentes que no cuentan con una base electoral grande o estable, como el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y otros partidos locales, y aun así se mantiene en una competencia real con los otros dos principales partidos, el PAN y el PRD. (Díaz y Vivero, 2011, p. 339)

En este caso, podríamos agregar al Partido Nueva Alianza que se ha convertido en aliado del PRI, al menos en el Estado de México y que ha logrado importantes recompensas por ello, como regidores y síndicos en los municipios más poblados, así como una buena representación en la Cámara de Diputados para los periodos 2009-2012 y 2012-2015.

EFFECTOS DE LA COMPETENCIA ELECTORAL SOBRE LA ÉLITE

La élite gobernante en la entidad puede ser contemplada desde varios puntos de vista. El hecho de que la alternancia sea una característica esencial del proceso de democratización de la entidad ha permitido que los partidos políticos de oposición de la entidad tengan mayor acceso a puestos de elección popular (ayuntamientos, diputaciones locales, federales y senadurías), a excepción de la Gubernatura, elección que el PRI no ha perdido. Esta circunstancia favorable le ha permitido tener una abundancia de cuadros políticos, así como la oportunidad de continuar desarrollándolos.

El Estado de México tiene una red de élites partidistas, principalmente por la amplia alternancia en municipios y distritos, así como una élite burocrática que procede sobre todo de la administración estatal. El fenómeno democrático estatal ha generado el surgimiento de varios grupos de poder en diversos lugares de la entidad, algunos grandes, otros pequeños, algunos tradicionales por parentesco, y otros grupos que se han aglutinado debido a las postulaciones electorales y sus triunfos o derrotas.

Desde 1996 hasta 2012 se han presentado 15 elecciones, tanto estatales como federales, en las que se han postulado 70,055 candidatos a algún cargo de elección popular, como propietarios o suplentes: diputados local o federal, integrante de ayuntamiento, gobernador, senador y presidente de la República. Así, en las elecciones de 1996, 2000, 2003, 2006, 2009 y 2012 se eligieron ayuntamientos, 45 diputados locales de mayoría y 30 diputados por el principio de representación proporcional, en 1997 se eligieron diputados federales y senadores por el principio de representación proporcional, en 2000, 2003, 2006, 2009 y 2012 se eligieron diputados federales y nuevamente senadores en 2000, 2006 y 2012. Cabe resaltar que sólo en 2000, 2009 y 2012 fueron concurrentes las elecciones federales con las locales. En 1999, 2005 y 2011 se eligió gobernador del Estado de México.

Para arribar a una descripción de la élite política del Estado de México se dará cuenta de la actual élite gobernante, considerando sus atributos, defectos y actitudes, en función del desarrollo democrático que ha vivido el Estado de México. Para ello, se realizó una extensa investigación enfocada en los candidatos a un cargo de elección popular en el Estado de México, desde 1996 hasta 2012.

La base de datos se generó con el registró de las 70,055 candidaturas, que han sido postuladas desde 1996 hasta 2012 en el Estado de México, tanto en elecciones locales como federales que le competen a la entidad, esto es, ayuntamientos, diputaciones locales y gobernador, además de diputaciones federales y senadurías. Se registraron por cada elección las candidaturas que se presentaron, los partidos por los que fueron postulados, la calidad de su candidatura (propietario o suplente) y, asimismo, si triunfó o no en la elección.

La base estadística se estructuró de la siguiente manera: en la primera columna se colocó el nombre del ciudadano postulado; en la segunda, el partido político por el cual

fue postulado; en la tercera, el número total de candidaturas que tuvo el político; en la cuarta, si el candidato triunfó o no en esa candidatura; en la quinta, el tipo de candidatura por la cual se postuló (diputado local o federal, senador, integrante de ayuntamiento o gobernador), así como la característica de su candidatura (propietario o suplente); en la sexta, el año de la elección en la que se postuló; en la séptima, el distrito o municipio, según sea, por el que compite; y en la octava y última los cargos públicos que ha ejercido.

Con la sistematización de las candidaturas se organizó en orden descendente el número de candidaturas de cada político; así se obtuvo que el número más alto de candidaturas ostentadas por un ciudadano ha sido nueve; partiendo de este número se tomó la determinación de sustraer, de la base total de candidaturas, la porción correspondiente a aquellos ciudadanos con un número de candidaturas igual o mayor a cuatro, teniendo como criterio de selección el alto número de candidaturas para un mismo actor político, dado que es el interés de esta investigación conocer el efecto que tuvo la democracia en la élite; se consideró que aquel ciudadano que cuente con dicho número de postulaciones pertenece a un selecto grupo de personas que han logrado postularse de manera repetida.

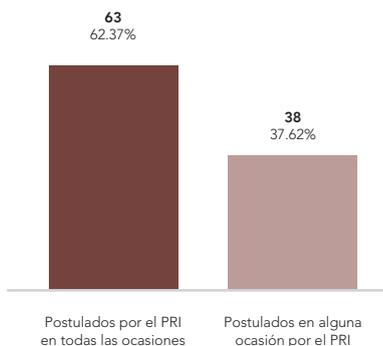
De esta forma, la segmentación de la base por mayores frecuencias, contemplando a los ciudadanos con más de cuatro postulaciones, quedó integrada por 329 ciudadanos, de los cuales 232 han tenido cuatro candidaturas, 72 han sido postulados en cinco ocasiones, otros 20 han sumado seis nominaciones, uno alcanzó siete candidaturas, tres han logrado ocho postulaciones cada uno, y sólo un ciudadano ascendió a nueve candidaturas.

Para este caso y por el enfoque de esta investigación sobre la élite priista, sólo nos ocuparemos de los candidatos que han sido postulados en todas las ocasiones por el PRI y aquéllos que en alguna ocasión fueron postulados por

dicho partido, por lo que son 101 candidatos (de la base segmentada por mayores frecuencias representa 30.69%); los cuales van de siete a cuatro candidaturas.

Los que han sido postulados en todas las ocasiones por el PRI son 63, mientras que aquéllos que alguna vez fueron postulados suman 38 (véase gráfica 1).

GRÁFICA 1. CANDIDATOS DEL PRI



Fuente. Elaboración propia con datos del IEEM.

Conforme a esta base de datos, contamos con una tabla de frecuencias de candidaturas por político.

TABLA 4. CANDIDATOS DEL PRI CON MÁS POSTULACIONES, 1996-2012

Frecuencia	Número	%
Siete candidaturas	1	0.99
Seis candidaturas	8	7.92
Cinco candidaturas	16	15.84
Cuatro candidaturas	76	75.25
Total	101	100

Fuente. Elaboración propia con datos del IEEM.

Como se observa en la tabla 4, el grueso de los candidatos (75.25%) se encuentra entre las cuatro postulaciones, una proporción menor (15.84%) en cinco, y aún menor entre seis y siete candidaturas (8.91%).

En el desarrollo de la investigación, se pudo constatar que el PRI cuenta con una élite gubernamental, gracias a que nunca ha perdido la elección del ejecutivo estatal, y con un grupo de líderes regionales abocados a obtener triunfos electorales.

A la luz de estos descubrimientos, se puede afirmar que actualmente la élite priista gobernante del Estado de México se conforma de los integrantes del ámbito gubernamental y, por otro lado, se ha creado un grupo de líderes regionales dedicados a la tarea electoral.

Así, la relación entre la élite administrativa y el grupo de personas enfocado en las características electorales del PRI es más bien de entrelazamiento, pues se intersectan en varios puntos de coyuntura política; sirva de ejemplo que la legítima aspiración de un priista por la candidatura a gobernador de la entidad requiere, de acuerdo con los estatutos del partido local, haber ganado previamente algún cargo de elección popular para poder competir por dicha candidatura y, a su vez, el gobernador es quien designa los cargos administrativos más importantes.

LÍDERES REGIONALES ELECTORALES DEL PRI

A diferencia de los otros partidos, el PRI por su posicionamiento local ha logrado crear una élite central y un grupo especializado en competir electoralmente, gracias a que ha conseguido mantener el gobierno estatal y ganar elecciones de diputados y ayuntamientos, aunque estos últimos fueron disminuyendo por el alto grado de alternancia que vive la entidad. Actualmente, el PRI sólo mantiene seis

municipios hegemónicos (en los que no ha existido alternancia) de los 125 que integran la entidad, lo que demuestra el poco control político que ha tenido en los municipios y la polaridad electoral surgida desde 1990 en la entidad.

Los líderes regionales del PRI han logrado aglutinarse en un grupo compacto que acompaña a la administración estatal; es decir, son muy pocos aquéllos que de ganar varias elecciones pasan a un cargo administrativo y viceversa.

Para realizar el análisis de la élite electoral priista, nos enfocaremos en los 63 priistas que han sido postulados en todas sus ocasiones por el Revolucionario Institucional.

TABLA 5. EFECTIVIDAD ELECTORAL DE CANDIDATOS CON MÁS POSTULACIONES

Candidatos	Candidaturas	Triunfos	Efectividad electoral
Brenda María I. Alvarado Sánchez	7	3	43%
Eruviel Ávila Villegas	6	5	83.3%
Pablo Bedolla López	6	4	67%
Rogelio Muñoz Serna	6	4	67%

Fuente. Elaboración propia con datos del IEEM.

En primer lugar se encuentra Brenda María Izontli Alvarado Sánchez, la única candidata con siete postulaciones en toda la investigación, quien obtuvo el triunfo en tres ocasiones. Sus victorias, a su vez, reflejan los procesos electorales de triunfos y derrotas generalizados que ha tenido el PRI, ya que dicha candidata tuvo sus postulaciones en el periodo de 1996 a 2012, ganando en 1996, 2009 y 2012, mientras que perdió entre 2000 y 2006, que fueron los años de mayor declive electoral para el partido.

En cuanto a los que tienen seis candidaturas, los cuales son tres, son oriundos del Valle de México, específicamente de Ecatepec y Zumpango. El primero es el actual gobernador de la entidad, Eruviel Ávila Villegas, que de sus seis postulaciones —para diputado local en dos ocasiones, diputado federal, presidente municipal en dos ocasiones y gobernador— en casi todas ha triunfado (sólo perdió en 2000, cuando fue postulado para diputado federal), es la persona con mayor efectividad respecto a las candidaturas por las que ha sido postulado. El segundo caso es Pablo Bedolla López, de Ecatepec, ha sido postulado para presidente municipal en tres ocasiones, de las cuales ganó en dos; diputado local en dos ocasiones y sólo en una ganó; y diputado federal, la cual ganó. El último es Rogelio Muñoz Serna, del municipio de Zumpango, ha ganado en cuatro de sus seis postulaciones; ha sido postulado para presidente municipal en dos ocasiones, sólo una ganó; como diputado local en dos ocasiones, las cuales ganó; y diputado federal en dos ocasiones, sólo en una ganó.

En cuanto a los políticos con cinco candidaturas, que son 11, ninguno ganó en todas sus postulaciones, los que más ganaron fueron tres con cuatro triunfos. Por lo que hace a los 48 ciudadanos con cuatro candidaturas, nueve de ellos ganaron en todas sus postulaciones.

Un ejemplo paradigmático del grupo de líderes regionales es el actual gobernador de la entidad, Eruviel Ávila Villegas, quien tuvo seis candidaturas y ganó en casi todas, convirtiéndose así en el único político que tuvo la mayor efectividad en cuanto al número de postulaciones; esto se convirtió en su llave de entrada a la candidatura para gobernador del estado y el triunfo en dicha elección. Procedente del Valle de México, generó un nuevo escenario para la élite gobernante de la entidad, ya que la mayoría de los integrantes de los gabinetes de otros gobiernos procedían del Valle de Toluca y con la llegada

de Eruviel Ávila empieza a darse una mezcla de actores de ambas regiones del estado. Asimismo, pone de manifiesto la interrelación entre la élite gubernamental y el grupo de especialistas en triunfos electorales.

Por otro lado, se considera alterno a este grupo de líderes regionales, porque no tienen mucha relación con la administración estatal, ya que de los 63 que siempre han sido postulados por el PRI, 22 han tenido algún cargo en la administración estatal, sin embargo, sólo cinco han sido jefes de despacho estatal:

1. Pablo Bedolla López tiene seis candidaturas de las cuales ganó cuatro: dos como presidente municipal y dos como legislador, salvo que en una ocasión fue a nivel federal y en otra a nivel local; fue secretario de Desarrollo Metropolitano de 2002 a 2003, en el gobierno de Arturo Montiel.
2. Ignacio Rubí Salazar, con cinco candidaturas, ha ganado cuatro y fungió como secretario del Trabajo de 2006 a 2009, durante el gobierno del Enrique Peña Nieto.
3. Manuel Cadena Morales ha tenido cuatro candidaturas, de las cuales ganó en dos ocasiones: como senador en 1997 y diputado federal en 2009. En cuanto a la administración estatal, ocupó el segundo cargo en importancia del gobierno local, sólo después del gobernador Arturo Montiel Rojas, pues fungió como secretario general de Gobierno durante todo su periodo (1999-2005).
4. Martha Hilda González Calderón, con cuatro candidaturas y todas las ganó, participó en la administración de Arturo Montiel de 2001 a 2003 como secretaria de Ecología y, en el periodo de Enrique Peña Nieto, como secretaria de Turismo de 2010 a 2011.
5. José Alfredo Torres Huitrón, con cuatro candidaturas en su haber y sólo dos triunfos, se desempeña desde 2011 como secretario de Desarrollo Urbano en la actual administración de Eruviel Ávila. A diferencia de

los tres anteriores, procede del Valle de México, específicamente de Ecatepec.

El grupo de líderes regionales abocados al ámbito electoral sufrió derrotas en 2000 y 2003, en 2006 compartió casi de manera equilibrada los cotos de poder con el PAN y el PRD. Sin embargo, los triunfos de 2009 y 2012 le permiten recuperar varios bastiones y dar continuidad a una base política y líderes locales que se van encumbrando como políticos reconocidos en sus regiones. Ejemplo de esto fue el candidato a gobernador por parte del PRI, Eruviel Ávila, quien representa el nuevo modelo del líder priista: es más joven y tiene un nivel educativo de posgrado.

En general, los candidatos de 2009 y 2012 en algunos municipios eran relativamente jóvenes, observándose un proceso de regeneración de líderes en algunas regiones de la entidad, lo que los autores clásicos de la teoría de las élites denominan como circulación de las élites, esto es: el ascenso de destacados miembros de la base militante a lugares y sitios de privilegio al interior del partido, lo que oxigena y fortalece los liderazgos de la élite y va conformando la integración futura de las cúpulas dirigentes que de forma natural serán renovadas.

El partido ha mantenido tres características básicas desde su formación: unidad, disciplina y lealtad. A pesar de sus derrotas en 2000 y 2006, fueron pocos los militantes que decidieron salir del partido para contender por otro, en la entidad se ha generado un partido visiblemente unido en torno a ciertos líderes, pero esencialmente en torno a la institución. El transfuguismo es un fenómeno poco recurrente en el PRI mexiquense y con los resultados de 2012 es aún menor el número de militantes que salen del partido para integrarse a otro.

Hay que valorar que el PRI cuenta con esa sólida estructura porque ha generado un grupo de personas dedicadas a obtener triunfos en sus regiones, que opera en los municipios y en la estructura del partido, y la élite gubernamental, que opera en el gobierno estatal.





Conclusiones

A partir del amalgamiento entre los principios explicativos de la teoría de las élites es que se puede argumentar la formación, el mantenimiento y las pautas de comportamiento que tienen las élites en las democracias modernas y, por extensión, en los procesos democráticos en el país, particularmente en el Estado de México.

Para ello se estableció que se considera como élite política, dentro de una democracia contemporánea, a un grupo minoritario de personas que detentan legítimamente un poder político, se coaligan y organizan con la intención de poder mantener o perpetuar ese poder político por encima de un cuerpo social mucho más amplio, complejo y diverso, que no detenta en modo alguno un poder semejante, y al cual dirigen; además, gobiernan y establecen los asuntos públicos que han de ser dirimidos, así como la manera en que han de ser resueltos, y que buscan una legitimación de su poder a través de una competencia electoral periódica, mediante la cual pretenden el favor del voto de los ciudadanos, en la que disputan su permanencia, rechazo o rotación en medio de una pluralidad de élites o grupos que guardan características semejantes a las suyas.

Sobre las élites en el Estado de México ha pervivido a través del tiempo una mitificación alrededor de los grupos del poder del PRI, alimentada, por una parte, por las incursiones de políticos locales al escenario nacional y, por otra, por la notable unidad y dominio político que ha mantenido el PRI como partido en el poder en la administración estatal, aun con la transición a la democracia y la creciente alternancia experimentada en la entidad para ayuntamientos y Congreso local desde antes de 1996.

Las élites en el Estado de México son de un dinamismo muy complejo, que no se puede encasillar simplemente en el liderazgo de una sola figura ni en un grupo minúsculo de amigos y familiares que toman todas las decisiones del estado; más bien, las élites viven en un proceso de constante movimiento, ajuste y negociación entre sí para obtener distintas parcelas de poder, dependiendo de los intereses y habilidad de cabildeo de cada grupo; asimismo, no existen grupos permanentemente definidos, sino que se van conformando y amoldando de acuerdo con la coyuntura política, ya sea una posición favorable o desfavorable, en la que se tiene que ceder o se puede presionar para conseguir los objetivos de cada élite.

La élite priista en el Estado de México supo confeccionar su forma de interacción al interior de su partido después de la transición a la democracia, dado que tuvo que acomodar los procesos por los cuales su militancia tenía acceso a los cargos públicos, guardando no obstante los principios que le mantendrían sólida en la entidad: unidad, lealtad y disciplina. Igualmente, ha sabido procesar sus disputas internas de forma que sus militantes se mantienen leales ante la posibilidad de una oportunidad en el futuro.

En todo caso, la élite del PRI se articula siempre alrededor de su líder máximo que, en el marco de un PRI hegemónico en la primera magistratura de la entidad, es

por supuesto el gobernador. Aun los ex gobernadores se ponen a disposición del gobernador en turno, dando muestra de su institucionalidad y respeto a las pautas de comportamiento al interior del partido, en el cual no se permite la ruptura, pues la unidad se erige como un valor irrestricto para quien ha pertenecido a la élite del poder en el estado.

Las élites del poder en el Estado de México han sido el resultado histórico de la conformación del poder tanto en la entidad como en el país; son consecuencia del acomodo natural de los grupos con posiciones de poder y el desarrollo de sus actividades, y que en el marco de un régimen cuasidemocrático de partido hegemónico orbitaron en un principio alrededor de éste y, conforme se fue complejizando el entorno político institucional, tales grupos, dependiendo de su posición y coyuntura, se aglutinaban o dispersaban, pero no se separaban del núcleo del poder que durante mucho tiempo fue el binomio Estado-Partido. A medida que el entorno social fue reclamando más espacios de acción fue que crecieron las élites de otras fuerzas políticas, dichas élites crecieron conforme el sistema político dio paso a la transición a la democracia. No obstante, las élites del poder estatales no siempre tuvieron el control absoluto de los sucesos políticos de la entidad, ya que al ser grupos locales en variadas ocasiones se vieron en la obligación de ceder ante la fuerza y presión de una élite mayor a la que estaban supeditados todos los grupos políticos del país, nos referimos a la élite política del PRI a nivel nacional dirigida por el presidente de la República hasta antes de Ernesto Zedillo.

Se debe considerar que, a partir de la década de los 80, los partidos de oposición pudieron iniciar las bases de su consolidación en el Estado de México, que se logra en la década de los 90, cuando la entidad comienza a presentar un escenario de alternancia y competitividad. El desarrollo de organismos autónomos y la conformación de

entes que vigilarían la participación de la ciudadanía para asegurar la igualdad del voto generó en la entidad una serie de grupos políticos alrededor del Valle de México básicamente, los cuales provenían de familias dedicadas a la política (el caso del PAN) y otros con base en el apoyo popular (como fue el PRD). El voto opositor de los electores, generado por la inconformidad con el partido hegemónico, creó líderes partidarios en el Valle de México ideológicamente a favor de la pluralidad y la democracia.

Con ello, la pluralidad de las élites creció y se complejizó en un ambiente de abierta competencia política, lo que generó nuevos tipos de liderazgos y grupos, dado el debilitamiento y hasta el colapso de los liderazgos tradicionales de la entidad.

La alternancia se convirtió en una característica esencial del actual escenario electoral del Estado de México, al grado que, hasta 2012, 119 de 125 municipios que conforman la entidad han tenido alternancia; en cuanto a la conformación de legislaturas ha imperado el pluralismo, lo que ha generado gobiernos divididos que con base en acuerdos han logrado dar funcionalidad a la estructura gubernamental.

Las élites gubernamentales en la entidad se han podido diversificar por la alternancia en los ayuntamientos, diputaciones locales y federales y senadurías. Sin embargo, los partidos de oposición han tenido acciones divergentes en cuanto a la conformación de una base sólida de militantes y líderes que puedan ayudar a la obtención del triunfo, derivado de que cuentan con recursos intermitentes, fruto de los triunfos o derrotas en los puestos electorales. Cuando lograron sus triunfos no pudieron diversificar su estructura para dar seguimiento a los cuadros, por lo que su conformación intermitente de élites provoca poca competitividad. Mientras que el PRI, si bien ha sido intermitente en la generación de nuevos cuadros,

ha podido mantener la estructura gubernamental, lo que le permite tener espacios para los más jóvenes. Su éxito estriba en que, al tener mayor número de posiciones para sus agremiados, genera élites más competitivas.

Como se pudo evidenciar en las representaciones gráficas de los sociogramas, se obtienen dos conclusiones muy precisas al respecto:

1. Los liderazgos de la élite priista de la entidad giran en torno de la primera posición de poder en el Estado de México, es decir, el gobernador en turno, alrededor del cual se articulan los intereses y acciones de los miembros de la élite e incluso de las élites al interior del PRI, ya que, como se vio, el gobernador no siempre emergía de la élite local, sin embargo, siempre lograba coordinarse con ésta y dirigirla sin ruptura.
2. La influencia de los líderes (gobernadores) dentro de la élite no se pierde por completo al concluir su periodo de gobierno, sino que se mantiene una estela de influencia con el sucesor, misma que va decreciendo conforme suceden otras administraciones. No obstante, el grado de influencia real o simbólica de cada líder depende de su actuación personal; así, algunos ex gobernadores tienen mayor o menor influencia en el tiempo en virtud de las coyunturas políticas que han enfrentado (véase por ejemplo el caso de Montiel, quien llegó a competir por la candidatura del PRI a la Presidencia de la República y, después del escándalo político que lo dejó fuera de la competencia, ha desaparecido prácticamente del mapa político).

Por otra parte, es pertinente llamar la atención sobre el fenómeno de la articulación de los diferentes grupos de poder (o élites) al interior del PRI en el Estado de México: una vez que, por un lado, el líder saliente de la élite estatal (Enrique Peña Nieto) se convirtió en presidente de la República, a la par que su sucesor (Eruviel Ávila) es el

primer representante de un grupo del PRI (Valle de México) distinto al que tradicionalmente había gobernado (Valle de Toluca) en la entidad. Se vislumbrará en el futuro próximo la articulación de la élite local priista con la élite nacional del PRI, que ha sido nutrida por la influencia del PRI mexiquense, como son muestra los presidentes del país y del partido a nivel nacional, ambos ex gobernadores del Estado de México.

Por lo que hace al grupo de líderes regionales abocados a la tarea electoral del PRI, la cual ha sido analizada a través de la base de datos, encontramos que difícilmente tiene relación con la élite gubernamental administrativa; de los 63 candidatos que siempre han sido postulados por el PRI desde 1996 hasta 2012, 22 de ellos han estado alguna vez en la administración pública estatal, sin embargo, sólo seis han ocupado cargos prominentes: cinco han sido secretarios y uno es el gobernador actual.

Salvo el caso del actual gobernador Eruviel Ávila, el cual es el único en tener seis postulaciones y ganar en casi todas (cinco), su nominación a la Gubernatura está más relacionada con sus triunfos electorales que con su acercamiento a la élite política priista, ya que al ser el único con tal característica aseguraba el triunfo y la continuidad del PRI en el ejecutivo estatal. Ya que los anteriores gobernadores de la entidad, todos procedentes del Valle de Toluca, vinculaban muy poco sus gabinetes con gente procedente del Valle de México, el resto de los integrantes del grupo de líderes mantiene su liderazgo en las regiones donde han sido candidatos y han obtenido triunfos.

Entonces, se concluye que existe una élite central y un grupo de líderes regionales especialistas en la competencia electoral, por lo que son grupos con cierta autonomía, la cúpula central recurre poco al grupo de líderes para la

administración estatal y cuando lo hace es en cargos no tan relevantes.

Las élites han sabido adaptarse a la democracia, la competencia electoral no les garantiza triunfos que legitimen su estada y las orilla a recuperar líderes regionales que no necesariamente tienen relación directa con la élite; el ejemplo más claro es el de Eruviel Ávila, quien no tiene una relación con la cúpula de la élite, sin embargo, es postulado a consecuencia de la democracia: sus triunfos en Ecatepec, el municipio más poblado de la entidad, le valieron para que la élite del PRI lo seleccionara y le diera el respaldo partidista a pesar de su lejanía con la élite.



FUENTES DE CONSULTA

- Aguilar Camín, Héctor y Meyer, Lorenzo (2002). *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México: Cal y Arena.
- Aguilar Solís, José Ángel (1986). *Lo que supe y me consta de Salvador Sánchez Colín*. México.
- Ai Camp, Roderic (1985). *Los líderes políticos de México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ai Camp, Roderic (1994). *La formación de un gobernante*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ai Camp, Roderic (1996). *Reclutamiento político en México, 1884-1991*. México: Siglo XXI.
- Ai Camp, Roderic (2008). *Las élites políticas del poder en México*. México: Siglo XXI.
- Ai Camp, Roderic (2010). *Metamorfosis del liderazgo en el México democrático*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Alanís Boyzo, Rodolfo (1994). *Gustavo Baz Prada. Vida y obra*. México: UAEMEX / IAPEM.
- Arellano, Ricardo (2003). *El sistema político del Estado de México: surgimiento, consolidación y cambio*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Arreola Ayala, Álvaro (1985). "Atacomulco: la antesala del poder". En *Municipios en conflicto*. México: UNAM / Gv Editores.
- Arreola Ayala, Álvaro (1995). *La sucesión en la Gubernatura del Estado de México. En el vaivén de la pluralidad y el unipartidismo 1917-1993*. México: El Colegio Mexiquense.
- Arzuaga, Javier (2010). "Tendencias electorales y sistema de partidos en el Estado de México (1981-2006)". En Francisco Lizcano Fernández y Ruperto Retana R. (Coords.), *Estado de México y democracia en los albores del siglo XXI*. México: Instituto Electoral del Estado de México.

- Bachrach, Peter (1973 / 1967). *Crítica de la teoría elitista de la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Baz, Gustavo (1978). *Anecdotario e ideas*. México: Gobierno del Estado de México.
- Bizberg, Ilán (2011). "La importancia de la sociedad civil en los procesos democratizadores", conferencia dictada en el Seminario México: Democracia y Sociedad, organizado por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación y El Colegio de México, México.
- Córdova, Arnaldo (1998). *La formación del poder político en México*. México: Era.
- Cruz, Francisco y Toribio Montiel, Jorge (2009). *Negocios de familia*. México: Planeta.
- Dahl, Robert (1996). *Los dilemas del pluralismo democrático. Autonomía versus control*. México: Alianza Editorial / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Díaz Jiménez, Oniel F. y Vivero Ávila, Igor (2011). "Competitividad en el sistema de partidos, 1990-2009". En Nelson Arteaga Botello, Juan Carlos Patiño e Ivett Tinoco García (Coords.), *Ciudadanía, participación política y procesos electorales en el Estado de México* (pp. 326-339). México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Gobierno del Estado de México, recuperado el 19 de septiembre de 2012, de <http://portal2.edomex.gob.mx/edomex/inicio/index.htm>
- Hernández Rodríguez, Rogelio (1997). "Los grupos políticos en México. Una revisión teórica". *Estudios Sociológicos*, 45 (15), 733.
- Hernández Rodríguez, Rogelio (2010). *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos en el Estado de México 1942-1993*. México: El Colegio de México.
- Herrejón, Carlos (1985). *Historia del Estado de México*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

- Instituto Electoral del Estado de México, recuperado el 25 de septiembre de 2012, de <http://www.ieem.org.mx/>
- Iracheta, Alfonso (2000). *Gobierno y administración pública en el Estado de México: una mirada a 175 años de historia*. México: El Colegio Mexiquense.
- Kane, Jonh y Patapan, Haig (2008). "The Neglected Problem of Democratic Leadership". En Paul't Hart y John Uhr (Eds.), *Public Leadership. Perspectives and Practices*. Australia: Australian National University E Press. Recuperado de http://epress.anu.edu.au/wp-content/uploads/2011/05/whole_book47.pdf
- López Portillo, José (1988). *Mis tiempos* (tomo 2). México: Fernández Editores.
- Lugo, E. (2002). *70 años de historia en el Estado de México*. México: Instituto Electoral del Estado de México.
- Maldonado, Salvador (2002). *Grupos políticos y cacicazgos sindicales en el Estado de México*. México: El Colegio de Michoacán / Universidad Autónoma del Estado de México.
- Medina, Luis (1978). *Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo*. México: Colegio de México.
- Medina, Luis (1979). *Historia de la Revolución Mexicana. Civilismo y modernización del autoritarismo*. México: El Colegio de México.
- Meyer, Lorenzo (1942). *Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934. El conflicto social y los gobiernos del maximato*. México: El Colegio de México.
- Michels, Robert (1996). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mills, C. Wright (1989). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morales Sales, Edgar Samuel (1989). *Estado de México*. México: Centro de Investigaciones Interdiscipli-

- narias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Morales, Claudia (2006, enero-abril). "Las élites gobernantes priistas del Estado de México: su conformación y redes 1942-2005". *Convergencia*.
- Mosca, Gaetano (1992). *La clase política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nun, José (2002). *Democracia o ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* España: Siglo XXI.
- Pareto, Vilfredo (1980). *Forma y equilibrio sociales* [extracto del *Tratado de Sociología General*]. Madrid: Alianza Editorial.
- Remes, Alain de (1999). "Gobiernos yuxtapuestos en México: hacia un marco analítico para el estudio de las elecciones municipales". *Política y Gobierno*, 1 (6), 225-253.
- Salazar Medina, Julián (Coord.) (1993). *Estructura y dinámica del Poder en el Estado de México*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sánchez Arteché, Alfonso (1987). *Don Quijote gobernador*. México: Gobierno del Estado de México.
- Schumpeter, Joseph (1971). *Capitalismo, socialismo y democracia*. México: Aguilar.
- Smith, Peter (1981). *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México.
- Touchard, Jean (1983). *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos.
- Villarreal Martínez, Juan Carlos (2012). *Monografía. Participación y resultados electorales en el Estado de México 1996-2012*. Toluca: Instituto Electoral del Estado de México.
- Weldon, Jeffrey (2002). "Las fuentes políticas del presidencialismo en México". En Scott Mainwaring y Matthew Soberg Shugart, *Presidencialismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.



Juan Carlos Villarreal Martínez

Es candidato a doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de La Habana, Cuba; maestro en Derecho Electoral por la Universidad de Xalapa, Veracruz, y licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM).

Fue Director de Partidos Políticos del Instituto Electoral del Estado de México (IEEM) de 1996 a 2001, además, fungió como Director General del Instituto de 2005 a 2008. Desde 2009, es Consejero Electoral del IEEM y, desde 1997, es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEM.

Entre sus publicaciones se encuentran *Monografía. Participación y resultados electorales en el Estado de México 1996-2012*, editado por el Instituto Electoral del Estado de México; así como los artículos "Análisis de las tendencias electorales: evaluación del sistema electoral", en el libro *Ciudadanía, participación política y procesos electorales en el Estado de México*, editado por la Universidad Autónoma del Estado de México, y "Efectos colaterales de la concurrencia de las legislaciones federal y local en 2012: el fenómeno de la votación nula", en la revista *Justicia Electoral* del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF).



Índice

Prólogo	5
Introducción	9
Teoría de las élites	11
Formación de la élite política en el Estado de México	33
Origen de la élite política del Estado de México	33
La corriente fabelista	38
El liderazgo de Gustavo Baz	43
El liderazgo de Carlos Hank	47
El liderazgo de Alfredo del Mazo González	53
Reestructuración de las élites locales	56
Apertura democrática y la élite gobernante	64
De élite local a élite nacional	68
Élite política priista con competencia electoral	75
Características de la élite política del Estado de México, 1996-2012	75
Élite administrativa del PRI	88
Dinámica electoral en el Estado de México	94
Efectos de la competencia electoral sobre la élite	104
Líderes regionales electorales del PRI	108
Conclusiones	115
Fuentes de consulta	123
Nota sobre el autor	127



Consejo General

Consejero Presidente
Jesús Castillo Sandoval

Consejeros Electorales
J. Policarpo Montes de Oca Vázquez
Arturo Bolio Cerdán
Juan Salvador V. Hernández Flores
Jesús G. Jardón Nava
José Martínez Vilchis
Juan Carlos Villarreal Martínez

Secretario Ejecutivo General
Francisco Javier López Corral

Representantes de los partidos políticos

PAN	Edgar Armando Olvera Higuera
PRI	Eduardo G. Bernal Martínez
PRD	Efraín Medina Moreno
PT	Joel Cruz Canseco
PVEM	Esteban Fernández Cruz
MC	Horacio Jiménez López
NA	Benjamín Ramírez Retama



Junta General

Consejero Presidente
Jesús Castillo Sandoval

Secretario Ejecutivo General
Francisco Javier López Corral

Director de Organización	Jesús George Zamora
Director de Capacitación	Rafael Plutarco Garduño García
Director de Partidos Políticos	Sergio Anguiano Meléndez
Director de Administración	José Mondragón Pedrero
Director del Servicio Electoral Profesional	Humberto Infante Ojeda
Directora Jurídico-Consultiva	Alma Patricia Sam Carbajal

Titular del Órgano Técnico de Fiscalización
Hernán Mejía López

Contralor General
Ruperto Retana Ramírez

Jefe de la Unidad de Informática y Estadística
Pablo Carmona Villena

Titular del Centro de Formación y Documentación Electoral
Ángel Gustavo López Montiel

Jefe de la Unidad de Comunicación Social
Juan Carlos Muciño González



Comité Editorial

Presidente

Jesús Castillo Sandoval

Integrantes

Francisco Javier López Corral

Rosa María Mirón Lince

Gabino E. Castrejón García

Juan Carlos Silva Adaya

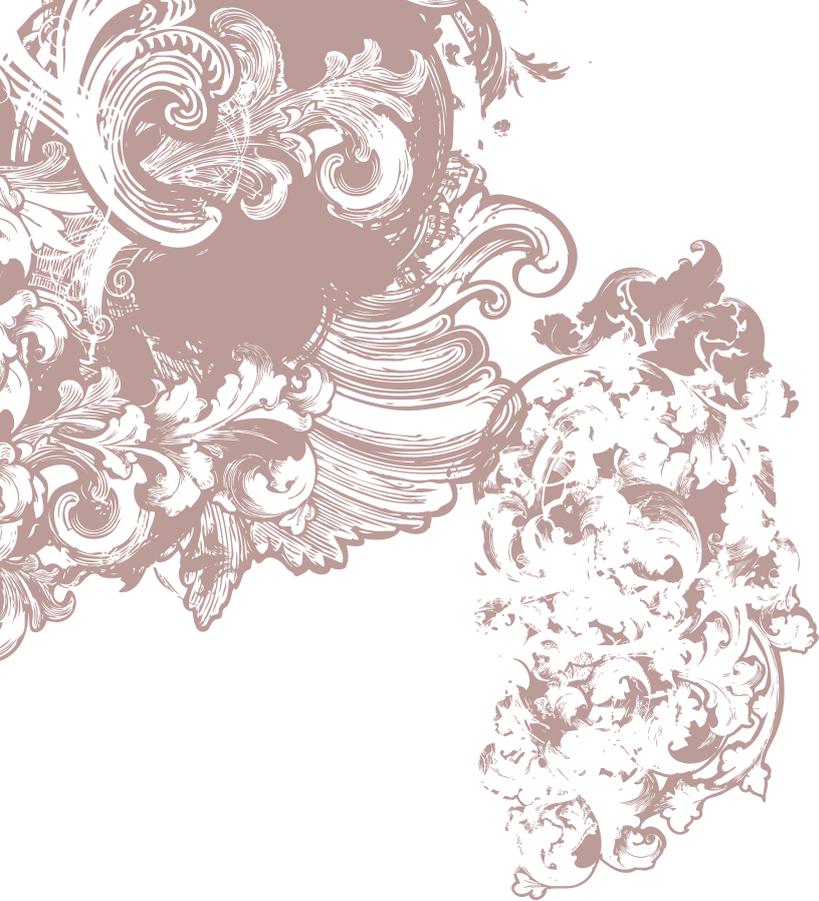
Iliana Rodríguez Santibáñez

Jesús Raúl Campos Martínez

Roberto Mellado Hernández

Secretario Técnico

Ángel Gustavo López Montiel



Coordinador de la edición

Ángel Gustavo López Montiel
Titular del Centro de Formación
y Documentación Electoral

Área de diseño gráfico y editorial
Jorge Becerril Sánchez
María Guadalupe Bernal Martínez

Área editorial
Ana Llely Reyes Pérez
Tania López Reyes
Luther Fabián Chávez Esteban



La primera edición de *La formación y características de la élite priista contemporánea: el caso del Estado de México (1996-2012)* se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2013, en los talleres de Grupo Editorial Jano S. A. de C. V., ubicados en Sebastián Lerdo de Tejada pte. 904, esq. con Agustín Millán, col. Electricistas Locales, Toluca, México, C. P. 50040.

La edición estuvo a cargo del Área de Promoción Editorial del Centro de Formación y Documentación Electoral del Instituto Electoral del Estado de México. Esta edición consta de 2,500 ejemplares.

En la formación se utilizó la fuente tipográfica *Avenir*, diseñada por *Adrian Frutiger* en 1988.

Publicación de distribución gratuita